SOFIA CASANOVA

las catacumbas de Rusia Roja



ESPASA-CALPE, S. A.

José Luis Villanueva [illegible]

LAS CATACUMBAS DE RUSIA ROJA

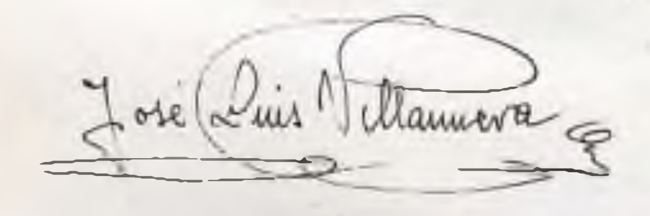

ESPASA
CALPE

LAS CATACUMBAS DE RUSIA ROJA

POR

SOFIA CASANOVA

NOVELA





ESPASA-CALPE, S. A.
MADRID
1933

—

Madrid, 1933
Published in Spain

Talleres ESPASA-CALPE, S. A., Ríos Rosas, 24.—MADRID

¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

QUEVEDO

PRIMERA PARTE

ESPÍAS

ESPÍAS

Lawin se impacientaba en el hotel. Manoseaba unos libros de insulsa literatura inglesa y los dejaba, sin leerlos, por revistas de deportes, en la mesa de la habitación. Dió unos pasos por aquella amplia sala de hotel modesto, en una capital de los Balcanes, y abrió la ventana, asomándose a ella. Fría onda de aire removió y echó al suelo los periódicos. El hombre respiró ávido, mirando las callejas que se perdían en el campo. Era sucio aquel barrio de la capital, poco urbanizada, y al paso de mujeres y campesinos con el blancuzco atavío local, acudían a la mente figuras errantes de aduar estambuliano.

El viento, que arreciaba al caer la tarde, arrancó de la ventana madejas de petunias en el marco de ella, y un murciélago, aturdido, se enredó en la crespa melena del hombre. Levantó él la mano, alcanzando al bicho, lo estrujó en sus dedos nerviosos, sacudiéndolos en seguida, y un puñado de negra masa cayó al suelo. El hombre la pisoteó reciamente.

Alguien se acercaba a la puerta, sonaron unos golpecitos, tres, de señal, y descorriendo el cerrojo, abrió el hombre, diciendo a los dos que entraran:

—Podíais no venir, ¡miles de demonios! Espero y...

—Es que la clientela nos ha detenido. Los viajantes de comercio si no tenemos paciencia para oír sandeces y si no las decimos galantemente no hacemos "negocio". Precisa hacer creer a damas y a maritornes que nuestros géneros son óptimos.

Así se expresaba, riendo, el más joven de los dos que llegaron, y repuso su compañero:

—Lef el charlatán, calla. Escucha tú, Lawin, la noticia esperada. Están aquí los dos.

—¿Juntos? —interrogó Lawin.

—No.

—¿Han venido muchos al entierro?

—Pocos, pero llegarán más.

—Cierra esa rechinante caja o la estrello —exclamó Lawin dirigiéndose al muchacho que quitaba, revolvía en los casilleros de un muestrario botellines y cajas de afeites y perfumes.

—*Nichevo*. Hay que ordenar los géneros y cambiar las etiquetas. La mismísima "Agua de olmos", que no da resultado a un calvo, con otro título, el de "Loción mágica", la compra el mismo individuo y dice que le sale el pelo a puñados. El comercio es el robo impune y mejor organi-

zado del planeta. Y aunque somos accidentalmente tenderos...

—¡Callarás! —gritó Lawin, y obedeció el muchacho de tipo fino y serenos ojos azules.

—Nos esperan —habló el otro joven— en casa de Yala.

—¿Por qué el cambio, Nika? Los cité aquí.

Nika se encogió de hombros y repuso:

—Urgen los escritos para mañana.

Lawin sacó de su bolsillo un rollo de cuartillas diminutas y a la media luz de la lámpara portátil se puso a escribir. La estilográfica en la huesosa mano del ruso, del corpulento Lawin, corría, dejando en el papel apretadas líneas de letras microscópicas. El cuerpo grande del ruso encogíase, echados el pecho y la cabeza sobre el papel, que iba llenándose de negrura.

Nika, al extremo de la mesa, también se acomodó para escribir o trazar en las hojas de un cuadernillo signos que no dejaban marcado el papel. Sobre sus pedazos pasaba el lápiz con el secreto de la escritura en blanco, que un reactivo hace legible.

Lef, junto a la ventana, que cerró, contemplaba el cielo nuboso y repicaba con los dedos en los cristales.

En voz baja decía:

—Me aburro como viajante de comercio, aunque es oloroso el ramo de perfumes. Mi vocación es otra: la del combate abierto, allá donde la caza

es frente a frente. El disimulo, los disfraces del espionaje no van a mi temperamento y el mejor día os regalo el muestrario precioso.

Lef quedó pensativo, y su mirada descendió del horizonte, solicitada la imaginación por otras perspectivas.

Había abandonado la casa paterna —en la región del Tula —para alistarse, fascinado, en las legiones de los *Konsomol,* los adolescentes y los niños educandos del partido bolchevique, los reclutillas que hacen sus primeras armas en todos los campos de instrucción comunista. En ellos sobresalía Lef por su audacia y por su comprensión del sistema pedagógico aplicado a la infancia y a las formaciones de los *Konsomol* adolescentes. Rubio, agradable y de temperamento fogoso, rápidamente se portó en sus propagandas y en sus actos mejor que los hijos de la calle y ascendió a jefe con éxito y popularidad entre sus camaradas. La placidez de su carácter abierto no demostraba la hendidura de su personalidad, la propensión al arrebato furioso, incontenible, en caso de controversia. Su nombradía entre los *Konsomol* se afirmó con una acción relevante.

Cerca de la heredad de sus padres —que habían sido obligados a vivir campesinamente en casita de sus antiguos jornaleros— organizó el Gobierno un centro colectivista rural, con aparato de fuerza e imposiciones a los aldeanos.

Hubo resistencia de éstos, luchas, víctimas. Los *Konsomol* de la capital provinciana, en uno de sus ejercicios de marcha, pasaron cerca del campo sublevado a punto de haber caído herido el comisario gubernamental. Los muchachos, capitaneados por Lef, se mezclaron a la querella. El chico peleaba de firme y tropezó con un viejo mujik, servidor de su padre, que cerraba el paso a los perseguidores de un mozo que había herido al comisario.

—Lef, hijo de mi amado señor, ¡sálvame! —lloraba el campesino reconociendo al adolescente.

—¡Tú, tú y tu hijo, sangre de perro —gritó Lef—, matáis a los nuestros! ¡Toma, maldito!

Las balas de su revólver derribaron al mujik; sobre su cuerpo, pisándolo, saltó él furioso, lanzándose a contener el incendio de los graneros, a los que habían prendido fuego los labriegos, desesperados.

—¡Represalias, represalias! —La espantosa voz de la venganza mezclóse en los aires a las llamas y a la humareda. Los empleados de la colectividad agrícola corrieron a destruir las chozas del contorno, habitadas por los desposeídos labradores. Iba delante Lef, enrojecida la cabeza por el resplandor de los haces de paja que, a modo de teas, levantaban sus manos y que teñían cual de sangre sus vestiduras descompuestas.

Al linde de dorada estepa hallábase una casi-

ta rodeada de empalizada. A su borde se asomaban, en tallos erectos, los anchos y rubicundos girasoles silvestres, parecidos a abiertas pupilas asustadas. Cercaron la casa los agentes soviéticos; la tea de Lef prendió en las tablas y el fuego mordió las maderas de la vivienda... Con mirar de terror dobábanse y caían los girasoles en las ascuas chispeantes.

Delante de la hoguera se detuvo Lef y reía desatentado. Detrás de él alguien dijo con apagada voz:

—Destruyes el último refugio de tus padres. Detente.

Se volvió buscando a quien le hablaba, pero el humo impedía ver, y un punto de vacilación detuvo los pies del incendiario. Se agitó en seguida voceando:

—¡Mueran los burgueses; queden sólo cenizas donde se hallen! ¡Mueran! —Y avivó la hoguera, aplaudido por sus camaradas.

Jadeante, se hizo atrás, pronunciando frases incoherentes, y echó a correr, alejándose del foco ígneo abierto en la estepa, que al siniestro resplandor tornábase cárdena.

De su provincia salió Lef para Moscou. Era un gran organizador de los *Konsomol* y poseía aptitudes que lo ascendieron a cargos de confianza entre la juventud. Lo destinaron al extranjero, adjunto a los agentes de la propagan-

da, en connivencia con otros, servidores de los Soviets.

....

Lef, el fingido viajante de comercio en un sector eslavo, contemplaba desde la ventana del cuarto del hotel la lenta anochecida, y ¿en qué pensaba? ¿Quizá en su niñez de hijo mimado en la alegre casona y en sus alegrías de escolar? ¿Le enterneció el recuerdo de su patria, o sintió curiosidad por la suerte de su hermanita Sonia, de trece años, ciega de nacimiento? El revolucionario, ¿meditaba temas bolcheviques o, en suspenso la atención, inactivo mentalmente, miraba el espacio a través de los sucios cristales de la vidriera?

....

—Es nuestra hora —habló Lawin, recogiendo sus papeles.

—Y la mía —dijo Lef, cerrando el muestrario, que guardó en el armario del cuarto—. Me voy a divertir en el *dancing* del Royal. Hoy me presentarán a gentes que me interesan, que me importa conocer. Además, la princesa Luka, ex bailarina y ex esposa morganática de un gran duque contemporáneo de Matusalén, no puede vivir sin mis perfumes, lo que es sinónimo de que le agrada a la vez el vendedor. Es odiosa la ex danzarina, pero la aguanto, ya que por ella...

Ella recibe a peces de la emigración y a otros perdularios.

—En casa de esa mujer se juega —repuso Lawin—. Ten cuidado.

—Se juega y se riñe por el juego. Es divertido el espectáculo de la timba de los hambrientos dándose tono, y con una última moneda juegan desatentados.

—No se olvidan de sus vicios —ironizó Lawin.

—Entre bastidores del salón de alquiler la cabra vieja recibe a los "blancos". Sé de cierto que...

Interrumpió la frase una mirada de Lawin imponiendo silencio, y se dirigió a la puerta Lef diciendo con gracioso desenfado:

—Ya sabemos... No somos aprendices... Pero todas las paredes no tienen oídos en esta capital de monarquía carnavalesca.

Salió, y a poco salieron del hotel sus compañeros.

EL ENTIERRO

La casona hallábase oculta en un jardín descuidado y viejo. Los abetos y los robles perdían sus hojas en los senderos encharcados y a veces de tonos ocre al recibir la rojiza hojarasca otoñal.

El silencio de los hogares abandonados, que resbalaba como bruma por el jardín vacío, impresionaba melancólicamente. Al abrirse una puerta y percibirse leves voces se animó aquel paraje.

Un hombre traspasó la cancela exterior y llegó a la casa. Desde dentro lo habían visto, y le franqueó la puerta del casón un joven, que se inclinó respetuosamente a su paso.

En la sala al fondo de amplísimo recibimiento lo aguardaban algunos hombres de buen tipo y rostros emocionados. Se saludaron con miradas amistosas y siguieron al recién llegado a la habitación contigua.

En el centro de ella parecía dormido en su lecho el general Beliof, el insigne caudillo predilecto de Nicolás II.

Después de la catástrofe de la guerra y el trágico fin de la dinastía había luchado contra los bolcheviques, y derrotado, se consagró al disperso ejército, para que no perdiera en las penalidades de la expatriación la fe, ni se deprimiera su espíritu militar, la fuerza latente de Rusia dispuesta al desquite.

Yacía el general con el uniforme de la guardia zaresca —a la que pertenecían los nobles elegidos—, y su hermosa cabeza de aristócrata, oriundo de las regiones bálticas, no había perdido su prestigio de autoridad. Muerto el caudillo, aun ordenaba e inspiraba a sus adeptos fe y entusiasmo que hacen amables los deberes de la obediencia y hasta el sacrificio.

—Está todo, según has dispuesto, Wladimir Konstantinowicz —habló uno de los señores.

—No he sido yo, ha sido él quien dispuso ser enterrado así... Con el uniforme glorioso y al pecho sólo una cruz, la laureada de San Jorge.

Wladimir aproximó al lecho las coronas y los crisantemos que lo rodeaban.

Se oyeron contenidos sollozos y algunos de los agrupados se arrodillaron, y besaban las flores que cubrían los pies del muerto.

Wladimir Konstantinowicz Zarief, coronel ayudante del general Bolief, contemplaba su cara dormida, y entre el muerto y el vivo una comunión extranatural, mística, retenía a Zarief atento, cual escuchando en su conciencia la palabra,

el mandato, la recomendación testamentaria del general.

—Por nuestra Rusia, la vida. Recibiste mi juramento en los campos de batalla, en los del triunfo y los de la derrota, y ahora, al separarnos, te lo renuevo solemnemente. Por nuestra Rusia hasta morir.

Así dijo, sin voz, Zarief, fijos los ojos en el rostro del general. Los hombres, arrodillados, sollozaban.

Entraba una persona, y Zarief miró. Era una mujer. Expresión de contrariedad cambió la fisonomía del militar, y salió del cuarto.

La mujer, prosternada, oculta la cara, se concentró en íntima meditación o plegaria. Púsose en pie, enjugó los ojos y se reunió con el coronel.

—¿Por qué has venido?

—A verlo la última vez.

—Yo hubiera preferido no hallarte aquí.

—El era nuestra alma.

—Era y es nuestra alma. Vuélvete al refugio.

—Sí, pero déjame antes acompañarlo..., ir contigo al camposanto donde quedará el padre de nuestros soldados. No te he visto hace mucho...

—Silencio, Alix —interrumpió duro Zarief, y cesó el sigiloso diálogo.

La mujer quedó sola. A poco penetraron en la estancia algunas gentes con ramos de crisante-

mos, de hiedras y de helechos plumeados. Eran militares y señoras de la emigración, conocidos todos, que se encontraban despidiendo al general amado. Las señoras, cuyos modestos trajes —algunos raídos— no disminuían su distinción de damas, rodearon a Alix hablando de la desgracia. El tono apagado de las voces acentuaba su tristeza.

—¡Qué desesperación! Ha muerto fuera de su patria.

—A ella tornará; lo llevaremos el día del triunfo —dijo Alix—. Ha muerto por nosotros.

—¡Sin familia!

—Su familia somos nosotros, los hijos de Rusia, que hemos tenido y tenemos fe en cuanto nos enseñó su ejemplo. Nosotros somos su entrañable familia —repitió Alix, exaltada—. No existe vínculo más constante que el amor de la patria, y ese amor hace milagros. ¡La salvaremos!

—¡Ah! es ilusión creer eso. Carecemos de medios materiales, y, lo que es peor, de unión entre los emigrados, y de fortaleza espiritual —habló una lánguida señora.

—La voluntad ha de obedecer al corazón.

—La voluntad, mi soñadora Alix, como la fe, es gracia de Dios, y si El nos la niega... —susurró otra dama con pupilas de Dolorosa.

—Pidámosla con humildad y ardor las mujeres, todas las mujeres.

Sonrió una joven de labios pintados y mirar vehemente, diciendo descompuesta:

—Sin el auxilio de los hombres no haremos nada las mujeres. Tú misma, Alix...

En el silencio del duelo cesó el susurro de las frases y se cruzaron sin cordialidad las miradas de Alix y la joven pintada.

Transcurridos unos momentos, ésta volvió a la palabra.

—No todas podemos transfigurarnos como tú... ¿Quién reconocería con ese traje, que parece túnica de penitente, a la deslumbradora princesa Aborin que París admiraba? Envejecida, con ojos de fiebre y labios secos, ya no eres aquélla. Hoy no enamorarías al español Fernando de Andrade, tu gran *flirt*. Ya no eres la misma.

Alix palideció y casi simultáneamente intenso golpe de sangre enrojeció sus mejillas. Bajó la cabeza y se apartó. Quedo murmullo de las señoras desaprobó a la indiscreta, irrespetuosa del sitio en que se encontraban.

Se apretó el corrillo de las señoras, con expansiones de penas. Una había vendido su alianza de boda para llevar flores al general. Las otras servían de camareras en hoteles o eran costureras y maestras de idiomas en casas acomodadas. En la antecámara mortuoria el dolor de los emigrados rusos se quejaba.

Hubo movimiento en los reunidos, se acercaba

la hora del traslado del muerto a la iglesia para las exequias de cuerpo presente.

....

Por las calles, al borde de la campiña, pasaba un entierro. Iba delante macilento pope, con el diácono, que sostenía alta cruz griega, de dobles brazos, y seguía el coche, tirado por dos caballos negros.

Poco separado del coche iba Wladimir Konstantinowicz Zarief, solo, descubierta la gallarda cabeza, y su estatura y su marcialidad se destacaban del conjunto de sus compañeros de la comitiva. Entre éstos marchaban Alix y muchas señoras.

Llovizna helada tendía de opacidad el camino largo hacia el cementerio. Al aproximarse a la verja, más lentamente andaban los acompañantes del féretro. Era que anhelaban retardar el dislacerante momento del "adiós" al cerrarse la sepultura del ser amado.

Ante la verja de entrada al solitario recinto se detuvo el cortejo. Allí parábanse dos hombres expectantes. Con ellos se cruzó Zarief en el umbral del cementerio, los miró fijamente y, apartándolos violento, exclamó:

—¡Atrás! ¡Fuera de aquí! ¡Atrás! —Y pasó arrollándolos imperativo, desafiador.

En hombros de Zarief y de sus compañeros entró al camposanto el cadáver del soldado que cayó en el destierro, luchando por su ideal de patria.

El desfile a lo largo de una vereda de sauces y cruces de madera, visto a través de la difumadora lluvia, semejaba dolorida visión de Böklin, el pintor de la muerte.

Miraron el conjunto impresionante los dos hombres y se fueron aprisa, hablando con irritación:

—El ex militarote te ha conocido, Lawin.

—No es extraño, sabemos el uno del otro hace tiempo, y si no lo he dejado en el sitio por su fanfarronería es por esquivar hoy aventuras policíacas callejeras que no entran en mis combinaciones, pero ya pagará lo que me debe. Me ha visto, según me propuse, y le sirve de aviso mi presencia en esta capital que mima a los "blancos".

—La quemaremos, la haremos cenizas...

—¡Imbéciles! —replicó Lawin, volviendo la mirada al cementerio—; entierran un guiñapo de la vieja Rusia y no lo creen. Conspiran contra nosotros armados con alfileres.

—Son perros rabiosos que hemos de aplastar, de aniquilar.

Hablando así, Lef pateó el suelo, y la rubia serenidad de su cara se congestionó con fiereza.

....

Las pálidas notas de un salmo litúrgico temblaron y se perdieron en el espacio sobre las cruces y los sauces abatidos.

BARRACAS DE EMIGRADOS

A ocho kilómetros de la capital, en un llano árido al sol de estío, fangoso en otoño y primavera —en invierno las nieves lo endurecían—, se diseminaban las barracas, restos del campamento de prisioneros de guerra, y destinado luego a los refugiados rusos. Cada barraca cobijaba una o dos familias y la historia de cada cual de ellas contenía episodios y motivos de dolor sorprendente, hasta en esos lugares del humano infortunio en el destierro.

Dos generales compartían su trabajo —registro del personal subalterno a su cargo— con el laboreo de parcelas de tierra que rendían patatas para la invernada. Señoras que tuvieron posición en la corte imperial, dedicábanse a bordar mantelerías y cortinajes estilo popular, profusos de relieves y calados multicolores, y guirnaldas de vivos tonos en grueso lino moreno.

Cada año la venta disminuía; las señoras y hasta los militares que recorrían las villas in-

mediatas buscando compradores para sus primorosas confecciones, tornaban sin conseguir expenderlas, o con poco provecho si en las tiendas tomaban usurariamente algunas labores.

En la barraca, muy apartada de las demás, que ocupaban el ex comandante de Sanidad Iwan Pietrof y su mujer Anisia entró de mañana Alix Aborin. Abrazó a la joven acostada en camita de hierro. Y dijo dulcemente:

—¿Estás mejor?

—Sí, gracias a tus cuidados; pero creo que Dios me oirá y... ¡Quiero morir!

—¡Anisia, Anuchka, ten valor! No han de durar siempre estos días de prueba para nosotros.

En la palidísima cara de la enferma entreabriéronse los labios pronunciando estas palabras:

—¡Si fuera verdad! Pero mis penas... El Comité internacional de socorros nos olvida.

—No, al contrario; trabaja, acude a todas partes y de todos se acuerda. ¡Somos tantos!

—¡Oh, sí! Pero, dentro de la desgracia general, no son iguales las amarguras... Por ejemplo, las mías son mayores que las tuyas.

—No sabemos; el sufrimiento de cada criatura es distinto en cada vida —repuso Alix, perdida la mirada en el reducido espacio de la estancia. En un ángulo de los tablones que formaban el cuadrilátero de la habitación veíase, tocando

el techo, la imagen de María, y apagada la lamparilla verde ante el icono dorado.

Una mampara en el fondo, la disimulaban tiras de raídas alfombras que detenían el viento en las rendijas.

—Sufro, me desangro... —suspiró Anisia.

—No temas, te alimentarás y vas a reponerte. Te cambiaré en seguida de ropa, te arreglaré las almohadas y verás qué bien te encuentras.

Alix abrió el abultado paquete que había traído y, cuidando de no mover la cama, cambió las ropas de la enferma. Le dió la medicina que tenía preparada y recogiendo en un lío la ropa sucia dijo:

—Te la devolveré pronto limpia.

—¡Gracias, eres un ángel!

—Nada menos...

—Ahí, detrás de esa ruina que consideramos armario, hay palanganero y agua. ¡Es mi cuarto de *toilette!* —sonrió lastimeramente Anisia.

—Muy agradable rincón, que delata tu coquetería. Jabón fino, polvos, hasta lápiz de los labios.

—Rancios restos... Cuando voy a ofrecer mis bordados me pinto para no dar a las gentes demasiada impresión de miseria.

—Haces bien.

—Mi bondadosa Alix, tomaremos una taza de té.

—Sí que lo tomaré acompañándote. Encenderé el samovar.

—Lo enciende Iwan en la cocina, es decir, en el cuchtril ese... Ya sabes...

Anisia señaló la puertecilla y llamó:

—¡Iwan, Iwan!

No respondió el hombre, y Anisia siguió con voz debilísima:

—Es horrible su estado. Del jefe de Sanidad militar, herido por su celo en los combates, del carácter valeroso no queda nada. La depresión moral ha extinguido su voluntad. No lo ignoras..., pero sí el conjunto de los detalles patológicos. Vegeta, borda a mi lado como un niño incapaz del menor esfuerzo, de buscar fuera de aquí algún medio de mejorar nuestra suerte. Es médico... y no puede ejercer en pais extranjero. Sus camaradas han hecho lo que podian en estas circunstancias, y son choferes, enfermeros, oficinistas, agricultores. Los refugiados van a vender nuestros encajes por las casas... El, nada. Su desesperación es muda, inactiva. Murió su voluntad, pero a intervalos resucita en raptos de exaltación amorosa, de pasión... Me inspira miedo entonces, y yo lucho con dos contrapuestas ideas: la de huir, abandonándolo, y la de figurarme que sea el arrebato una transición a la normalidad. Espero, lucho y... ¡qué horror! Iwan me impone la terrible operación... El... Iwan mismo...

Anisia se agitó convulsa en la cama.

—Sosiégate, no hablemos de eso —repuso Alix, viendo tan agitada a su amiga—. En otras condiciones, tu marido volverá a la salud. Dentro de poco...

—¿Tienes esperanza de alivio para los emigrados? Yo, no. En cuanto a Iwan, dime qué he de hacer; no puedo más. Apático o furioso, ya no es posible soportarlo. Si yo tuviera valor de dejarlo solo, me iría... ¿Qué me aconsejas? Ya no puedo vivir así, huiré... He de escaparme...

Se entreabrió la puertecilla y adelantó Iwan con un diminuto samovar, que puso en la mesa de la habitación. Aquél era alto, enjuto, tenía gris el pelo y los ojos grandes, del color del pelo, apagados, mortecinos. Con finura, besó la mano a Alix, y se le oyó decir:

—¿Preparas el té o me permites hacerlo?

—Yo —y Alix, ágil, abrió la espita del samovar en la tetera, dejó que se calentara, y vertió el agua en el tazón de bronce anejo al servicio del samovar. Echó en la tetera una cucharadita colmada de té —guardado en botecillo de laca—, abrió de nuevo la espita echando poco agua en la tetera, que colocó con capucha guateada en el tubo del samovar.

—*Voilà le vrai thé à la russe* —habló sonriendo Alix, dirigiéndose amable a Iwan.

El, sentado, había seguido indiferente aquellas manipulaciones, y, cuando en los vasos que

se hallaban en la mesa vertió Alix la esencia del té colmándolos con agua caliente, dijo el hombre, mirando el áureo líquido:

—Es un té de festín con este complemento.

Sacó del armario un limón, rebanadas de pan de centeno y un tarro promediado de dulce de frambuesas.

—Azúcar no puedo brindarte, ni mantequilla, encantadora Alix...

—Azúcar tienen estas deliciosas frambuesas, y el té con azúcar pierde su aroma.

—Pero con limón lo gana.

Miraron a la enferma los dos con íntimo deseo de distraerla.

Cortó Iwan el agrio refrigerante fruto, se lo sirvió a la amiga, e iba a ofrecer el vaso humeante a Anisia, y lo contuvo Alix.

—Dentro de un momento lo tomará frío. No puede tomar nada caliente todavía.

Iwan miró espantado a su mujer, quien, cerrados los ojos, parecía dormida; pero un leve temblor de los labios indicaba reprimido sufrimiento. La observó Iwan y con agitación, descompuesto, exclamó:

—Se muere..., la mato yo...

—Déjate de tales ideas, Iwan, y escúchame, te lo suplico. Es necesario que salgas de tu aislamiento y te unas a nosotros para la obra.

—No puedo.

—¡Podrás! —exclamó Alix, hipnótica la ex-

presión—. Y unido a nosotros renacerá tu energía. Nuestros hermanos de las organizaciones patrióticas esperan de cada ruso, de todos los dispersos en el mundo, el esfuerzo cotidiano y máximo para sostener en la amada Rusia el espíritu de protesta antibolchevique. Precisa iniciar y fortificar a las masas campesinas en la fe y la esperanza de que hemos de recuperar cuanto perdimos en torrentes de sangre inocente. La salvación de Rusia depende del interno esfuerzo que han de realizar los mujiks. La acción del Comité de socorro a los emigrados es un brazo del organismo vital, pero las otras Asociaciones poseen la magna acción del apostolado. El apostolado de quienes van a Rusia misioneros de nuestra fe y mártires. Tú no puedes existir como un paria al lado de los históricos forjadores del porvenir. Hoy mismo vas a entrevistarte con Nicolás Antonof, y te alistas en las filas de sus colaboradores. Está cerca, irás hoy, ¡sin demora, hoy!

—¡Ah!, sí, iré...

—No puede ser de otro modo. En este campamento de refugiados, cual en los demás, el trabajo es doble para lograr el sustento individual —compartiéndolo con los inútiles— y para auxiliar a los consagrados a la obra que allá realizan heroicamente. Nada nuevo te refiero, Iwan, pero si lo olvidaste...

—Me estremece dolorosamente tu voz...

—Si no quieres perder tu derecho a integrar las legiones de los buenos rusos, si no quieres perder tu derecho a ser ruso, has de incorporarte a nosotros, has de ser útil a ti mismo y a tus compañeros en la expatriación. ¿Entiendes? ¡Basta de pereza y de lamentaciones, revive, sé hombre y que disponga hoy de ti Antonof!

—¡Ah! ¡Sí, es verdad lo que dices —clamó poniéndose de pie Iwan—; tu palabra y tu ademán me causan un dolor difuso, pero te digo: ahóndalo, sacúdame, cual una corriente eléctrica, tu voz! Haré lo que debo hacer, haré lo que mandes...

La sugestión de Alix dió vibraciones al fláccido sistema nervioso de Iwan, que continuó:

—Sí, tu espíritu posee la verdad, y la proclama tu voz única. ¡Me venceré, me levantaré, trabajaré con mis hermanos, seré digno de Rusia!

—Y de tu historia, escrita con tu sangre en la gran guerra y en las campañas contra los bolcheviques al lado de los caudillos blancos fieles al emperador.

—De tu historia de humanitario valor, que has olvidado —susurró la enferma.

Iwan, al oír tal frase de su mujer, se acercó a la cama, besó la fría mano de Anisia y de repente tembló cual si se quebrara el hilo de su momentánea energía; flaquearon sus piernas y arrodi-

llado, con la cabeza hundida en la manta del lecho, comenzó a sollozar hondamente:

—No puedo, Alix; soy un miserable, un cobarde, un desertor del deber.

—Cálmate —murmuró la enferma—, no muevas la cama, porque sufro más... Levántate.

—Repórtate, Iwan, no desfallezcas —dijo Alix, ayudando a levantarse al abúlico.

—No puedo trabajar, no puedo vivir, me falta el alma. Debes abandonarme como a un perro... Ya me abandonaron mis camaradas por inútil.

—Al contrario, te quieren y te aguardan. Al lado de ellos volverás a ser quien eras: un soldado del ejército que no sucumbió, que se ha dispersado en el mundo y que existe, unido por la solidaridad del amor a la patria. Eres un soldado del imperio ruso. ¡Un soldado!

—¡Un soldado! —gritó con demencia el hombre—. ¡No es verdad, soy un infame, un criminal, y es mi víctima ella, mi mujer, mi Anuchka!... ¡Con mis manos desgarré sus entrañas! ¡Soy un criminal, un asesino, un parricida..., un parricida!... —Cadavérico el rostro, en convulsión los miembros, lloraba Iwan.

Alix lo tomó por un brazo y lo hizo sentar. Su mano fina pasó por la frente del angustiado con caricia misericordiosa.

—Llévalo a la cocina; en la soledad se calmará —dijo exánime Anisia.

Alix, sosteniendo a Iwan, lo condujo a la puer-

tecilla. Dócil, débil como un niño, se dejó él guiar. En el umbral volvió la cabeza hacia su mujer y con mayor congoja gimió:

—¡Anuchka de mi alma!, perdóname..., te amo, y te maté yo, el parricida, el parricida...

Desplomado en una colchoneta dejó Alix a Iwan, y al volver a la habitación se detuvo alzando la vista al icono colgado en la pared. Era una oración aquella mirada de la mujer, desmayadas las manos a lo largo del cuerpo. Manos tristes en la negrura del traje.

—Ya ves qué existencia tenemos; si me curo, no la soportaré más.

—Es un enfermo tu marido y es indispensable ocuparse de él de otra manera que hasta ahora.

—Tú no nos abandonarás, tu presencia me infunde ánimo. Si me restablezco, haremos lo que creas mejor, pondremos en cura a Iwan.

—De cierto, y tendrás buenos amigos en mi ausencia.

—¿Qué? ¿Te vas?

—Sí.

—¿Adonde?

Tardó en responder Alix.

—Parto a Rusia.

Silencio tras esta frase, que sonó emocionando el corazón de las dos expatriadas.

—¡Estoy perdida, me quedo sola! —lloró Anisia, y Alix, besándola, murmuró con ternura:

—Serás rodeada de cuidados, de cariño, y tu marido sanará.

Por la ventana vieron aproximarse un hombre que por señas preguntaba si podía entrar.

—Que pase; es el querido capitán Sergui Wladimirof; creo que lo conoces. Quedó cojo en los últimos encuentros con los bolcheviques, pero es activo, animoso.

Entró Sergui; el ex capitán, colorada por el frío la cara tártara y poniendo en la mesa el paquete que traía bajo el brazo, habló:

—Casi todas las mercancías aquí están de vuelta, pero he vendido las mejores y traigo un par de encarguitos. A trabajar, Anisia, y no te pongas mimosa en esa cama. Perdón, que empiezo tratando de intereses sin saludar a madame.

Se inclinó ante Alix, besó su mano y siguió la charla:

—Por una colcha doble, de céfiro y malla, según el modelo que te traigo, dará nueve dólares la encantadora señora polaca que se interesa por nosotros, y me entregó para ti huevos, manteca y azúcar. Además, me brindó —como siempre que caemos en su casa— un rico almuerzo. La bondad de la joven polaca Halina me resarce algo de otras casas y varios "casos". Subir cientos de escaleras y que nos den con la puerta en las narices no es lo peor, sino que le insulten a uno las fregonas en las puertas de las cocinas, pues sólo la escalera de servicio es accesible

a los chamarileros como yo. Pero, *nichevo*, no importa eso; adelante, todo va bien e irá mejor. En Ukraina se sublevan los campesinos contra los Soviets y nuestros asuntos marchan de frente. Alix Nicolaiewna lo sabe, y no hemos de pasar la vida como mendigos en casa ajena.

—Mendigos, no; trabajamos.

—Como te plazca designarnos, señora. ¿Mendigos, no? Pues industriales mínimos, vendedores rurales y urbanos. ¡Arriba, Anisia, a la obra; a vivir para volver a la santa Rusia! Más brío que tú tiene nuestra princesa Aborin, que se ha desposeído de todo... ¡Salud, señora!

Con ademán de exagerada cortesía besó el militar las manos a Alix, que sonreía complacida del optimismo vulgar, pero sano, de Sergui.

—Ahora, ahí tienes, Anisia, estos *millines* en moneda del reino; no te aconsejo que los pongas en un Banco, a causa de la inflación, que te dejaría pobre mañana, y, ante todo, porque hay que devorar millones para comer, ¿verdad, querida Anuchka?

Dejó unas monedas en la mesa con breve apunte al lápiz y añadió jovial:

—Me voy sin ver a Iwan, porque su apabullamiento me da la tentación de quitárselo con un vergajo. Me aguardan otros confeccionadores de primorosas labores rusas, y aunque soy portador de algún desencanto, también lo soy de esperanzas y de una gran noticia. Las labores más

considerables que salgan de vuestras manos preciosas las pagarán *en dólares*, poquillos y no al contado entero el precio de la venta, pero aunque gota a gota es de oro el goteo del dólar.

Saludó excesivo de expresión satisfecha, y dirigiéndose a la salida, se volvió a Alix explicando:

—Soy un charlatán inaguantable, y lo peor es que no me corrijo. Mi vicio de palabrerías se agrava por mi oficio de mercachifle. Soy, a la vez que intermediario, expendedor de mis creaciones en calados y encajes, superiores a los de mi mujer, aunque ella ha sido mi maestra. También aprendí a trabajar monerías de madera y hago cartapacios con incrustaciones de abalorios que triunfan en el mercado. Dispensen mi charla, y no me juzgue demasiado mal, admirable princesa Aborin. Aunque ésta mi media pata de palo me impide ejercer mi profesión, ser lo que fuí en el ejército, si me llaman serviré a quien me necesite, y como no he perdido el ojo ni el pulso, mis balas darán en el blanco. Perdonen y *daszwidania*. Adiós.

Salió Sergui y su pierna de madera golpeó el suelo hasta hundirse fuera en la barrizosa nieve del campo.

—Ya ves lo que hace de nosotros el destierro: la catástrofe —suspiró la enferma—. Ese vulgarote que cuando empieza a charlar no acaba era un héroe. El general Brusylof le impuso la lau-

reada de San Jorge por sus proezas en la campaña de Galitzia... Era un héroe de nuestro ejército, y ahora...

—Es un hombre fuerte, fuerte. Se dobla, se curva su voluntad y no se rompe. Los hijos de Rusia que han de salvarla son así.

LA DESPEDIDA

Wladimir Konstantinowicz Zarief, héroe del ejército ruso en la gran guerra, habitaba a la sazón el domicilio de un amigo, empleado en casa bancaria de la capital acogedora generosamente de los emigrados.

En despachito recatado y pocos muebles, modestos, recibía Zarief a dos emisarios jóvenes, vestido el uno con ordinaria pelliza de chófer y con esmero el otro. Aquél le entregó, sacándola de entre costuras de la pelliza, un rollito de papel de fumar. Las múltiples hojitas contenían números, líneas geográficas y de ferrocarriles. De la caja de hierro que tenía a mano Zarief sacó mapas pequeños, y, extendiéndolos en la mesa, los cotejaba, comprobando punto por punto en unos y otros.

—Aquí —dijo señalando una población en el mapa— no hay bastante gente.

—Es muy difícil el trabajo allí por la excesiva vigilancia. Los provocadores están entre nosotros —repuso el chófer.

—Es muy difícil, dices. Si hemos vencido las mayores dificultades, no hay más sino allanar las siguientes.

El tono de Zarief era autoritario.

—Somos fuertes aquí, aquí y aquí —habló el otro ruso, marcando con el dedo sitios distantes y opuestos en la carta.

—Sí, la red se extiende; pero hay que agrandarla más y más —repuso Zarief.

Era de respeto, de sumisión la actitud de los dos conspiradores hacia Zarief, y parecían vacilantes en la siguiente relación de noticias. El cariño, la devoción que sentían por el jefe hacíales retardar la enunciación de las nuevas desagradables.

Zarief les interrogó, y hablaron:

—Con los deportados de las últimas semanas a los confines de Arkángel van los popes Arkadio y Serafín de Tiufe.

—¡Bravos sacerdotes!

—Como sospechosos de contrarrevolución se los condena y no han hecho más que ejercer su ministerio eclesiástico.

—Parte de los habitantes de Tiufe se sublevaron contra la deportación de los curas, y, armados, quisieron impedir su marcha. El Soviet local movilizó su policía y peleó con los defensores de su clero. Murieron algunas mujeres campesinas y niños.

—También dos rojos.

—Y sus camaradas prendieron fuego a las viviendas de cuantos protestaron de la condena de los popes.

—Es el sistema —dijo Zarief impasible.

—En el distrito de Ryan hemos perdido... a queridos compañeros... Fueron sorprendidos en las aldeas al instruir a los ignorantes y a los incrédulos... Encarcelados, los mataron horas después. Marya Zubof y su hermanita Marta, de diecisiete años, perecieron con ellos...

—¿Marya Zubof y su hermana? ¿Las hijas del general Zubof?

—Sí; habían llegado de París el verano, hicieron el curso de instructoras y trabajaban con ardor.

—¡Marya y Marta! —murmuró muy quedo Zarief, y siguió un instante en silencio.

—Continuad —ordenó el militar, acerada la mirada.

—En Petersburgo han registrado nuestro puesto, pero sin resultado; no han hecho prisiones... Estaban avisados por confidencia y la escuela de música que nos sirve de cobijo sigue abierta.

—Pero... —Interrogó, afilado, el mirar de Zarief, y oyó:

—Pietro Pawlowicz ha desaparecido... Era el Mayor en nuestra sección. Salió para Wiatka y... ni vivo ni muerto se le encuentra.

—Ha desaparecido...

—Como en París el general Kutiepow...

—¡Como Kutiepow!

Por la frente de Zarief, al pronunciar esa frase, pasó visible, recóndita emoción. Las rayas entre cejas se profundizaban y en las sienes pulsaban las venas.

—¿Tenéis ultimados los preparativos de marcha para el martes?

—Itinerario, paradas, documentos, todo está listo. Salimos antes que las mujeres. Alix Nikolaiewna podrá pasar con seguridad la frontera. Irá por Warszawa Grodno y en los campos limítrofes de Minsk la esperan quienes han de llevarla al otro lado de la línea roja, hacia Rusia central.

—Bien, ¿y vosotros?

—Cada cual por su lado, pero camino de la patria.

—Allá nos encontraremos.

Una ardiente interrogación brilló en los ojos de los jóvenes, que no se atrevieron a formular los disciplinados de la conspiración. Zarief, interpretando la ansiedad de ellos, les hizo señas de que se acercasen, tomó un lápiz y puso su agudo extremo en un punto del mapa. Las ávidas miradas de los dos emisarios escudriñaron en el centro de intrincadas rayas del mapa el punto señalado por el lápiz. Era Kiew, capital de Ukraina.

Despidió el jefe a los subordinados miembros

de un sector de los que integran la gran organización antirrevolucionaria, y encendió un cigarrillo.

Los ojos del ruso, del color del acero al sol, siguieron las ondulaciones del humo y los volvió a las hojitas numeradas, que leyó insistente. Aprendía de memoria aquellas múltiples cifras. Pasado un rato, al quedar indelebles en su mente, rompió en menudos fragmentos las hojitas y las quemó en el cenicero de bronce que había en la mesa. Guardó el mapa en la caja de hierro y se puso a leer copiosa revista militar alemana.

Llamaron, se entreabrió la puerta de la habitación y sin aguardar respuesta quien llamara penetró en la sala Alix Aborin.

—Perdóname.

—*Chérie*... ¿por qué aquí?

—Perdóname —repitió ella, tímida.

El adelantó, besándole la mano e insistió:

—¿Por qué has venido?

—A despedirme.

—Yo te hubiera visto antes de tu partida. Yo también dejo esta tierra hospitalaria. Es allá donde me reclaman... Ya sabes...

—¡Oh, nos despedimos aquí! ¿Dónde volveremos a encontrarnos?

—Allá, querida Alix. Estamos unidos para luchar.

—Sólo para luchar —gimió ella.

Con serenidad Zarief repuso:

—De esa lucha depende la salvación de nuestra patria, la felicidad de nuestros hermanos.

—Mi felicidad depende...

Cortó él la frase diciendo:

—Nuestra vida la debemos a nuestros hermanos.

—Mi vida es tuya, tuya, tuya...

—Por favor —exclamó él poniéndose de pie—, no amargues esta despedida con tus exaltaciones. Sé razonable. Estamos en vísperas de batallas... El idilio pasó... No hay sitio para el idilio en estos días de guerra.

Alix hizo un gesto al sentir opresa de lágrimas la garganta, y con ledo, entrecortado acento, decía:

—No te enojes, es que quiero hablarte por última vez...

Temblorosas, cruzábanse las manos de la mujer en sufrimiento, y Zarief, más blando de actitud, explicó:

—No te atormentes, sé razonable y disculpa mi brusquedad. ¿Qué podrías decirme que ya no me hayas dicho!

—Una y mil veces que te amo, que me muero sin ti, sin tu amor.

—Pues muere, si sólo te importa en esta hora de los sacrificios supremos el amor de un hombre. ¡Muere!

Alix se curvó al golpe de la brutalidad masculina, pero no se quejó y, reponiéndose, dijo:

—Es que a ti te debo todo... Mi deseo de cumplir el deber, mi facultad de sacrificio me la has dado tú. Hasta nuestro... encuentro —no se atrevió a decir amor—, mi existencia era execrable, y tú me has iniciado al servicio de mi patria, que cumplo con toda la abnegación de que es capaz mi flaqueza. Tú me has dicho: "Levántate", como Cristo a Lázaro, y te obedezco. Cuando me rechazaste y me apartaste de ti, cuando impusiste silencio a mis quejas, callé. Cuando cerraste mis labios para que no salieran mis ofrendas de cariño, te obedecí, me humillé, perdí para vivir espiritualmente contigo mi juventud. Vivo cual una sierva y es mi servidumbre de alegría porque tú quieres que sea así. La apasionada princesa Aborin que cayó en tus brazos no existe..., yo soy su sombra.

—¡Ah!, niña, niña eres en el pensar y el sentir. ¿Por qué vienes a hablarme de ese modo? Te has regenerado por un ideal.

—Ese ideal eres tú. Escúchame, por piedad. Ese ideal de mesianismo patriótico tú lo has enraizado en mi corazón. Amo a Rusia, pero sin ti jamás me hubiera desposeído de mi personalidad, de mi humanidad femenina, desgarrada en la soledad. No me sacrifico por mi patria; por ti iré al... al suplicio.

—Divagas, mi dulce Alix. Yo no te obligo a servir nuestras asociaciones. Déjalas.

—¡Ah! —clamó desesperada Alix—, jamás,

jamás; me olvidarías, no volverías a saber de mí. Ahora una hebra de la labor común nos liga de lejos.

—Te ofuscas...

—Me agobia un ansia de confesión, de sinceridad, para que no me creas mejor que soy...

—Sosiégate, te conozco. ¿A qué insistir en lastimarnos? Me inculpas. ¿Cómo explicarte lo que nunca será comprensible a las mujeres ni a tu sensibilidad? La integral entrega del varón a una idea, a un esfuerzo absorbente y exclusivo, no lo comprendéis... Si es —como dice Mickiewicz— cierto que sólo una chispa afectiva arde en el corazón de los eslavos, esa chispa es hoy foco ingente en mí, el imperativo de mis pensamientos y de mis acciones, al cual queda supeditado enteramente mi ser. Pasiones, gustos, vicios, cuanto constituye la complejidad psicológica del hombre, lo ha devorado un fuego interior de fe y de entusiasmo surgido de la única chispa que arde en el espíritu de mi raza. No veo, no necesito, no anhelo ni me importa nada de cuanto no se relacione con ella y con el objeto de mi vida. En mis sentidos se ha hecho un silencio de muerte. El cerebro, la voluntad, son los resortes de mi existencia consagrada a un fin exclusivo que la llena.

—No me amas.

—Ni a ti ni a nadie... Sólo la lucha me apasiona y el triunfo por ella —respondió Zarief.

Pero al notar la angustiada expresión de Alix siguió menos adusto—: Sufre Rusia. Las organizaciones nuestras exigen el esfuerzo, el sacrificio de cada uno de nosotros. La más leve negligencia, un descuido puede costar la vida a miles de personas...; peor que eso, puede inutilizar la obra. Rusia sufre y nos debemos a ella. Hay que salvarla. "No es tiempo de pensar en las rosas cuando arden las selvas."

Cual eco, ella repitió:

—"No es tiempo de pensar en las rosas cuando arden las selvas." Te comprendo... Me voy... Hay que pisar las rosas del cariño y correr a atajar el fuego del cataclismo... He venido a despedirme... Adiós.

—Adiós, no, sensible niña, *daswidania;* hasta la vista.

Callaron.

—Sé que vas provista de lo necesario y confío que llegarás felizmente. A lo largo del camino y en las fronteras hallarás los nuestros. En Varsovia podrás detenerte y descansar entre gente conocida. Hay allí muchos emigrados que con nobleza auxilia el Gobierno de Polonia. No lo olvidaremos.

La mujer acalló un sollozo preguntando:

—¿Y tú?

—Yo espero llegar sin novedad por otro camino —sonrió Zarief.

Alix se puso de pie; temblaban sus manos.

—Me despido, perdona... Es la última vez...

—Dulce Alix —dijo con blanda indiferencia él—, eres valerosa y sentirás, si no desmayas en tu propósito, el mejor de todos los goces: el íntimo contento de sí mismo. La audacia es madre de la fortuna y de la victoria. *Au revoir*, niña querida. Hasta pronto.

Zarief besó las heladas manos de Alix y se inclinó, rozando con los labios su frente.

Alix, estremecida, grácil, cruzados en el pecho los brazos, recibió aquella limosna de cariño con arrobamiento de mística Anunciación.

ALIX ABORIN

Alix andaba despacio por la rúa poco frecuentada. Su silueta se percibía en el fondo claroscuro de la media tarde con los precisos trazos negros del atavío. La esbeltez graciosa del tipo persistía en la transformada mujer, y algún transeúnte, al cruzarse con ella, la contempló pensando que era "alguien"; acaso una princesa destronada con aristocrática palidez de nostalgia.

El abrigo ceñido al talle, la gorrita afelpada, que descubría la frente con ondas de cabello cobrizo en las sienes, y la línea blanca de estrecho chal enroscado al cuello estilizaban la figura femenina.

Anduvo mucho desde la casa de Zarief hasta el extremo opuesto de la ciudad, y al atravesar la plaza del Rey, muy arbolada, con fontana monumental en medio, se detuvo cansada. Buscó con la vista un asiento, retrocedió a la entrada de breve alameda y en un banco pintado de verde se sentó.

En torno veíanse filas de rosales cubiertos con caperuzas de paja entretejida que los preservaba del hielo. Estaba seca la fontana y en los bordes de la concha que la cercaba algunas plaquitas de agua gris se congelaban lentamente. Parejas de gorriones picoteaban con desesperación de hambre la tierra exhausta, endurecida, y en lo alto los ramajes de robles viejos estrechábanse crispados, con tensión trágica... Sentían la resistencia de la Naturaleza a desmayarse en el letargo invernal. La mujer, fatigadísima, insensiblemente penetrada por el pesimismo de la arboleda dolorida, bajó la cabeza y se dejó asaltar por íntimas evocaciones. ¡Su vida! De la confusión de imágenes lejanas emergía próxima, viva, la de Zarief. Su actitud y sus palabras, oídas ha poco, penetraban, se incrustaban en la mente de Alix. ¡Si pudiera olvidarlas!

Lo había conocido al comenzar la guerra mundial, en un salón de la corte zaresca. Se vieron unas veces, y a ella, exquisita mundana, no le agradó Zarief. Lo encontró poco hábil en el discreteo de la frivolidad cortesana, "demasiado guerrero", como le dijo un día. Partió al frente, y ella, muerto su marido... La imagen del príncipe Aborin quebró la trayectoria de ese pensamiento, que huyó a otra lejanía.

Alix recordó su casa paterna en los vergeles del Cáucaso, su familia de dinásticos caudillos indígenas y su educación en el instituto impe-

rial Smolny, de Petersburgo. De allí salió adolescente para casarse con el decrépito príncipe Aborin y brillar, por su lujo y su fresca alegre ingenuidad, en el mundo cortesano. Advino la guerra, la catástrofe de la revolución, la huida a París. París... Otro recuerdo punzó su sensibilidad... En París había encontrado al español Fernando de Andrade y lo traicionó con Zarief...

El estilete de aquella rememoración dolía, demasiado clavado en la conciencia, y se lo arrancó con una disculpa:

—Lo que sentí por Fernando de Andrade fué un deslumbramiento, la sed pasional de mi juventud desquiciada en una sociedad pervertida. Pero yo, ignorante de mí misma entonces, aturdida en la vorágine social tras guerra, no era yo. Después..., después...

Quedaron un instante en suspenso las ideas de Alix...

—Sólo nació en mi ser de frivolidad el otro; surgí entera, abierta el alma a la luz, consciente de mi personalidad, de mi condición psicológica como criatura de servidumbre de amor, y no rehuí mi destino doloroso, ni hubiera podido hacerlo. Zarief es mi destino. El.

En este punto las evocaciones de Alix se rompieron en los retorcidos bordes de una oquedad de negrura. Un vacío se hizo en sus ideas, que tardaron en traspasarlo.

La esotérica vibración del pensamiento se reanudó y murmuró en el corazón de la mujer:

—El ¿te amó? ¡Ah! —clamó incontenida la voz—. No..., no...

Valiente esta vez, hundía el estilete de la verdad en su carne y confesaba internamente:

—Yo lo perseguí, le asedié y cedió momentáneamente... Pronto tuvo lástima de mi abandono, de mi existencia desgraciada, y quiso transformar mi amor hacia él en un fin patriótico. Me emparejó con quienes él guía, con quienes han puesto en él su confianza y le obedecen... Voy con ellos a cumplir mi suerte de sierva. No retroceré, no puedo... Así no le pierdo completamente, no le pierdo... ¡Ah, pero qué hielo me ha traspasado el corazón con su actitud y sus frases de despedida!

Alix ahondaba el cuchillo en el pecho herido con la tenacidad suicida del desgraciado que goza sintiendo su sufrimiento, porque es sentirse morir de amor.

No podía más; iba a desvanecerse, y con esforzado movimiento se irguió. Estaba aterida, y echó a andar vacilando. Salió de la umbrosa plaza del Rey y pasó por calles bulliciosas. El frío que la estremecía no cesaba, y un latido del instinto acalló la ardiente cerebración.

—¿Me pondré enferma? ¡Qué disparate hice sentándome en ese húmedo paraje! Enfermaré y no podré partir. ¡Oh, Dios mío!

Apresuró el paso y anduvo largo rato, hasta llegar a la calle Nueva. Al frente de ella, en barriada de proletarios, vió encendidos los faroles delante de bajo, feo edificio: la estación de una línea del tranvía de circunvalación. Caminó hacia allí y se detuvo, esperando la vuelta de los coches.

Se aproximó entonces y la saludó el capitán Sergui. No advirtió Alix la grave expresión del hombre jovial, que quedó silencioso tras el lacónico saludo.

No llegaba el tranvía; pasaba el tiempo, y al cabo habló el capitán:

—Ha sucedido una desgracia.

—¿Qué? —contestó sorprendida Alix.

—En mi barriada, personas queridas... Anusia se escapó de la barraca, abandonó a su marido...

—¡Ah!

—Iwan se ha matado esta mañana. Una desgracia, Alix Nicolaiewna; una desgracia.

—Una desgracia —susurró Alix, y se abrieron sus ojos con espanto.

EN LA ESTEPA

Cual puntos de mástiles hundidos en marmóreo mar, negreaban sobre la nieve en la inmensidad de la estepa chozas campesinas. Las aldeas extensas, de muchos kilómetros y con escasos habitantes, se diseminaban perdidas en la llanura.

A Iwanowo, aldea aislada en bloques de nieve, llegó el sonido lejano de una campana, y coincidiendo con el débil toque aparecieron levísimas claridades en las ventanillas herméticas de las chozas. En una grande, separada de la calle —donde se alineaban algunas—, se entreabrió la puerta y salió fornido mujik vestido con gruesas pieles de zorro sobre ligera blusa azul. La botas de crudo cuero, altas hasta el muslo, recogían los pantalones flexibles. Se cubría la cabeza con el gorro de astracán, que le tapaba las orejas y la nuca.

El mujik volvióse al lugar, adivinado, no visto, desde donde se deslizaba en el silencio el lánguido toque; se santiguó tres veces, y, con la gorra en la mano, se arrodilló. El pelo, en mele-

na color de caoba, despejaba la cara de pómulos salientes y abundosa barba rubia. Los ojos penetrantes y la boca grande, de sanos dientes caninos, eran característicos del estepeño moscovita cruzado de tártaro.

Las posibilidades inverosímiles y antitéticas de su raza —relampagueos y desentendimiento de pasión diluídos en nervosismo de humanidad primitiva— vegetaban en aquel hombre de juventud sin fuego, de ojos de claro mirar tímidamente curiosos.

Al fondo de los campos muertos algunas rayas de amarillento claror marcábanse en los verdosos vidrios de las chozas, porque el campaneo apresurado y corto —que no se oía diariamente por prohibición bolchevique— despertaba la aldea. Era el anuncio de nuevo día, la salutación de la iglesia al día que llegaba rompiendo la noche...

Pero la noche no plegaba sus sombras, dejando abrirse la mañana. Las veinticuatro horas últimas de un día habían pasado por el reloj convencional del tiempo y la amanecida retardaba su albor en aquellas llanuras gélidas.

Cantó ronco un gallo. Un can aulló lúgubre, y otros, despiertos con susto, ladraron agresivos. A la vez, algunos más distantes, con ladridos fuertes, secos, repetidos a intervalos como señal, se daban cita de vagabundeo en las estepas.

Indecisas siluetas moviéronse en el interior de

las viviendas, y el mujik se puso en pie. Tres veces hizo la señal de la cruz —de la frente al pecho y desde el hombro derecho al izquierdo—, a la manera del cisma oriental, y entró en la izba —vivienda.

—Fiodor Fiodorowicz, hoy, hoy no me quedo en la izba. Si vienen los rojos y hallan el escondite del trigo me matarán ¿Por qué no quieres ir a trabajar en la comunidad del distrito? Otros más ricos que tú han ido... Tu terquedad empeora nuestra situación... Se han llevado el ganado, los aperos de labranza... Eramos kulaky, y somos unos miserables. Yo no aguanto esta vida... Nos harán a la fuerza ir al Centro de la colectividad, o nos meterán en la cárcel... Tenemos que obedecer a los rojos; los hay que son muy buenos.

—No —respondió él a su mujer, lozana aldeanota con cara salpicada de pecas cual polvillo de canela, y cogiendo la rebanada de pan que ella cortara la guardó en el bolsillo—. Si vienen esos malditos no entregues la pizca de cereales que queda. Vamos ganando tiempo...

—Estamos perdidos por tu culpa...

El hombre miró a la mujer enojado, y dijo sentenciosamente:

—La conciencia es la que no hemos de perder. La vida es de Dios y de nuestra madre Rusia.

La aldeana hizo un gesto feamente despreciativo, y se oyó una voz infantil:

—¡Papasia! ¡Padrecito! —exclamó, saltando de la piechka (estufa que sirve de cama) a los brazos de Fiodor, su hijita Tania. Y se abrazaron tiernamente.

—Palomita, mi dulce palomita blanca; no te enfríes, vuelve a echarte.

La nena, jorobada y cojita, con cabeza de ensortijado lino y pupilas de luz, se volvió a la cama diciendo:

—Padrecito, tengo frío y sueño... Quiero dormir mucho y despertarme en el cielo con los ángeles...

—Si fuera así... yo descansaría... No da más que trabajo y de nada sirve —murmuró la madre.

Fiodor arropó a la criatura, y mirando a su mujer, pronunció la usual frase bárbara:

—¡Perra, hija de perra!

Contestó con cínica risa la insultada, y Fiodor, besando a la niñita, habló cariñosamente:

—Con la ayuda de Dios tendrás salud y entonces te llevaré..., irás conmigo...

—¿Partes hoy, padrecito?

—Sí.

—Pues tráeme al volver un vestido de batista blanca con rosas. Vestida con él me dormiré y entraré en el cielo, a saludar a la milagrosa Madre de Dios, de la mano de los ángeles.

—Bien, así se hará, hijita mía —repuso el padre, y salió de la izba.

En la puerta, la mujer lo miró ir, y levantando el brazo con el puño crispado hizo ademán de descargar un golpe iracundo.

Se metió el mujik, a espaldas de la choza, en ruinosa cuadra, ocupada por un caballo del país, pequeño, peludo y de gran resistencia.

—Compañerito, mi *Umny*, vamos a lo nuestro, ¿eh? —habló Fiodor, posando cariñosamente las manos en la testa y los lomos del animal. En los ojos de éste, semejantes a dos agujeros de un pozo, lució la mirada cual agua honda, y abrió, dócil, el hocico, esperando el freno.

—Juntos siempre, mi querido *Umny*. Como a hermano te defenderé si quieren llevarte al Centro agrícola. Te defenderé, no irás, ni yo iré... Nuestra ruta va por otro lado, ¿verdad, querido?

Charlaba Fiodor enganchando el caballo a la telega —el trineo de fuertes troncos que usan los campesinos—, y, de pie en el vehículo, tomó las riendas y echó a caminar prestísimo estepas adelante.

Vaho de pizarrosa neblina manchaba el Oriente y se agrandó rastreando en la nieve la mancha difusa.

Bajo el trineo ancho y pesado rechinaban los hielos, y la abundante paja que llenaba el fondo, cubierta con lonas y pieles, soltaba en la carrera briznas ennegrecidas que se enredaban cruzándose en la blancura cual caracteres de epitafio prehistórico.

Ni la troika pujante y cascabelera, que es carcajada de la vodka en las rúas ciudadanas y en los llanos campestres, ni un rumor de amanecer acompañaban el trineo en la estepa muda. Unicamente algún cuervo exánime saltaba entre las patas del caballejo y picoteaba el flojo excremento del animal.

En el largo caminar distinguió el aldeano la cupulilla verde crudo de una iglesia en extenso cerco de caserío. No llegó allí, torció, dando un rodeo, y se internó en arboleda opuesta al caserío. Al extremo de ella, en el cruce de dos veredas, se detuvo Fiodor ante una choza. Abrióse la puerta, saltó del trineo y penetró en la izba. Un chiquillo escuálido brincó a la telega, retirándola de la puerta. En la choza acogieron con agasajo al caminante una aldeana de mediana edad y un viejo. Era reducida la habitación. La estufa, empotrada en la pared, esparcía sabroso calor, y en la mesa con grueso mantel de lino moreno hervía el agua en reluciente samovar. A un lado cuatro escaloncillos terminaban en la puerta del sótano, y el conjunto en la pobre izba era de amable aseo.

—¡Bien venido Fiodor Fiodorowicz! Te aguardábamos y nos da satisfacción tu llegada.

Se besaron los hombres y, sentándose los tres, conversaron.

—Gracias al Señor Todopoderoso, las cosas van como deben. Muchas leguas en torno, y más

lejos, circulan ya las instrucciones que nos trajo la señora.

—La santa señora —repuso grave Fiodor.

—Cierto, santa. Donde se presenta y explica a las mujeres y a los niños lo que sabe y del auxilio que la Madre de Dios ha de darnos en nuestras aflicciones, las mujeres y los niños se arrodillan, la escuchan y les penetran el alma para siempre las verdades que ella nos enseña. No tenemos iglesias ni sacerdotes, pero si viéramos con frecuencia a la señora, las necesidades de nuestra alma serían en parte satisfechas. Ella da agua a nuestra sed —dijo la mujer beatamente.

—Las mujeres y las madres de nuestros hermanos les incitan a no ceder, los sostienen en la lucha contra los rojos...

—No todas son así —repuso triste, bajando la cabeza, Fiodor.

—Cierto. Pero en los Centros colectivos se oponen más y más nuestros hermanos al despojo de sus caballerías, de su material de laboreo y del fruto de sus cosechas, que se llevan los comisarios a la capital. No queremos los hijos libres de la estepa ser criados de los sin Dios. Tenemos, desde época remota, instituciones rurales y nuestro modo de vivir y de trabajar. Pagábamos impuestos debidos a nuestro zar. En nuestras comunidades campesinas locales había tranquilidad, porque nosotros mismos respetábamos

cuanto era de justicia para cada uno, sin merma para los intereses de los demás. Ahora no existe ni buena ley, ni amor... Han matado el verdadero Soviet ruso. No hay más remedio que luchar, y lucharemos.

Las frases del viejo vibraron, y repuso la mujer:

—¡Ah, cuán triste es nuestra vida! ¡Cuán grande es nuestra desgracia! En los Centros se vierte la sangre nuestra... Nos persiguen, nos matan...

—Matar a Cristo en las almas de sus hijos es peor que matar el cuerpo —dijo solemne Fiodor.

—Así es, y eso explica la señora.

—Ella me enseñó la verdad.

—¡Feliz tú que la conociste y la has oído antes que nosotros. Las mujeres no quieren que se vaya, lloran despidiéndose de ella y creen... creen...

—También las hay que dudan.

—Cierto, Fiodor Fiodorowicz, y no faltan desvergonzadas incrédulas. En Kolemine, donde acompañé a la señora unos días, hallé un par de mozas revueltas que, al irse de nuestra reunión, se reían, y, alejándose camino de sus casas, cantaban coplas de teatros. Eran más las muchachas serias, y una, Anastasia Iwanowna, que dirige el grupo de Riazan, su aldea, gustó mucho a la señora. Canta las canciones de la estepa, desde las primeras que hubo, y las de los Misales,

que enseña a los niños para que no se pierda —según dice la señora— la poesía rural y la leyenda cantada. Anastasia Iwanowna es buena, y hospedará a la señora.

—Es costurera y servirá a la señora con menos pobreza que nosotros.

—Ella se muestra satisfecha de todo... Aquí y en muchos lugares, en las casas de nuestros hermanos, ha entrado con su presencia la luz... De etapa en etapa la acompañaban los nuestros, y no tuvo ningún encuentro malo. Yo la traje aquí y he visto que sus palabras subían como palomas del Espíritu Santo a nuestro espíritu —decía el viejo con emoción.

—La ayuda de Dios y la labor de sus fieles hijos alcanzará que nos sea dada la paz.

—Hombres de sana voluntad abundan. ¡Cuántos difunden de aldea en aldea las hojitas cristianas y las instrucciones verbales que de boca en boca se propagan para nuestro provecho! La legión de los "pies descalzos", los voluntarios mendigos, ayudan eficazmente la obra.

—Tienes sobrada razón, Fiodor Fiodorowicz. Esos voluntarios están en todas partes.

—Sube la señora —dijo la aldeana. Y de pie, todos miraron la puerta, que se entreabrió y apareció Alix. Curváronse profundamente los tres y ella sonrió.

Vestía lienzos aldeanos, cubría sus hombros

chal ceniciento y en la demacración de la cara brillaban febriles las pupilas.

—¡Qué bien me encuentro entre vosotros, amigos! Fiodor Fiodorowicz, esta vez iré bajo tu tutela mundos adelante. Me complace, eres estimado entre los más fieles.

El mujik se llevó al pecho la mano y se movieron sus labios sin pronunciar una frase; palideció.

Sentáronse a tomar el té que les ofrecía la casera, a la par de honda cazuela desbordante de kasza —un amasijo de semillas de planta norteña cocidas en agua con manteca—. Los tres campesinos vertieron parte del té en los platillos adjuntos al samovar y en ellos lo bebían a gotas, saboreándolo. Alix miró a los aldeanos pensativa, pasando por el grueso vidrio de los vasos sus helados dedos aliviándolos, momentáneamente, del frío.

—Hoy vamos a Riazan, Fiodor Fiodorowicz.

—Mándame, señora.

—Anastasia Iwanowna nos aguarda, y os digo, amigos, que con estepeñas así a nuestro lado es una delicia la labor. En muchas, muchísimas aldeas, nuestras delegadas cumplen con sagacidad y fe su misión; pero el don de atraer y de convencer a las gentes que demuestra Anastasia Iwanowna es excepcional. Su voz, su memoria, cantando y recitando las consejas perdidas, son inapreciable elemento en la iniciación infantil.

Ella enseña a los niños a cantar en coro plegarias y leyendas que los maestros bolcheviques destruyen.

—Anastasia ha heredado de sus bisabuelos el conocimiento de las añejas letanías y de las leyendas que nadie conoce. Su padre, más de una vez, fué llevado a la presencia de nuestro señor el zar, quien, rodeado de patriarcas y de sabios, en su trono de esmeraldas, hacía cantar a Iwan Iwanowicz los cantos que sólo él sabía. Yo, cuando era niño y pastoreaba con el abuelo de Anastasia, también aprendí aquella historia del zarewicz sin ojos, pero la he olvidado.

El chiquillo que a la llegada de Fiodor apartara el trineo tornó, irrumpió en el cuarto pidiendo desaforado:

—¡Babucha! ¡Abuela! Dame té y pan.

—No grites, Kostka —respondió ella, dándole una corteza de pan. La mordisqueó él, y se acurrucó junto a la estufa. Sus ojillos de ratón fijábanse en los huéspedes y escuchaba atento. La campesina explicaba—: No es nuestro nieto. Lo hemos recogido en una charca, donde lo tiró su madre al huir... Creía ella que su marido la apalearía si al volver se encontraba con el niño, y lo tiró al agua... Pero el marido no volvió de la guerra.

—Cu-cu-cu —chilló el muchacho, imitando al maligno halcón cuando ha hecho presa, y bajando la voz conversaron los reunidos.

—El Centro del distrito inmediato ya no funciona. El candeal y el centeno que recogieron los comisarios ha desaparecido del almacén gubernamental.

—Los ha robado el pope, que es muy remalo —dijo el chico bajo la mesa, adonde se arrastró jugando.

—¡Ah! ¡Estúpido! ¿Quién te ha enseñado a tratar de tal manera al sacerdote? —gruñó la abuela, y su marido explicó:

—Sacaron el trigo y el centeno del depósito los mismos labradores, porque los perversos comisarios se adueñaron de los cereales sin dejarles ni un grano. Ni avena, ni un haz de paja, y no habían de morir de hambre los labradores y sus buenas bestias mientras otros se hartan en las ciudades. ¿Entiendes, imbécil? Los Soviets son injustos con las comunidades rurales antiguas, las que regían nuestros antepasados por la ley imperial... Ahora se destruye a la madre Rusia y a sus hijos... Ya ves, señora, lo que nos resta hasta que a culatazos nos arrastren a la colectividad, a trabajar como siervos de los rojos Eramos acomodados labradores, kulakys, de la estepa fértil y hermosa Fiodor Fiodorowicz y yo, tu servidor... Hoy, despojados de todo, con pobreza te recibimos. ¡Perdona, señora!

—¡Oh!, llegarán mejores días para todos, confiad. Sois constantes a vuestra fe, sois buenos... Os estoy agradecida de corazón.

—¡Benditas sean esas tus palabras!

—¡Bendita seas tú, señora, que nos consuelas —habló Fiodor, creyente y humilde, contemplando a Alix.

—En tiempos de nuestro padre el zar... —suspiró la abuela, y repuso, místico, Fiodor:

—El padre vendrá a dar paz y amor a su pueblo.

Cual respuesta cínica y burlona, el chico imitó el ladrido de un perro, dió un brinco y escapó.

No tardaron en despedirse Alix y los hospitalarios rústicos. Fiodor preparaba el trineo con un almohadón entre mullidos sacos de heno, regalo —con algunos comestibles para el camino— del matrimonio.

—Oye, hermano, mi cuchillo es más fuerte que el tuyo —dijo el viejo entregando uno a Fiodor.

—Gracias; pero mi pica vale más que tu cuchillo.

El viejo palpó a lo largo de uno de los costados del trineo la pica afilada, enmangada en roble.

—Vas bien preparado, querido Fiodor. ¡Dios te guarde!

Se besaron tiernamente los dos rudos hombres, y montó en el trineo Alix.

La doja, el característico capote de gordas pieles, sobre la vestimenta de skuntz, que envolvía hasta la cabeza el fino cuerpo de la joven, la desfiguraba lastimosamente. La acomo-

dó Fiodor en el trineo, cuidándose de ella con extremada solicitud. Mullía los sacos de heno y paja del asiento, arrollaba las pieles a modo de respaldo que sirviera de apoyo a la viajera, envolvía sus pies con la doja y las mantas, apretando los pliegues para evitar rendijas por las que entrara el frío hasta el cuerpo, y con ternura cubría la cabeza de Alix, encapuchada, con suave chal de lana oremburguesa, la que mejor preserva de los vientos glaciales.

Concluidos los minuciosos cuidados de Fiodor, repitiéronse las cariñosas frases del matrimonio y los viajeros. Alix sonreía escuchando los halagos y las bendiciones con que la despedían, y Fiodor tomó las riendas diciendo blandamente:

—*Umny* querido, adelante —y el caballo arrancó a escape por la llanada.

Corrieron tras el trineo Kostka y tres chicuelos que con él se reunieron, y después de jadeante carrera se detuvieron rendidos.

—¡Que se lleve el diablo esas personas! —chilló Kostka—. Aquí no las queremos. Son burgueses disfrazados, de los que nos habló aquel maestro ambulante, que nos dejó libros y estampas el año pasado. Si volviera a estos contornos, lo iría a encontrar, y le diría lo que hablaban los abuelos y esa mujer, ese mirlo flaco...

—Sí, sí —respondieron los muchachos.

—¡Camaradas! —exclamó enfático Kostka—. Vamos a Woronowo, por si ha venido el *Konso-*

mol de la villa y nos enseña el ejercicio y el himno de los hijos de la revolución.

—Si ya lo sabemos.

—Es otro, animal; uno nuevo y más hermoso que los anteriores. ¿No sabes que el progreso es cambio... cambio?

—Yo... no... no... puedo ir... tan... tan... le... lejos... Tengo... los... pies... pies que... mados por el... hielo... hielo —tartamudeó un chiquito bizco, de labios babosos y mandíbulas deformes.

—Pues tendrás que ir y aprender lo que nos enseña el camarada *Konsomol*. Es obligatoria la enseñanza, es obligatorio saber que los burgueses y los curas chupaban la sangre del pueblo, y que ahora, gracias a Lenin, nosotros somos dueños del mundo. Mataremos a quienes se oponen al proletariado. Cuando tengamos aquí escuela os instruiréis. Yo, aunque me escapé de la del distrito, porque está a muchas leguas de aquí y me zurraban cada día demasiado, he aprovechado el tiempo que estuve de discípulo y no soy un ignorante como vosotros. El maestro clarito lo dijo: "Los popes hablan de Dios para engañarnos y que vayamos a darles copecas por que nos confiesen. Sermonean de Dios, y Dios no existe; es una mentira, un opio "que entontece". Hay que cortar la cabeza al pope de Pietrowo. Sólo queda él, y antes había más que moscas, holgaban y vivían a cuerpo regalado... ¡Caerá ese embustero de Pietrowo!

—Y en la iglesia han de hacer un gran teatro para nosotros —intervino otro de los muchachos.

—Un teatro con luz y música.

—Con todo lo mejorcito y la mecánica de los Soviets —añadió Kostka insolente de infantil ignorancia bolchevique.

—Ved quién pasa allá...

—Mi... mi... her... mani... ta... a... —tartamudeó el bizco.

—¡A ella, camaradas! —gritó Kostka, y la banda corrió hacia la chiquilla, que los esperaba riendo y contenido el paso.

—Ven con nosotros.

—A jugar...

—Te enseñaremos un juego divertido.

—Si es el del otro día, os lo podéis guardar.

Los chicos respondieron con carcajadas, y Kostka, muy aproximado a la niña, murmuró:

—No les hagas caso; ellos no saben... Mi juego te gustará.

—¿Cuál es?

—Ya verás...

—Dime qué juego es —insistía la niña brillantes los sesgados ojos calmucos en la redondez de la cara enrojecida por el viento.

—Has de venir conmigo.

—No quiero —negó, incipientemente coqueta, la niña, apartándose.

Entonces Kostka la agarró por el talle risoteando y besando la carita que se esquivaba.

Los demás muchachos abalanzáronse a ellos, gritando:

—No has de llevarla tú, Kostka...

—Todos nosotros...

Kostka rechazó a golpes y patadas el ataque sin soltar a la chica, y agarrados, apretados a ella, cayeron juntos, apiñados, al suelo. El pequeñín bizco veía, imbecilizado, aquel montón de cuerpos forcejeando, golpeándose bestialmente en la blandura de la nieve. Los ojos extraviados del niño miraban, y la saliva, cayendo de los abiertos, amoratados labios, se cuajaba en hebras de hielo bajo la barbilla triangular del degenerado.

EL CANTO EN LA ESTEPA

Promediado el día, respondió Fiodor a Alix:

—Haremos como gustes, señora. Yo considero que debíamos detenernos, y caída la tarde entrar en casa de Anastasia Iwanowna.

—Quisiera llegar cuanto antes y salir mañana, inmediatamente después de la reunión, para entrar en Ufa y más allá, donde me esperan.

—Se hará según piensas; pero vas sin alimentos y debemos detenernos.

—Bien. Dame un pedazo de pan.

—Con manteca y queso, que para ti me entregaron los viejos.

Hicieron alto junto a espesos matorrales, cuyas ramas quedaron, al helarse, retorcidas en inverosímiles formas geométricas, y descendió Alix del trineo. Anduvo un rato, para entrar en calor, comió el pan con queso que de limpio bolso sacó Fiodor, y bebió un sorbo de vodka, que le ofreció el mujik con estas palabras:

—Bebe, señora; es medicina que te confortará. Vamos muy de prisa...

—Gracias. Ahora bebe tú.

Tomó él la botellita, respondiendo humilde:

—Yo no bebo...

—¡Ah!, perdóname la distracción. Eres starowiera, fiel a la antigua secta vegetariana y abstinente.

Se inclinó Fiodor y repuso:

—Como mis abuelos, mis padres y mis hermanos. Si tuviera hijos serían starowiera. No tengo más que una hijita enferma y coja... Su madre la detesta.

—¿Es posible? ¿Pertenece a la secta tu mujer?

—La ha renegado, señora, ¡oh qué gran pecado! Vivíamos según los mandamientos de la Iglesia de Cristo en las Escrituras. Trabajábamos nuestra tierra y no carecíamos de pan candeal, de leche y de cuanto dan los campos al labrador. A los zares, a los patriarcas, servíamos con amor y obediencia. Entera la cuaresma y fiestas de guardar ayunábamos, sin probar grasa ni leche, y nos regocijaban en verano los frutos de la huerta. Poseíamos ganado, abundante leña, lino, y en estío pescábamos los mejores peces en los ríos abiertos al sol. El zar velaba por nosotros, sus hijos. Al presente...

Nublóse la cara impasible del mujik, y calló.

—Continúa, hermano...

—Mis abuelos recibieron su hacienda de la noble familia Zarief, a la que servían. De mi

padre heredé la hacienda que le plugo darme, y vivíamos en gracia de Dios antes de la guerra. Los "pies descalzos" caminantes participaban de nuestros bienes en nuestra izba. Al presente... Dice el starietz Apolon de Woronowo que comienza el fin del mundo. La revolución ha sido peor que la guerra. Mi mujer cuidó la casa mientras yo estaba en el frente. Ahora sale de casa con las vecinas y se emborracha... se pierde... No hay paz en Rusia ni en nuestros corazones. Ni los muertos descansan en sus tumbas... Se profanan los cementerios, se destruyen las iglesias... No podemos vivir ni morir como nuestros padres... Tú lo sabes, señora, y sufres también.

—Sufrimos con todos los que sufren y trabajamos para salvarlos.

—Eso dice Wladimir Konstantinowicz, mi protector. A su lado estuve en la guerra. El solo recuerdo de su mirada y de su voz infunde aliento a los míseros como yo.

—¡Wladimir Konstantinowicz! —susurró Alix, y su mirada se elevó interrogadora en el vacío.

Con ademán lánguido apoyó Fiodor los brazos en el lomo del caballo diciéndole:

—¡Somos desgraciados, mi pobre *Umny!* —y los ojos del animal pestañearon comprensivos.

Alix, contagiada del pesimismo de Fiodor, se estremeció nerviosamente. Semanas continuas de existencia errante conviviendo con los cam-

pesinos —que eran eslabones de una cadena uniendo miles de seres secretamente— fatigaban a Alix. La sostenía cada día una esperanza desvanecida cada noche: la de tener noticias de Zarief. Pero sabía que no podía tenerlas... Sabía que había pasado la frontera de Rusia, y luego nada. Un infinito de negrura se interponía entre ella y el amado... A las horas de supersticioso terror por la suerte de Zarief seguían las de confianza.

—Zarief —cavilaba—, heroico soldado, conspirador que reunía en sus manos el engranaje de la conspiración antibolchevique —paralela a la organización gubernamental de la Checa—, sorteando el espionaje de ésta, contrarrestando los resultados del terrorismo político, Zarief hallaríase cumpliendo su misión en las sucesivas etapas de su itinerario. Sabría de él probablemente al término de sus viajes por la estepa, y sentía prisa de acabar. Una fortaleza insólita de fémina exaltada por la euforia amorosa hacíale soportar privaciones y peligros al refugiarse en chozas de campesinos iniciados al gran movimiento rural antibolchevique, pero de vecindad insegura en determinados lugares.

Era de temer que la fragilidad y la tensión psíquica de Alix se troncharan en aquel medio inhóspito, hostil para los seres civilizados. El miedo de ser sorprendida por los esbirros la

mortificaba; la nostalgia por Zarief era inaplacable sed de su existencia.

La princesa Aborin, la exquisita mundana de la corte imperial, la bella que en París cautivaba con su encanto exótico, matizado de modernismo, habíase convertido en la conspiradora de nombre supuesto que encendía en los espíritus mansos de la estepa la fe y la esperanza del porvenir apagados por la persecución comunista. Ella movía la abulia de las almas, hablándoles de la próxima felicidad si perseveraban en rechazar la doctrina de los enemigos, si continuaban obedeciendo a las normas de "los buenos rusos", si la resistencia pasiva y reglamentada de las aldeas a la imposición de los rojos no disminuía.

La princesa Aborin, que resbalaba por la vida poniendo sus dedos en el clavicordio del capricho para deleitarse en la discorde música de las sensaciones dispares, resultaba en aquellos días un caso de autotransfiguración, una divina transfiguración por amor humano.

En resplandores de sacrificio palidecía su belleza; cual alas plegadas en un descanso de la ascensión, movíanse sus gráciles brazos. Sus pupilas de iluminada atraían con irradiación inefable, pero se curvaban agobiados por el peso del sacrificio sus hombros. Un concreto dolor del cuerpo macerado por las molestias y el frío, un

dolor difuso de su sensibilidad marcaban en su boca rictus de agonía.

Umny masticaba un puñado de heno que le dió el amo. El declinar del día nublaba la estepa, y Fiodor, de cara al Oriente, permaneció inmóvil algún tiempo. Volvióse a la viajera, que se apoyaba en los arbustos, y con enternecimiento dijo, contemplándola:

—Es dura, demasiado dura tu labor, señora; no la resistirás... Encomiéndala a otra de las asociadas...

—Después, cuando acabe lo que he de hacer en esta región. Sigamos el viaje, amigo... Dentro de un par de horas anochece...

—Tenemos tiempo de llegar antes de que cierre la noche; pero... pero... No nos estorban las sombras para ir a Riazan. Hasta es mejor que ellas vengan...

No acabó la frase, porque notó inquietud en la mirada de Alix.

—Se hará como gustes, y cuando dispongas continuaremos.

—¿Y si nos salen lobos al camino? —preguntó, fingiendo despreocupación, Alix.

—¿Lobos? Andan hartos de liebres y de venados en los grandes bosques, y rehuyen nuestras picas...

—¿No es más certera la bala que vuestras picas?

Fiodor se encogió de hombros y murmuró tranquilo:

—Yo no necesito otras armas que las mías.

Había transcurrido un rato, y Alix se aproximó al trineo para seguir la caminata. Al subir vaciló y hubiera caído si no la sostuviera Fiodor.

—¡Señora! —exclamó asustado, y en sus brazos cayó desvanecida Alix—. Señora, ¡paloma de los cielos! —susurró el mujik, paralizado por la impresión.

—Nada, no es nada... —dijo ella débilmente, reponiéndose—; un vahido, que ya pasó.

Se frotaba las sienes con las manos enguantadas en bolsas de lana, y montó en el trineo. Fiodor la rogó que se recostara y que tomara unas gotas de vodka. Accedió ella, y el servidor la arropó cuidadosamente.

—¿Te sientes mal, señora? Dímelo, por Dios.

Indecible ansiedad vibró en esa frase.

—No, no; voy muy bien extendida y calentita con tantas mantas y pieles. Gracias.

El mujik parecía incrédulo, pero era sincera Alix.

El mareo había pasado. La energía psíquica de aquella criatura se sobreponía a su debilidad corpórea, y con firmeza repitió:

—Estoy muy bien..., perfectamente, y te pido que vayamos a escape... En casa de Anastasia

Iwanowna se reunirán las jóvenes que he de conocer y asociar a la obra.

Fiodor tomó las riendas y mirando a Alix, hundido el cuerpo en la informe cama de heno, paja y pieles, cual fardo en el fondo del trineo, pensó taciturno:

—Es demasiado duro lo que hace esta dulce señora... No podrá resistir. ¡Oh! ¡Cristo! ¡Cristo!

La tarde borraba con negra densidad el horizonte, y la planicie perdía su nitidez en la obscuridad circundante.

Habían hecho más de dos horas de camino y comenzó a caer menudísima nieve. Cual tules tendidos desde la altura iba envolviendo el trineo la blanca lluvia.

A poco, la densa cortina de aperladas gotas se rompía al golpe de gruesos cuajarones de nieve, que apedreaban el trineo con amenaza de sepultarlo si se detenía. El instinto de *Umny* no necesitaba la excitación de la mano de Fiodor y corría a rienda suelta. Oculto en las hondas de nieve borrascosa, volaba el vehículo y el tintineo de una troika mezclado a cantares estepeños transpasó la cascada de la nieve. Se percibió confuso vocerío y Alix interrogó:

—¿Qué pasa?

Tardó en responder Fiodor, atento a los ruidos; su mano manejó las riendas y cambió de rumbo hacia la izquierda, en sentido transver-

sal. Se aproximaba la troika, y sin aquel movimiento se encontrarían en la misma línea la troika y la telega. Al evitar el encuentro, Fiodor habló:

—Son gentes jóvenes, que van de fiesta.

La troika pasó velocísima en nubes de copos y polvo de nieve que se arremolinaba bajo las herraduras de los tres fogosos caballos.

Del vocerío surgió una voz femenina cantando briosamente.

—Es la voz de Anastasia Iwanowna —dijo Alix, pasado el raudo vehículo.

Cual prendida y suspensa un instante en los tules de la nevada se oyó clara voz de mujer. Cantaba el refrán de la legendaria canción del cosaco que mata a su amada y besa su sangre en el alfanje que partió su corazón.

—Parecía su canto, Fiodor Fiodorowicz, pero no es ella... Anastasia nos aguarda...

—Nos aguarda —repitió quedo el mujik—; van ahí hombres y mujeres borrachos, no de los nuestros.

La melodía iba descendiendo en las hondas de la neveda sin extinguirse. A la par de ella sonó un tiro y con breve intervalo dos más...

Ecos débiles de lamentos llegaban de la lejanía donde se perdió la troika en la noche. Alix pronunció palabras doloridas, y tranquilizándola se expresó el mujik:

—No hay cuidado. Son gentes que se embo-

rracharon y se divierten matándose... Malas gentes de afuera...

—¡Qué extraña coincidencia! Era la voz de Anastasia, la melódica intensa voz de la moza intrépida y cantarina. ¡Ilusión! Si no podía ser Anastasia.

—En las estepas los sonidos engañan. No te inquietes, señora... Permíteme...

Paró el trineo y bajó Fiodor.

—No te descubras, recuesta la cabeza sosegada...

Fiodor arropaba a Alix y sus manos brutas tornábanse blandas y previsoras en los cuidados al cuerpo de Alix, temblorosa bajo las pieles de la telega, que de nuevo marchó.

Habían hecho largo camino en silencio y Fiodor habló:

—Ya estamos cerca, señora. Riazan se encuentra allá en el fondo y la vivienda de Anastasia se verá metida en su gran huerta.

—*Umny*, mi compañero, vas a descansar —decía cariñosamente el mujik al caballo.

Todavía marcharon bastante. Iba a dirigir Fiodor el trineo del lado de ancha vereda vecinal y un bulto se movió en el cruce del camino ante la telega.

Sigilosas palabras se percibieron entonces:

—¡Retrocede, Fiodor Fiodorowicz! Una desgracia...

—¡Tú, mi comadre Anushka!

—Sí, me escondí para preveniros... No hay nadie... Se han ido las mozas a la ciudad con unos camaradas que han venido a predicar estos días. Anastasia Iwanowna se fué con los demás... Esos hombres se las llevan al teatro a ver cosas desconocidas..., las regalan kaftanes de moda y medias..., las convidan a ricas comidas y las emborrachan... Esos hombres negros con ojos de Satanás las hechizan... porque comienza el fin del mundo...

Fiodor se inclinó, rozando la cabeza de la vieja Anushka, y besándola en ambas mejillas, murmuró:

—Ten confianza; nuestro "padrecito amado" vendrá a salvarnos. Ten confianza y fe.

Alix contenía el llanto.

—¿Qué hacemos?

Sin responder, dió Fiodor vuelta al trineo, de espaldas a la ruta que había seguido, y cuando avanzaba en terreno opuesto al en que encontró a Anushka, profirió blandamente:

—A corta distancia de aquí tenemos al starietz Apolon, que nos dará asilo, y mañana, por los atajos del Sur, llegaremos a la otra aldea donde te aguardan.

—¡Oh, Dios mío! —suspiró Alix.

Fiodor, interpretando intuitivamente el desfallecimiento implícito en la exclamación, repuso sentenciosamente:

—Porque se abata una mala rama del roble, el roble no cae.

—Anastasia Iwanowna huye...

—Las mujeres...

Sin terminar el concepto y cambiando de tono, añadió:

—Es corto y seguro el trayecto hasta la izba de Apolon, y el santo starietz nos recibirá con el pan debido a los caminantes y los peregrinos. ¡Sosiégate, señora; yo te guardo!

Había demasiada ternura en tal palabra para que resultara arrogante, y Alix, cual niño medroso llevado por mano protectora al bordear un precipicio, sintió apaciguarse su corazón atormentado.

Umny, el inteligente animal, obedeció la contraorden de las riendas y siguió cabizbajo, lento, la ruta. Iba cansado.

EL RITO CRUENTO

En espeso bosquecillo de abetos y en un claro de aguas estancadas, sepultas en la blancura invernal, se hacinaban enormes ruinas de un claustro que destruyera lejanísimo incendio. La imaginación en tal paraje veía en ellas restos de aras de divinidades cavernarias. Del lado Norte, al extremo borde de las ruinas, se alzaban paredones terrosos, y en su cerco reducido, en más bajo nivel, había una barraca.

Fiodor y Alix llegaron a su puerta y llamaron..., llamaron... Ni voz ni pasos turbaban el silencio.

Fiodor, con la boca en la cerradura, dijo, concentrando el acento:

—En el nombre de Cristo abre, starietz Apolon, al hermano Fiodor Fiodorowicz de Siemonowa.

Silencio.

Hasta tres veces hizo llamamiento Fiodor, y entonces la puerta se entornó, y en las sombras se oyó decir:

—Pasad los hermanos. Pan y agua tenéis arriba. Seguid a derecha. El padre, con los fieles, está en oración.

Calló y desapareció en la obscuridad el ser que hablara.

Fiodor tomó la mano de Alix y la guió hacia la derecha. Corta rampa antecedía a un cuarto menos obscuro que la entrada, pues enrejado ventanillo recibía tenue claridad del interior, semejante a vaporcillo azulado. La vista de los huéspedes distinguió opacamente dos banquitos arrimados a la pared, una mesa y en ella jarro de cinc con agua, una hogaza de pan negro y ancho tazón cabe el pan.

—No te desagrade, señora, este albergue. Reposa y con él vas a reponerte. Traeré agua al punto... Te acostarás y en sueño pasarás la noche. Yo te acomodaré... Voy a calentar el agua... Vuelvo en un instante. Tomó el jarro y salió de puntillas.

Alix se sentó.

Somnolencia de desfallecimiento la insensibilizaba. Apoyó en la pared la espalda, y en la mesa, con laxitud, las manos.

Al salir el mujik vió junto a la puerta, en el suelo, un hombre tendido en cruz. Sobre él pasó Fiodor, y, ya fuera, acarició al caballo, diciéndole:

—También pienso en ti; espera y te daré lo tuyo.

Adelantó, recogió hojarasca y ramillas secas a flor de nieve, las reunió en pirámide, prendiéndoles fuego con ayuda del pedernal que llevaba en el bolso. La fogata chispeó al peso del jarro, y pronto hervía el agua saltarina en sus bordes.

Fiodor apartó el receptáculo de las brasas, que con los pies dispersó y enterró en la nieve. Cubrió con su capote el jarro para que no perdiese calor, y volvióse a la barraca.

En el tazón echó una pizca de té que en el saquito de las provisiones llevaba, vertió en las verdinegras hojitas el agua, que se tiñó de ocre, y lo sirvió a Alix con pan y queso restantes del refrigerio en el camino.

Suplicante, el hombre dijo:

—Bebe, señora, y come algo... Si te extiendes y abrigas en estos banquillos juntos dormirás tranquila. Con mi capote sobre la madera y tu doja encima no sentirás la dureza de las tablas. Te acostarás, te cuidaré yo... Bebe, señora; me causa dolor tu carita de cera...

Alix, obediente, probaba el líquido, que dejaba con repugnancia.

—No te dé asco esta celda para los peregrinos que de lejos vienen a ver al starietz. No hay suciedad aquí, sino pobreza..., pobreza...; pero aun así echarán al starietz de aquí los rojos como de otros lugares.

—¿Vive solo? —preguntó débilmente Alix.

—Solo, solo y penitente; pero donde quiera que está llegan a él ocultamente los fieles... El año pasado se hallaba en las cuevas de Orian y llegó a prenderlo un soldado rojo. "Hiere si vienes a matarme", le dijo el starietz, y el rojo cayó de rodillas gritando: "Líbrame de mis pecados, que me desgarran las entrañas. Yo maté... No me puedo lavar las manchas de sangre que llenan mi pecho y mis manos. Salpicaduras de sangre me nublan la vista. Quiero vivir y no puedo vivir, porque los ojos de los hombres y de las mujeres a quienes di muerte los llevo clavados como cuchillos en mi cuerpo." "Dios te perdone si te arrepientes" —respondió el starietz— y clamó el otro llorando: "¡Hay Dios!" El starietz le enseñó el crucifijo que escondía en el pecho, y una llamita caliente vió en el crucifijo el rojo. Golpeándose, contrito, decía: "Creo en Dios, creo en su misericordia y su perdón." Se convirtió y ya no es bolchevique. Hace penitencia y sigue al starietz. Acaso es él quien franqueó la entrada.

Era tan grande la fatiga de Alix, que casi no escuchaba, y el mujik insistió en que comiera mientras él arreglaba las ropas que en los bancos sirvieron de cama a la joven. Ella obedecía con obediencia de orfandad al sentirse protegida.

Con delicadeza, con mimo, la hizo Fiodor

acostarse en la cama que cuidadosamente improvisó, y antes de salir de la estancia, dijo humilde:

—No me alejo...; pared por medio velo con *Umny* ahí fuera.

Alix, sola, acostada en los bancos, cuya dureza mitigaban las pieles superpuestas, quieta en la blandura de las ropas, se adormía dulcemente.

Un murmullo la desveló a poco. Por la ventanita entraba intermitente, macilento claror. Alix escuchó unos momentos, e incorporándose miró por la reja; pero la penumbra invadía la angostura de un subterráneo bajo la ventanilla.

Escudriñando con la mirada las brumas, iba descubriendo siluetas y cosas.

En el suelo yacía una cruz hecha con troncos de pino recién cortado, y las líneas blanquecinas del leño en la tierra hacían pensar en el cuerpo y miembros de cadáver insepulto.

En derredor hombres y mujeres arrodillados, con trozos de cirios encendidos en las manos, canturreaban salmodia grave. En el promedio del subterráneo había ancho lienzo suspendido, a modo de velo, ante el arca sagrada de las Escrituras.

A la cabecera de la cruz y tras el lienzo se prolongaba el misterio del subterráneo en las tinieblas.

Un hombre se destacó en el borde de la cor-

tina, quedando frente a los orantes. La negra hopalanda parecía vestir un esqueleto, y la cara, trágicamente ascética, tenía dos puntos de luz: las pupilas, cual las del lobo en la noche.

La mirada del starietz Apolon pasó sobre las cabezas cual saeta, y habló.

Su voz era sonora, cálida, y en los tonos bajos latía emoción de ternura.

—Hermanos, hermanos, sea alabado el Creador en todas sus obras.

—Alabado sea eternamente —respondieron los fieles.

—El mal se trueca en bien si con el bien lo combatimos. El mal con el mal no cura a los hombres ni los redime. Si en tu mejilla cae furiosa la diestra de tu enemigo, preséntale la otra mejilla para que la abofetee. El mal engendra el mal como la víbora al viborezno, y no salva al mundo. No tomarás las armas para combatir a tus hermanos ni a quienes te despojen de lo que tienes y no es tuyo, pues todo cuanto crees tuyo es de Dios, tu dueño absoluto. Las armas son los instrumentos del Demonio. No tocarás las armas, no matarás.

—Así sea en el tiempo y en la eternidad...

—Os limpiaréis hasta quedar limpios, como el hierro al fuego, del rencor, de la envidia, de la venganza, de las tentaciones del pecado original. Os mortificaréis, no probando agua al tener sed, no probando el pan cuando caigáis

hambrientos. Golpearos con el puño cerrado los ojos hasta que el dolor impida ver a vuestro lado el maleficio tentador... Macerad, castigad corazón y cuerpo, rompiendo los cepos de los sentidos para que sintáis libre el alma.

—Misericordia, perdón —clamaron los oyentes, cayendo sollozantes, como fulminados.

El starietz levantó los ojos a la altura. Su perfil, en la penumbra amarillenta, impresionaba cual terrorífica aparición.

—Con la penitencia, con el sacrificio, evitaremos el mal y alcanzaremos el favor de que el mal retroceda y vuelva al averno, de donde sale a hostigar a las criaturas. Con el sacrificio nos será dado el favor de que allí quede, de que en el averno, su morada, muera el mal. Perdón para los culpables, pero no para nosotros mismos. Estrujemos, rompamos nuestro corazón para que salga la hiel de los vicios, y vertamos nuestra sangre como súplica por la conversión de los traidores que mandan en nuestra santa Rusia. Por la salud de su alma ofrezcamos el holocausto de nuestro dolor. Tiras de nuestra carne ofrezcamos a la Divinidad. Gotas de nuestras venas caigan en la cruz, cual cayeron en el Calvario. Suplicio, sacrificio, la vida ofrezcamos al Dios de los cielos y al zar, al padre y señor de todas las Rusias.

Los orantes repetían con unción:

—Suplicio, sacrificio, la vida por Dios, por la salvación de Rusia.

—Que nuestra sangre te sea grata, Señor; que nuestro cuerpo, desarmado para el pecado de la carne, se purifique hasta la muerte. Acepta la purificación por el sufrimiento, por nuestro sufrimiento. Que cada gota de nuestra sangre sea un coral de la corona que ofrendamos a tu Divina Madre. No rechaces el sacrificio... Es tuya nuestra vida. ¡Tómala!

Se quebró la voz del starietz, cual cuerda de invisible arpa, en los aires, y un murmullo de oraciones, de gemidos, de ofrecimientos dislacerantes subía del subterráneo, hasta que la voz del starietz exclamó, subyugadora:

—El zar, vivo en un claustro de las montañas bíblicas, espera por nuestras virtudes el rescate y el milagro... Vive, nos ama y vendrá a dar la paz y la gloria a su reino cuando las aguas del bautismo, de la penitencia, las ondas de la purificación expiatoria laven los pecados de todos los rusos. Nuestro emperador y patriarca llora porque la maldad destroza sus templos... Llora porque en sus brazos asesinaron a su hijo amado... Por el zar, por el Hijo unigénito de Dios mismo, ofrezcamos contritos la sangre de nuestro corazón. ¡La vida por el zar y por los pecadores!

Cual mandato apocalíptico vibró la voz del starietz. Cayeron los cirios de las temblantes

manos, golpeáronse en los muros su cabeza los hombres. Se escucharon llantos, quejas, lamentaciones, ayes del arrobamiento y votos crueles. Las contorsiones histéricas conjuntaban, estrechaban, separaban y volvían a enlazar aquellos seres poseídos por un furor místico. Se empujaban cual dementes, buscando camino en las tinieblas, o cual almas en pena que al oír la trompeta del juicio final salieran de sus sepulcros.

Se descorre el lienzo y entonces culminó el paroxismo de las criaturas.

Bajo un crucifijo de desesperado bizantinismo aparece la efigie de Nicolás II, excesiva de coloreada plasticidad, sombreados tétricamente los ojos, chorreando oro y amatistas el hierático manto.

—Por Cristo, por nuestro padre el zar y señor de todas las Rusias, por nuestros pecados, sea el sacrificio... Expiación —clama en hondo sollozo el starietz.

Un alarido estremece el subterráneo. Arrastrándose van mujeres y hombres hasta la cruz abierta en el suelo. Se aglomeran, se golpean delirantes para extenderse en ella y se muerden los labios y las manos para que su sangre salpique el leño.

Cual espectros, cual fantasmas amedrentadoras, se deslizan otros cuerpos al fondo misterioso del subterráneo.

Se entrevé allá densa masa negra que semeja túmulo o altar informe... La procesión de los penitentes se aproxima a rastras al fondo de tinieblas, y una larga raya de acero traspasa, cual centella, las sombras.

Alix se aparta de la reja, se tapa el rostro con las manos y balbucea aterrada:

—Detened ese cuchillo... Lo que hacéis es sacrílego, es infame superstición... No es fe, es locura.

Llora.

Un grito desgarrador sube de las tinieblas, el ara del sacrificio cruento. Lo acalla un canto discorde, un coro de carcajadas vesánicas, de alabanzas y jaculatorias. Coro de rito inhumano que apaga el rugido del varón, el lamento de la mujer, el suspiro sádico del adolescente ante el cuchillo mutilador.

El canto asciende, llena el ámbito de la lóbrega catacumba, y el starietz, arrodillado, abiertos los brazos, ora en éxtasis. Un hilo de sangre le cae de la frente a las mejillas. Clavados los ojos en el retrato bajo el crucifijo, parecía llorar lágrimas de sangre.

LA HEMBRA

—Ya tienes mejor cara, señora, y pronto llegarán buenas noticias de los ausentes —decía Irina Pawlowna enhebrando la aguja de su deteriorada máquina Singer. El tiempo es claro y seco; da gusto vivir hoy. Mira qué preciosa brilla la nieve soleada. Mira, parece que los angelitos espolvorean con estrellitas el mundo. Mira.

Alix se acercó a la ventana, chica, de dobles vidrieras herméticas, cuyas cortinillas, de floreado percal descolorido, estaban recogidas, y miró abajo.

Una extensión de terreno abrupto con quebraduras llenaba la lontananza. Hacía tiempo que había sido abandonado aquel infértil terreno en el que baldíamente buscaron unos inexpertos exploradores de la tierra los tesoros de alguna mina inagotable. La tierra, rota en mil sitios, mostraba abiertas zanjas horizontales, y al sesgo, hondos agujeros y desgarradas hendiduras, que henchía la nieve. Sobre ellas, en límite apartadísimo, la truncada línea de una chime-

LA HEMBRA

—Ya tienes mejor cara, señora, y pronto llegarán buenas noticias de los ausentes —decía Irina Pawlowna enhebrando la aguja de su deteriorada máquina Singer. El tiempo es claro y seco; da gusto vivir hoy. Mira qué preciosa brilla la nieve soleada. Mira, parece que los angelitos espolvorean con estrellitas el mundo. Mira.

Alix se acercó a la ventana, chica, de dobles vidrieras herméticas, cuyas cortinillas, de floreado percal descolorido, estaban recogidas, y miró abajo.

Una extensión de terreno abrupto con quebraduras llenaba la lontananza. Hacía tiempo que había sido abandonado aquel infértil terreno en el que baldíamente buscaron unos inexpertos exploradores de la tierra los tesoros de alguna mina inagotable. La tierra, rota en mil sitios, mostraba abiertas zanjas horizontales, y al sesgo, hondos agujeros y desgarradas hendiduras, que henchía la nieve. Sobre ellas, en límite apartadísimo, la truncada línea de una chime-

nea fabril subía cual resto de calcinado campanil.

El sol fulgía en las nieves, y anchas placas azuleaban en las hondonadas cual lagunas de cobalto.

Charlaba Irina, casi sin voz, y su minúscula cara tenía la placidez estúpida de una muñeca de cartón.

Los ojillos, redondos y salientes, de rana, miraban arriba, sobre la cabeza del interlocutor, al conversar, y su boca se fruncía, escondida en los mofletudos carrillos. El corpachón, cargado de grasa y rechoncho, rematado con tal cabeza de boba, acusaba un contraste cómico.

La escuchaba Alix, sin oírla, aquel cuarto día de su llegada al refugio donde la dejara Fiodor. Estaba convenido llegar allí terminado el recorrido de la estepa, pero fué necesario interrumpirlo para que descansara la viajera. Sus fuerzas decaían últimamente, y un rápido colapso la dejó exánime en la choza del starietz.

Aunque se repuso y salió de allí por su pie, desfallecía en la ruta, al punto de ser imposible continuarla según el plan de Alix. Entonces el mujik, cuidadoso indeciblemente, la condujo al recóndito albergue de Irina. La despedida de Fiodor, que lloraba, besándole los pies, desesperado de irse, era un rasgo melancólico en las impresiones amargas de los últimos días. Sobrepasándolas, clavándose en la retina y en la

mente de la triste, persistían las conturbadoras en el retiro del starietz, el horror de la cripta de las supersticiones, del rito en las catacumbas, de la hechicería seudomística, aniquiladora de la volición y del instinto del ser vivo.

Sentíase Alix tan desfallecida y ausente de sí misma que no acertaba a resumir lo hecho y visto en los campos donde estuvo, ni tenían claridad sus ideas en relación de cuanto la rodeaba.

Irina, la costurera metida en el desván del despoblado —como ave enjaulada en el tejadillo de una escombrera—, era bondadosa y discreta; sólo que ¡hablaba tanto y repetía tanto las insulseces de su repertorio queriendo distraerla!

Se dejaba cuidar por la obrera, aliviaba su excitabilidad morbosa el abrigo y el reposo del cuarto, pero una obsesión la atormentaba: la de saber de Zarief. Punzador presentimiento la impelía a preguntarse, desconfiada, dónde se hallara. ¿Habría llegado a Moscou? ¿No habría logrado salir de Kiew, ni acaso Ukraina?

Por instantes se tranquilizaba reflexionando que era pronto para saber del inolvidable y que antes que a ella irían las noticias a otras personas en los centros de la hermandad secreta. De no haber interrumpido el itinerario se hubiera retardado en llegar allí, y en el tiempo que estaba concertado su arribo alguno de los incia-

dos la vería. Esperar, esperar, esperar, pensaba con impaciencia y con miedo Alix.

¿No sería descubierta su estancia? ¿Tendría que huir a sitio desconocido, inhóspito, de los campos? "¡Ah! ¡No! —exclamaba estremecida—. ¡No podría, caería muerta en el camino!"

Sus ideas, al rememorar los viajes, posábanse en Fiodor Fiodorowicz con gratitud. El bravo carácter y el alma cándida de aquel mujik la habían sostenido con su servidumbre previsora.

—¡Qué mal momento —recordaba— el del tropiezo con los lobos!

Habían dejado, de amanecida, el albergue del starietz y caminaban de prisa, pero unas horas de blanduras en los hielos entorpecían la marcha, singularmente en la travesía de algún río, cuyos cristales se agrietaban inconsistentes en las márgenes.

Bordeando la espesura de un bosque llegó el crepúsculo.

Repentinamente, el caballo se encabritó y arrancó al galope.

—No te apures, mi buen *Umny,* que voy preparado —se oyó a Fiodor.

Los ojos de un lobo brillaron al flanco mismo del trineo. Fiodor, encogiéndose, apretaba en la siniestra el rendaje y en la derecha el cuchillo, que manejó rapidísimo y certero, clavándolo en la garganta del animal, degollándolo de un tajo.

Aparecieron al punto dos más y brincaron al cuerpo inerte. Lo mordisquearon, hundieron el hocico en la sangre caliente chorreante del cuello descabezado del lobo, y como no estaban hambrientos no lo devoraron. Los puntos de luz avizoraron entonces; se había perdido en velocísima carrera el trineo. Uno de los animales retrocedió a la selva y el más chico, con impulso vengador, se disparó cual flecha en las tinieblas, persiguiendo a los caminantes. Alix entrevió como en visión de pesadilla la corta brega de Fiodor con la fiera. Jadeante, el lobo dió un salto en vago, intentando agarrarse al caballo, y en el aire lo alcanzó y lo traspasó de parte a parte la pica en las duras manos del mujik. En su punta clavado, lo levantó Fiodor y lo volteaba hasta que cesó de patalear el lobo.

Gotas calientes sintió en la frente Alix. El cuerpo destripado del lobo echaba salpicaduras de sangre.

Alix, sin aliento, perdida la noción de la realidad, creía soñar. El espanto y la fiebre fingían monstruos a su lado que venían a enterrarla viva.

....

En la soledad del guardillón, Alix, lentamente y por intervalos, serenábase. Posaba su mirada en las enormes almohadas hinchadas de pluma —lujo de la obrera—, que acogían suaves el dolorido cuerpo de la viajera en el catre

férreo que Irina arreglara para ella. Placíale la calma de aquel despoblado y del desván, bajo de techo, anchuroso, con parco moblaje de pino crudo. Cerquita de la estufa, en mesa larga, cubierta con viejo hule multicolor, había verdosa botella con apretado manojo de brezos primaverales y en sus minúsculas florecillas moradas jugaba un rayo de sol dándoles transparencia de amatistas en gotas de agua. Después de las agitaciones y peligros de sus viajes, se reponía Alix en aquel rincón que el sol calentaba. Ráfagas de optimismo la dulcificaban íntimamente contemplando la alegría del sol, rielando en la albura campesina, transformando las nieves del horizonte en quiméricas hondas azules.

—Verás, señora, que se te arreglan las cosas y te pondrás contenta. Hay que tener confianza, y llegará el dia bueno. También llegará para mí y vendrá el ser que aguardo... Alguno que me quiera y reciba mi corazón. Tengo cuarenta años, y hasta ahora ¿puedes creer que no gusté a ningún hombre? Pues así es. Ninguno me dijo la menor palabra cariñosa. Me miraban, me pedían prestado el jornal cuando trabajaba en la fábrica. Ahora, en la villa, al entregar estas prendas en el depósito comunal de ropas hechas, me pagan menos que merece mi labor, no me hacen caso si reclamo, se ríen de mí. ¿Por qué será, señora?

Era tan poca y débil la voz de Irina, que se la oía con dificultad.

—Otras tienen cortejadores, se casan, les nacen hijos, en tanto Irina Pawlowna... Yo no soy fea, sé trabajar y soy tan lista que *ni esos*, los rojos de la villa, descubren... lo que hago. ¿Comprendes? Y me río de ellos, porque fanfarronean y no saben...

Los ojos de rana moviéronse vivaces en la carilla de la costurera.

—¿A qué distancia se encuentra la villa?

—El mal villorrio dirás, señora, está a noventa kilómetros de éste mi palomar, y cuando me dan labor, cada dos o tres meses, pues semanas después voy a entregarlas. Como ni ferrocarril ni carreteras existen en este distrito, sólo a pie, con caballerías o en trineo podemos movernos. Está vacío este contorno; sin labradores, la tierra no da frutos. Es esto un desierto, y por eso estoy bien aquí... Ya comprendes por qué...; pero sin vecinos, sin amigos ni compañía no puedo encontrar el que deseo. Vendrá a coger mi cuerpo y mi alma. Rubio o moreno, vendrá... Tarda mucho, y los años pasan en soledad. Si algún mozo, aunque fuera de *esos*, me diera un pellizco y yo le contestara con un manotón, pues me divertiría...; pero, ¡ca!, ni un pellizco.

El tono y el gesto de Irina hicieron reír a Alix. Cómicamente siguió la gordinflona:

—Amar, amar a un hombre y tener ahí, entre las almohadas, arropados, a los hijines, ¡qué alegría! Dos hijines, seis, diez, cuantos dé Dios, como en la nidada los gorriones o los cochinillos al calor de la madre..., ¡qué felicidad tan grande será! ¡La más grande de todas! ¡Y yo la gozaré, la gozaré!... La mujer sin amor, ¿qué hace en el mundo? Si supiera que no voy a ser amada nunca, quisiera morirme.

A Alix le temblaron los párpados oyendo esa frase. Doblaba unas blusas de áspero tejido rematadas por Irina, y sin alzar la vista contestó a las palabras vulgarmente patéticas de la obrera:

—Dios nos da la vida para servirle y auxiliar a quienes nos necesitan...

—¡Ay!, y alabado sea el Señor. Yo, pobrecita mujer, hago lo que me mandan quienes... quienes... nos guían. Yo cavilo que si tuviera aquí al que espero, pues seríamos dos a trabajar por la santa causa. Dos pueden más que uno. Dos, en lugar de esta solitaria Irina, harían doble labor. Un hombre vale por muchas mujeres. ¡Oh! ¡Si viniera mi hombre!

....

—Estos últimos días claros te han sentado a maravilla, señora, y toses menos. Pero no hables demasiado. Te oigo como si me hablaran los ángeles. ¡Qué dulzura tiene tu palabra y qué luz veo en tus ojos que me dan ganas de arro-

dillarme y de rezarte como a un icono milagroso!

—O como a un moribundo —dijo Alix triste.

—Señora, si tienes carita de rosas y el paseo de ayer no te cansó nada, ¿por qué se te ocurre tal idea? Todas las obras de los buenos rusos siguen adelante, y nuestra madre Rusia ha de salvarse. *Esos* la quieren asesinar, pero no pueden... Los de la hermandad nos damos las manos formando la cadena, que no se rompe. Es decir, sí la rompe la Checa a tiros y hachazos, pero inmediatamente otras manos se agarran a las manos sueltas y se llena el vacío de los que perecieron. Esos persiguen y terrorizan al pueblo, disponen de miles de ojos de espías, pero nosotros no somos menos que ellos.

La voz naturalmente insignificante de la mujer se apagaba sigilosamente.

Su rostro impasible se coloreaba hablando inclinado sobre la labor e inmoviles los pies grandones en el pedal de la máquina.

Alix se recostó con laxitud en la cama. Solícita, Irina la tapó con el gordo edredón —pasado de padres a hijos en las familias rurales— y murmuró dulcemente:

—Verás qué pronto se arreglarán las cosas que... que te importan. Pero no te apoques, mi palomita. Aquí estarás sin que nadie te moleste hasta que te canses.

—¿Crees que estoy segura aquí? —susurró Alix, descubriendo un aspecto de sus preocupaciones.

Irina, al oído de Alix, repuso casi imperceptiblemente:

—En los Soviets de la villa están los nuestros. El vicecomisario del distrito es de los nuestros. *Esos* son más que nosotros, pero nosotros somos mejores que ellos. La fe nos alumbra, y ellos, los sin Dios, se pelean por el mando... Matan el alma en los niños y en sí mismos el espíritu de la verdad... No pueden vencer...

—No pueden vencer —suspiró Alix incorporándose en las almohadas.

—No te diré, señora, que toditos son perversos; los hay regularcitos, engañados por las palabras y las alegorías, o como se llamen las explicaciones de los personajes; pero muchos proletarios en las ciudades ya se van desengañando y refunfuñan descontentos. Y en los campos... tú sabes lo que ocurre. No siembran los labriegos, y si siembran y recogen esconden el grano. Antes que dar las caballerías a los requisadores las matan. ¡Qué dolor! Se comen las vacas y los bueyes antes que entregarlos a la colectividad. Los mineros escapan de las minas. Sin Dios y sin sus leyes en el mundo se paralizarán las esferas terrestres y tendrán castigo quienes las detienen. Es seguro.

....

Alix henchía los monótonos días ayudando en su labor a Irina. Trasteaba ésta impetuosa, hacía una barcz —sopa de remolacha— substancioso para la viajera y su optimismo basto prendía a veces en la nostalgia de Alix, cual semilla en tierra abonada para florecer.

—Verás, señora, que las horas felices vendrán, y con ellas llegará mi hombre, el que será mi dueño para toda la eternidad. ¿Dónde caminará hoy?

—Acaso cerca —sonrió benévola Alix.

—¡Ah! Cerca...

Con la exclamación coincidió el desplome de la corpulencia de Irina en el banquillo, ante la máquina, y el repiqueteo del artefacto en movimiento expandió ruido aturdidor.

Alix se tapó los oídos con las manos, y la costurera detuvo el pedal.

—Te molesto, dispénsame.

—Mis nervios cansados se sublevan...

—Y tienen razón los pobrecitos. Continuaré luego, y ahora prepararé la comida. Te obsequiaré con un pollo que a escondidas me trajo el "pies descalzos" desde su aldea. Es uno de los que...

No terminó la frase, pero Alix entendió que aquel pordiosero vagabundo sería uno de los afiliados a la conspiración y ejercía, con muchos más, el servicio de contacto entre los grupos de la secreta organización, distantes unos de otros.

—Es muy bueno ese "pies descalzos", y le quemaron los rojos en la guerra. En su zurrón, revuelta con mendrugos, suele traer alguna cosilla mejor, y en la boca noticias y avisos.

—¡Noticias! —exclamó Alix, agitada—. ¡Que reciba yo alguna, no puedo más!... ¡Saldré a buscarlas! Iré a ver a los que sabrán...

—Perdona, señora; salir de aquí, no... Ya vendrán a punto de la ocasión quienes te informen. Tranquilízate, fortifícate comiendo con más ganas cuanto mi pobreza te brinda y tú te dignas aceptar.

—Toma el dinero que traigo.

—Después, cuando se acabe el mío; te lo suplico...

Alix se sentó, y caían de sus ojos cerrados las lágrimas.

Irina, dándose cuenta del estado de ella, besó sus manos y la dijo cariñosa:

—La salida de ayer te ha cansado. Hoy, con un tiempo de ventera y nieve, dejarás que pase el día quieta. Recuéstate si gustas o lee en ese santo libro, como haces de noche.

Puso al alcance de Alix un libro antiquísimo de oraciones, y aun habló:

—Tienes que reponerte, palomita mía. ¡Qué caldo te voy a hacer con el pollo que me trajo el mendigo! El pobre es casi ciego y no me ve, ¡no me ve! —suspiró Irina ridículamente.

En el rincón que no recibía luz de la venta-

nilla encendió un hornillo de petróleo con mecha humeante. Allí, con menos arte culinario que buena voluntad, puso en resquebrajada cazuela llena de agua enterito el pollo regalado.

....

Unos días después Alix se enfrío y pasó tres en cama. Con fricciones de aguarrás en el pecho y té con vodka la asistió Irina. Cuando se levantó la enferma parecía haber engordado un poco, tenía vivacidad saludable en las pupilas y la tristeza no coartaba su actividad en la ayuda doméstica a Irina. Parecía sana y cosía a máquina briosamente.

—Señora —oyó una mañana a Irina—. ¿Sabes? He soñado que venía Fiodor Fiodorowicz, y que con él te ibas lejos. Yo no quisiera que te fueras nunca, te quiero mucho, mucho, y sé que te consagras al pueblo desventurado.

—Si viniera Fiodor sería para informarme... ¡Qué sé yo, Dios mío! Casi cuatro semanas estoy aquí.

—Tres, señora, y dos días. Se te ha hecho el tiempo largo, pero no te impacientes. Yo también espero al que he de amar más que todo en en el mundo.

Alix se rió de la moza compungida, y esperaba, esperaba también.

....

La habitación tembló hasta el tejado al entrar desaforada Irina. Se aproximó a la cama

de Alix riendo y llorando; se arrodilló, y agarrada a la durmiente se agitaba su corpachón fofo. Del excesivo pecho salía el quebradizo hilo de la voz.

—¡Ay, palomita viajera, qué suceso inesperado! ¡Es mío, ya lo tengo! Llegó anochecido, hablábamos y sus palabras abrían las puertas de mi corazón. No me veía, se acercó a mi cara y me besó. Me besó como si me comiera y sus brazos me apretaban a su cuerpo. Me dió un temblor de enfermedad, me caía... Es él, mi "pies descalzos", que me quiere, y yo no lo sabía. ¿Verdad que me ama y que así son los hombres cuando aman de verdad? Esta noche... toda la noche... yo me resistí..., quería esperar hasta ir al pope, pero no hay popes por acá... ¿Dónde están los sacerdotes ahora, Dios mío? Iremos luego, en seguida, a cumplir con el cura... Iremos. ¡Ah! Señora, no sé qué me pasa... Llegó el que esperaba. Lo tenía tan cerquita y no lo sabía. Nos amamos hasta la eternidad. Así, tan pronto ha sucedido todo... Me ama, y como casi no ve y quiere conocerme, acerca su cara a mi cara y me la llena de besos. ¡Esto es atroz, atroz! —repetía la hembra gozosa—. Yo no pensaba venir ahora, que aun no es día, a comunicarte el suceso..., todo lo que ha pasado con él y conmigo...; pero él me encargó: "Vete derechita a la señora a decirle que ya tienes marido para siempre y que te ben-

diga." ¡Esa es la verdad, señora! Pero el pobrecito, con sus ojos quemados en la guerra, partió. Sin aguardar la raya del alba se fué. Yo forcejeaba sin soltarlo, agarrada a él; pero ¡se fué! Volverá cuando termine sus encargos. ¡Ay! ¡Marido de mi alma, ven pronto!

Irina abría y cerraba los brazos apretujándose el talle, cual abrazando al hombre.

Alix, que se había despertado con sobresalto al irrumpir a su lado Irina, extendió con somnolencia las manos, oprimiendo las de la mujer, y rozó su cabeza con los labios.

....

Irina tuvo desde entonces, más que alborotadora, estridente la alegría. No se le cerraba la boca, haciendo partícipe a Alix de su extrañeza por haber topado tan cerca el enamorado cuando ella pensaba en incógnito ausente. Trajinaba incansable, hacía a voces cálculos con relación a la ida en busca del cura lejano, y otros de maternidad... Recogía retazos de las telas y desechos de su labor, que unía, confeccionando camisillas de recién nacido, y al charlar y al canturrear, su vocecita, semejante a vagido gatuno, sacaba fuerza de flaqueza y se modulaba femeninamente.

EL PRESENTIMIENTO

Cosían ambas mujeres, entrada la noche. Una lamparilla de petróleo enrojecía la obscuridad en el centro de la habitación. En un breve silencio de la parlanchina se percibieron rumores abajo.

—Alguien viene —dijo, levantándose, alerta, Irina.

—¡Jesús! ¿Vendrán a prenderme?...

—Sosiégate, iré a ver; subo en seguida.

Salió, y de pie, Alix resaltó en el cerco de luz de la lámpara con las manos en el corazón amedrentado.

Transcurrieron instantes, los rumores se acentuaron, crujió la escalerilla y volvió rozagante Irina.

—Señora, con Fiodor Fiodorowicz ha venido un señor; ya sube.

Pasos en la escalerilla y en la entreabierta puerta apareció un hombre, que pidió permiso para traspasarla. Se descubrió, miró en torno e inclinándose cerca de Alix pronunció:

—Iwan Andreyef.

—¡Ah! ¡El gran Iwan Andreyef! —contestó

ella, tendiéndole las manos—. ¡Bien venido seas! Aguardaba algún emisario, pero no creí que tú mismo... Gracias. Deseaba conocerte.

—Quedo reconocido a tu bondad. Yo también deseaba conocer a la mujer valerosa y saber personalmente tus impresiones del recorrido en un sector rural poco trabajado. Te habrá sido difícil penetrar en los espíritus campesinos.

—Encontré muchos preparados, y, en general, somos fuertes allá. Prende la buena semilla.

Sentáronse.

El hombre, mal trajeado de obrero, tenía noble porte, grave el rostro y la voz.

—Tuviste una decepción con Anastasia Iwanowna, de la aldea Riazan.

—¡Oh, sí, dolorosísima!

—Anastasia Iwanowna está con nosotros. Es mujer segura, incapaz de traición. Al verse cercada y comprometida poco antes de tu llegada, urdió la estratagema de salir con los rojos, y cuando le fué posible se escapó.

—¡Brava muchacha! ¡Ah! Su conducta me afirma en la predilección que tengo por ella. Me amargaba creerla perdida.

Alix, respondiendo a las demandas del amigo, y al hacerle somero relato de sus viajes, sentíase mortificada conteniendo la pregunta de su ansiedad, que posponía al lógico interrogatorio de Iwan. Pero no pudo resistir más y sin terminarlo balbuceó:

—Quisiera saber... decidme... ¿Han llegado noticias de Zarief?

La mirada del hombre escudriñó el motivo de la conturbada expresión de Alix, y evitó la franca respuesta con generalidades.

—Al Norte hemos tenido contratiempos.

—¡Ah!

—Y al Sur, desgracias.

—¿Cuáles?

—Pérdidas irreparables.

—¡Dios mío!

Siguió un silencio.

—¿Qué sucede al Sur?

—Una traición, persecuciones. En las cárceles aguardan la deportación aquellos a quienes no mató la Checa.

—¿Y Zarief?

—Las primeras noticias eran contradictorias...

—¿Cuáles eran esas noticias?

—Luego...

—Luego ¿qué? ¡Por misericordia!

—Fue preso.

—Fué preso...

—Pudo huir.

—¡Ah! ¡Huyó! ¿Dónde se encuentra? ¿Salió de Ukraina?

Calló Iwan, y se percibía la pulsación cardiaca de Alix.

—Zarief fué perseguido. Asesinado.

—¿Qué? ¿Qué has dicho? ¡Mentira! ¡Imposible! ¡Os han engañado! Si lo prendieron, ¿dónde? ¿Cuándo? ¿Quién lo traicionó?

Miraba el hombre a Alix, que, enrojecida, sin dar un grito, sin lágrimas, se retorcía las manos.

—¡Habla! ¡Di que es falsa la noticia! Tú eres de los más esforzados entre nosotros, y te has dejado engañar. ¡No es cierto lo que dices! ¡No! ¡No!

El arrebato que congestionaba la frente de Alix enrojecía sus mejillas y abría con extravío sus ojos.

Cesó de hablar. Una palidez de cera laminada cambió, transformó su fisonomía. Beatamente se cruzaron sus manos y se irguió apaciguada, serena, con calma en la actitud y en el acento desconcertantes, por surgir cual inusitado desdoblamiento del paroxismo doloroso.

Entrecortada la frase y perdida en la altura la mirada vidente, murmuró:

—¡Zarief vive! Me lo dice mi corazón, que late con el suyo! ¿Me oyes, Zarief. Voy a ti.

Un temblor, el estremecimiento del alma al ascender al misterio de la clarividencia, movió el seno de Alix, que susurró:

—Al sur de Ukraina..., una traición...

La iluminada extendió los brazos, cerráronse sus pupilas y se abatió sin conocimiento.

LA REALIDAD DEL PRESENTIMIENTO

—Nuestros son los distritos del Sur y del Sudeste. La resistencia pasiva de los aldeanos se trocará, a una señal, en rebeldía armada.

—Es pronto para el movimiento decisivo al Sudeste.

—Eso lo hemos de saber, y lo decidiremos quienes operamos en ese campo. Por el momento, ni un grano de trigo a los comisarios agrícolas, ni una orden de ellos obedecida.

—¿Responderán simultáneamente las masas campesinas limítrofes de Besarabia y de Polonia? —interrogó uno de los hombres reunidos a Zarief en alquería ruinosa de la extrema región ucraniana.

—En esos sectores de nuestro frente la victoria es segura.

—Tanta confianza puede fallar.

—Estoy hecho a las dudas de la minoría pusilánime —repuso Zarief.

—La *Piatiletka* desorienta a las multitudes con promesas de bienestar y es cierto que los

obreros del industrialismo en Crimea y los Urales viven bien y ganan mucho.

—Mueren de hambre las poblaciones; el robo en los caminos férreos, en los depósitos de cereales, de maderas, de cuantos materiales rinde el país para el consumo y la exportación, motiva diariamente la condena y ejecución de muchísimos culpables. ¿Ignoras que los hay de categoría alta y subalternos del burocratismo soviético?

—Es indudable la inmoralidad —añadió el otro hombre—; sin embargo, existe cierta tendencia de equilibrio social en las masas sinceramente comunistas. Los montones de abúlicos que caían o que yacían medio muertos en la inercia se levantan y se mueven al conjuro de las promesas stalinianas.

—También el simún remueve, levanta y arrastra las arenas del desierto, que vuelven a caer en nube infértil, sepultando a las caravanas. Nuestro pueblo, en su desgracia actual, se resquebraja en la superficie, pero su raíz sigue intacta agarrada a la tierra madre. El ideal comunista, que no reconoce más culto que el de los sentidos, no es asimilable por estas almas de innata propensión a la quimera y lo maravilloso. Si le quitan la fe en Dios, persistirán buscándola en los bosques y en los ríos, en las consejas milenarias y en las sectas, porque nada, nada substituirá en su vida el ansia de

cuanto les da la religión: el milagro y la resurrección de los muertos. Podrá cierta parte del proletariado emborracharse con las ideas y las prácticas bolcheviques, andar con sonámbulo paso al borde de los precipicios, pero en cuanto la mano ancestral y el instinto atávico se apodere de ella y la guíe, volverá en sí nuestro pueblo, porque no puede ser de otra manera que es integralmente. Experimentos sociales, revoluciones, cambian y transforman los pueblos de *dentro a afuera, si no contrarían su instinto racial, sus necesidades etnográficas e históricas.* En sociología, y filosóficamente, pueden destruirse sistemas, elevarse y abatirse premisas falsas; pero en el plano de la realidad política, lo que no prospera es la "lógica del error". Lo que no puede hacerse es desangrar un par de generaciones y con la transfusión de otra sangre convertirlas en "humanidad nueva", a gusto y semejanza de quienes hacen tal experimento. El individuo es algo más que el conjunto fibroso, visceral y óseo del cuerpo, y en el cuerpo ejerce su predominio supremo el espíritu, indestructible, indivisible, inmortal como la conciencia. Si el gobernante, el reformador y el revolucionario no actúan considerando, respetando, sometiéndose al espíritu de los pueblos, fracasan, porque habrán formado sociedades contrahechas, suicidas, aprovechables para la ambición extranjera, que las feudaliza. El sis-

tema bolchevique caerá, como todo sistema o conquista que fundamenta su doctrina y su existencia en el materialismo, en la hegemonía de los principios económicos, con exclusión del imperativo ético y del sacrificio personal que aquilata el carácter. El hombre, como complemento de la máquina eléctrica, del tractor, del plan industrial para invadir con cosas los mercados, no se siente satisfecho de su proletariado obscuro, de ser un insignificante tornillejo en la máquina del Estado, cuando la democracia abre rutas de ascenso social a los mínimos ciudadanos. El ser humano, si no aspira a sobrepasar el límite de su animalidad congénita, si no se supera por la volición del altruísmo y por el ejercicio del entendimiento y la sana expansión afectiva, se convierte en un bruto de la manada social, en un pedrusco de la plaza pública, donde hacen pie para subir los caudillos de la demagogia internacional. Nosotros, al recoger la herencia del imperio, no abundaremos en el error de intentar restituirlo sin una Constitución que amplíe la jurisdicción políticomoral de la ciudadanía. El absolutismo, al par de la demagogia, han fracasado, han desorbitado el instinto social de los pueblos, y hay que remediar los males legislando con la razón y el juicio ecuánime, que tienen a su diestra, asesorándolos, el sentimiento. Tenemos que renovar, que aceptar algunos adelantos

de nuestra época, pero *desugestionándonos* de cuanto efímero nos aporta el falso progreso. La autoridad procede de Dios y para ejercerla y para acatarla no se pueden negar u olvidar los principios eternos. Una dinastía purificada por la catástrofe, una monarquía, sanará el alma de nuestro pueblo, que jamás será bolchevique. No lo ignoráis, amigos.

—Hablas, cual siempre, en idealista, y los hechos pueden desmentir tus generosos conceptos.

—Carecemos de los medios..., del dinero indispensable a la acción extensa planeada por el Consejo Supremo.

—El oro es el gran corruptor de las voluntades y de las masas. Revoluciones que haga el oro y no la conciencia popular resultan inconsistentes, baldías. La justicia y la razón de sublevarse que asiste a nuestro pueblo explotaría sin más que su propio dinamismo. Pero el dinero es indispensable en la guerra; estamos empeñados en una, a vida o muerte, y lo tendremos. Llegarán más fondos, más...

Sorprendió Zarief la mirada de incredulidad que se cruzó entre los dos hombres, y con ironía dijo:

—¿Qué otras observaciones se os ocurren?

—Que somos pocos en el Noroeste.

—Faltan hombres...

—Pues que cada uno de nosotros supla la falta de los reacios.

El tono de Zarief se acordó con la expresión del rostro. Desde hacía tiempo se acentuaba con dureza despótica.

—Se extiende la flaqueza en algunos sectores.

—Una vacilación...

—Las fluctuaciones previstas no influyen en el resultado. Los soldados más valorosos sienten la interna contracción de la duda y del miedo en las grandes batallas, y, sin embargo, pelean heroicamente.

—Gana terreno en algunos sectores la conveniencia del auxilio ajeno...

—Lo sé.

—Creen que sin una conflagración europeo-asiático-americana, cuyos ejércitos operen en Rusia simultáneamente, no lograremos la victoria. Que nuestra labor de *dentro a afuera* ha de ser coincidente con la de *fuera a dentro* de las fuerzas invasoras...

—¡Imbéciles! Hace tiempo ya fué rechazada semejante idea por absurda, por pérfida, y vuelven a ella los estúpidos. Si penetraran en Rusia los extranjeros sería para repartirse a Rusia.

—¡Oh! No es fácil. Entró con Napoleón su invencible fuerza y no salió. En el Beresina quedaron los restos de la *grande armée*, insepultos.

Zarief miró con descarado desdén al interlocutor, repitiendo:

—Si entraran los extranjeros sería para repartirse a Rusia. Quienes esperan en la unión sagrada de las naciones contra el bolcheviquismo son inofensivos soñadores. ¿Qué país del universo se arriesgaría hoy a semejantes aventuras? ¡Bastante tienen con su propia defensa en el pugilato de devorarse unos a otros! Unicamente nosotros, con la masa rural y la proletaria que se nos reúna, desengañada del régimen rojo, crearemos la Rusia que ansiamos. Ellos y nosotros vivimos los días genesíacos del porvenir patrio.

La vela de sebo que ardía en un ángulo de la estancia abría un disco rojeante en las sombras, cual agujero que sangrara en la pared.

—Esta región es el granero de Rusia; si se resiste a los Soviets, si se emancipa de su yugo, se anquilosa la economía bolchevique, se derrumba su equilibrio y la tragedia financiera es nuestra aliada. Conocéis la situación del país que fué la potencia más poderosa del universo. El oro, los bosques, los ríos y las minas daban las primeras materias a la industria mundial. Hoy las minas de carbón, los yacimientos de oro y de mercurio, la nafta, las selvas intactas y las canteras milenarias se devastan para recoger del *dumping* los dólares con que cubrir los gastos del día. La desorganización de las vías férreas —en las que arrecia el robo—, los abusos delictivos en la totalidad de las funciones

administrativas son incorregibles y se propagan con la edificación a lo yanqui de nuevas ciudades, algo así como fraguas donde se funde la energía proletaria para inflar desatinadamente la producción soviética. Se consideran titanes los pródigos de la *Piatiletka*, y no consideran que faltarán adquirentes de sus mercancías en las ferias y mercados, porque la ruina y la transformación de las naciones las obliga a restricciones económicas, y, ante todo, al propio cultivo de sus fuentes de creación y de existencia. Poderío, oro, manía de grandezas en las cimas y hambre, desesperación doquiera. En Petersburgo y otras capitales se racionan los víveres, los combustibles, faltan el agua y la luz en las poblaciones. Sólo cada cuatro días se permite encender las estufas en las viviendas y el frío mata cual en las calles en los asilos y en los míseros cuchitriles de los profesionales del arte y de la ciencia. Rusia sufre, nos llama. La menor vacilación es cobardía, es crimen hacia quienes en nosotros esperan... Hacia quienes hemos hecho el juramento que enlaza nuestras almas indisolublemente, Repitamos ese juramento: "Por nuestros hermanos hasta morir."

Entreabiéronse los labios de los dos hombres, pero la frase no salió de ellos. Por los ojos de Zarief pasó la sombra de una desconfianza. Sin alteración en el tono pasó a otros temas.

Largamente trataron sus asuntos los conspi-

radores, y no se abrían elocuentes las ideas de Zarief; imperceptible reserva parecía velarlas.

Al cabo dijo:

—Guardeos Dios, amigos; ha pasado la medianoche, y habéis de partir.

—A tus órdenes —respondieron los emisarios.

Partieron, y hasta el portillo que daba a un campo de malezas los acompañó Zarief. A pie caminaron y la mirada del jefe los siguió en el agreste campo, hasta que sus siluetas, empequeñecidas por la distancia, desaparecieron como tragadas por la nieve.

Ya no se veían los puntos negros de los cuerpos y Zarief, sin apartar los ojos de la lejanía en donde se hundieron los caminantes, pensaba:

—¿Traidores? No, pero ya el proceso de la deserción gana su quebradiza voluntad. Ellos emblemizan la psicología del desastre, incredulidad en los demás y flaqueza propia. Más temibles son ellos en sus entusiasmos nerviosos, seguidos de desfallecimiento, que los rojos obrando organizados por el doctrinarismo o por el terror. ¿Será imposible la formación, la consistencia del carácter nacional sin el *knut* autocrático y sin el terrorismo de los desalmados? ¡Ah, sí, creo que sí, pasados muchos dolores y mucho tiempo!...

Volvióse a la habitación y se le presentó un aldeano, que se inclinó humildemente.

—Mi buen Timofiey Sergieyewicz, vete a descansar.

—¡Dios mío! Cuando vela el señor, ¿cómo había de dormir su siervo?

—Es tarde, y no te necesito; descansa.

—¡Oh, no puedo; mi alma no descansa, no descansa nunca! ¡Si vivieran mis hijos!... Eramos felices... Poseíamos una haciendita al otro lado, en las riberas del Don. Salieron los chicos a pescar y no volvieron.

—Recuerdo... El hielo, al romperse, sepultó a tus hijos.

—¡Ah, señor; tú te dignas acordarte de mi desgracia y de mis hijos!

Lágrimas caían en las barbas del viejo, que siguió, balbuciente:

—Me quedaba mi Nadzia, de quince años, y los cosacos la robaron. Dos se la disputaban, y la metieron en el bosque. La desnudaron, la ultrajaron, y para que ni uno ni otro se la llevara la dieron muerte... ¡Yo la vi muertecita, abiertos los ojos! Quise cerrarlos, y no pude..., ¡me miraban!...

—Cosas que pasaron —repuso tedioso, bostezando, Zarief—, y vendrán otros días.

—¡Dios te oiga, señor; en los presentes reina Satanás!

—Vete.

—Soy tu siervo. ¡Alabado sea Dios!

Se santiguó, alejándose, el mujik.

Solo, el conspirador encendió un cigarrillo y sus ideas se dispersaron recorriendo los últimos días. Charkow y la metrópoli ucraniana, Kiew, quedaban atrás... Ahora el salto a Moscou... ¿Hallaría allí a Alix? No. Ella, en el Norte, cumplía su misión, y no la terminaría en el corto tiempo que él había finalizado la suya. Además, Moscou no se hallaba en el itinerario de la propagandista y rectificó aquella pregunta Zarief.

Alix, la dulce criatura, resbalaba por su imaginación —cual sorbo de agua por labios calenturientos— en tal instante de cansancio, prolongación de la defensa incesante de las asechanzas que lo emboscaban y de las responsabilidades. Pesaban en su espíritu singularmente las recientes contrariedades en Kiew y demás lugares de Ukraina donde engrosaban y se armaban las legiones secretas.

Recordó a la mujer que por amor de él se internaba en las estepas, copartícipe en la formidable lucha. Hacía unas semanas que se habían separado en el reino balcánico. "¿Dónde se encontraría aquel día, aquel preciso momento?", se interrogaba el hombre con blanda curiosidad.

Chispeó, apagándose, la vela, y Zarief se acostó en la estufa-cama, que es cobijo de la rústica

familia rusa. Se cubrió con el deteriorado capote de piel que usaba, disimulando la aristocracia de su tipo, disfrazado de pobre caminante, y se durmió. Fatigado, rendido, se hundió en el sueño cual piedra echada al mar.

....

Las gestiones del conspirador en Ukraina finalizaron satisfactoriamente. General de un ejército en vísperas de batalla, había certificado órdenes del Estado Mayor, había revisado el frente, aquilatando el valor estratégico de las posiciones y cerciorándose del espíritu de sus soldados.

La cadena de la organización antibolchevique —"Hermandad de los buenos rusos" se titulaba— multiplicaba sus eslabones en ciudades y aldeas, dando la vuelta al país. La reglamentación de las fuerzas secretas era severísimamente guardada. En un escalafón estricto tenía designado cada individuo su puesto, ignorando el de los demás. "Fe y obediencia" absolutas se exigía a los juramentados, y ninguno de ellos, aspirantes o altas personalidades del escalafón, conocía a más de dos de sus jefes inmediatos. Sólo a dos. De los otros, del funcionamiento de Juntas, y del Consejo responsable, todo lo ignoraban los subalternos de la conspiración. Fe y obediencia era el juramento solemne, cual un voto religioso a perpetuidad, que

hacían los idealistas de la patria, aquellos profesos en la orden sublime de una quimera.

....

Zarief dormía.

Un ruido de pasos y golpes en el vallado de la alquería sobresaltó a Zarief, que se levantó. Escudriñó la obscuridad, y, atento el oído, se cercioró de lo que ocurría.

"Rodean la casa", pensó, y agarrando el revólver se aprestó a la defensa. Dos tiros silbaron al instante, y Zarief se adelantó a la puerta. Derribándola, penetró un grupo de hombres armados y con linternas. Compactos, se arrojaron obre Zarief, que disparó el revólver, y, forcejeando con los atacantes, exclamó:

—Atrás, canallas, —pero le derribaron, inmovilizándolo.

—Al fin te tenemos; morirás.

—Nada de muerte; vivo hemos de conducirlo —gritó el hombre corpulento, cabecilla de los agresores, y, aproximando la linterna a la cara, se inclinó junto al preso, diciéndole:

—¿Me conoces? Soy Lawin. Te prometí a la puerta del cementerio, cuando enterrabas a tu general, que nos encontraríamos, y así es; Lawin cumple lo que promete.

—¡Forajidos! —profirió, ronco, Zarief.

—Amordazadlo, y con grilletes en los pies y las manos, fuera. No apretéis la cadena de los

pies; ha de andar, ha de hacer su caminata el caudillo blanco.

Salieron, cercando al apresado. Sobre los hombres se levantó el mirar de Zarief, cual filo de espada, y rápida se detuvo en un cuerpo tendido de espaldas en el umbral de la puerta. Era el cadáver de Timofiey Sergieyewicz.

No se hallaban lejos los trineos, en los que montaron los chequistas de Lawin, y habló éste:

—Nosotros montaremos luego —y se puso al lado del prisionero—. He de alegrarte el camino, que no será tan largo como el de Siberia que anduvieron nuestros precursores, y que yo conozco palmo a palmo, por gusto y orden de tus perros zares. De igual manera que los exterminamos, exterminaremos a los contrarrevolucionarios. Sois unos idiotas; os figuráis que el pueblo proletario retrocederá al envilecimiento que le ofrece vuestro absolutismo. Nuestra República domina el mundo. Hemos triunfado y vosotros habéis muerto, habéis muerto...

Erguido, firme, corto el paso por el impedimento de los grilletes, iba Zarief, impasible, oyendo al implacable enemigo, y sus ojos, del color de aguas profundas, fijábanse sin descubrir emoción en el horizonte, donde apuntaba la raya lívida del amanecer.

SEGUNDA PARTE

PRISIONES DE RUSIA

EN LA PRISIÓN

La cárcel de la mínima población hallábase llena. Era un caserón ruinoso cercado de pabellones que sucesivamente se edificaron para ensanchar el recinto con patios interiores y demás dependencias garantizadoras del régimen penitenciario ruso.

Desde el reinado de Pedro I, ni un día estuvieron vacías las celdas ni de ellas salieron en libertad las víctimas del sistema zaresco, particularmente los acusados políticos. Advenida la revolución del 1917, los horrores de las cárceles se han duplicado con la arbitrariedad y los rencores enfurecidos. Las conmociones en la gran guerra de Ukraina, ocupada un tiempo por los alemanes; las luchas interiores de los caudillos y atamanes Skoropacki y Petlura y el desbordamiento revolucionario, metieron en las prisiones pueblerinas, cual en todas las de Rusia, hombres inocentes y malhechores; pero más que éstos entraron en sus calabozos los enemi-

gos del bolcheviquismo y los indeseables. La acusación de contrarrevolucionarios a quienes no lo eran bastó para que se fusilara en pelotones a hombres y mujeres sin culpa, confundidos con los conspiradores y con asesinos e incendiarios.

La tierra rusa sustenta en su inmensidad, desde la aldea a las capitales, edificios monstruosos que el absolutismo creó, que el nuevo régimen aumenta en número y que sostiene, cumpliéndose en ellos las sentencias y las infamias de la historia moscovita, sean emperadores o gobiernos de obreros y aldeanos quienes ejercen la tiranía del mando.

En esa cárcel de Pietrowka había un lóbrego corredor terroso que dividía al fondo una puerta. A modo de galería se había improvisado aquel subsuelo de la cárcel para dar cabida a los presos que diariamente llegaban y tenerlos a mano en seguridad como fieras enjauladas. Próximos a la puerta, echados sobre paja, había dos presos. Era niño uno y de feroz aspecto el otro, entrado en años. A distancia hallábanse sentados en el suelo Zarief y un sacerdote que le hablaba. Calladamente repuso Zarief:

—Es cierto, padre, que el torbellino de la existencia embarga el ánimo y el pensamiento debidos a Dios. Pero en la lucha nos volvemos a El, lo llevamos en lo íntimo de nuestro ser. —La voz de Zarief, queda, no revelaba decai-

miento—. Mi madre era católica, de una gloriosa estirpe irlandesa. Yo me eduqué en la fe de mi padre y he sentido inclinación al catolicismo, inclinación superficial, curiosa, y me ha parecido que el catolicismo posee un matiz de dulzura íntima ajeno al cisma griego y, sobre todo, al protestantismo. La frialdad luterana no me atrajo ni como espectador; me repelía porque mi carácter era impetuoso, demasiado impetuoso, infelizmente. Mi padre, duro; mi hermano primogénito muerto con el emperador en la horrenda noche de Ekaterinburg; todos los míos, abuelos y parientes, han sido soldados de la tradición y del deber. Hombres del absolutismo inflexible, y la impetuosidad mía les disgustaba. En los cantos de esa dureza paternal ¡se hirió tantas veces mi turbulenta niñez! Yo quería ser marino. Se opuso mi padre y me internó en la escuela de pajes. Fuí soldado en tierra, y no me pesa. En el ejército aprendí a doblegarme, a obedecer... Mi madre sabía calmar mis rebeldías. No era fácil mi carácter. Ambicioso, arbitrario con quienes querían torcer mis iniciativas de reformas sociales. Yo era partidario de una Constitución sincera... Perdí muy joven a mi madre.

El ruido de portones abiertos violentamente resonó en la galería con gritos, quejas y pasos tumultuosos. Osciló la media luz de una lamparilla colocada en alto; irguiéronse crispados los

otros dos presos y, cual fantasmas, se perfilaron en la penumbra.

Con desesperación se agarró, se abrazó al cura el muchacho, gimiendo:

—¡Salvadme! Yo no hice daño a la Checa; fué mi padre quien disparó contra los policías cuando asaltaron nuestra casa y mataron a mi madrecita, que, abiertos los brazos, nos defendía. Yo no tenía armas, y eché a correr..., a correr... Me alcanzaron, y ahora... ¡Socorro! ¡Salvadme! Me llevarán al patio y pegado al muro me matarán. ¡Soy inocente; no tenía armas!

—Calla, chiquillo; gritas como una gallina que degüellan. Es la ronda que se lleva a los vecinos; ya nos llegará el turno —habló el otro, tirándose al suelo y sujetando al chiquillo, convulsionado. El cura le pasaba las manos por la rubia cabeza infantil y se calmaba el triste.

A poco decreció el vocerío, alejándose.

—Se los llevan y en seguida oiremos las descargas en uno de los patios. Pero no ejecutan a todos los que sacan ahora. Muchos caen y otros van de espectadores por fuerza. Entrarán de nuevo en este cómodo domicilio, y vuelta a empezar la hora del fin para algunos o la del suplicio de ver para otros. Hay padres que vuelven aquí de ver matar a sus hijos.

—Silencio —ordenó Zarief, apiadado del chico, que se retorcía sollozando.

El repique intermitente de nutrido tiroteo llegó hasta allí.

—Ya está hecho el montón; veinte, treinta o más cuerpos cayeron. ¿Oís? Vuelven a entrar en casa los espectadores de la función. Vuelven a esperar la siguiente, que tendrá lugar mañana o esta noche.

Iba cesando el ruido de puertas cerradas y de llantos. El cura, de rodillas, rezaba, y Zarief, en las manos la cabeza, cerró los ojos. El chico, tras el paroxismo de miedo, se desvanecía hundido en la paja.

Entonces reanudó su monólogo el cuarto preso con desabrida voz:

—Mañana vendrán por nosotros, pero no todos los que aquí nos hallamos caeremos a la vez. Unos verán patalear a otros. Es el sistema de estos perros. Lo que es a mí, ¡buen viaje! Soy uno, uno solo, y llevo por delante muchísimos de ellos. No hice traición a mi carrera de policía, y como serví al emperador en su reinado, he vengado su muerte. Mi padre, gendarme; yo, gendarme, y en Petersburgo acuchillé a los primeros que gritaron "¡Viva la revolución!" También di lo que merecían a los de Kerenski, y en Tsarskoie-Selo serví de correo a la zarina cuando quedó incomunicada la familia imperial. Con ciertos papeles iba yo camino de Petersburgo y me salieron dos guardias rojos. Intentaron registrarme. ¡Ca! Sin darles tiempo, los

dejé tiesos. Mi disfraz de soldado de Kerenski me daba la impunidad. En las revueltas de Lenin tuve gran campo de acción, y como a mosquitos espanté a los de Kerenski y a los de Lenin, que se peleaban. En aquella confusión de los combates en cuarteles y calles, caminos y suburbios, mis dos carabinas y mis tres pistolas se calentaban disparando sobre unos y otros. Siempre en movimiento y siempre con la furia que sentía hacia los revolucionarios. Tropecé con un pelotón de rojos que tenían buen olfato, pero los despisté. Viajé por diversos pueblos como "fiel guardia rojo", pero ayudando a los blancos perseguidos y firmando con mis armas pasaportes a mis "camaradas" de Lenin. Tan perfectamente hice mi papel de revolucionario, que pasado el tiempo me alisté en la Checa, a ser policía acusador y ejecutivo de mis sentenciados. El que pertenece a la Checa, si no condena y no mata a quien se le antoja, no vale para servir a los bolcheviques. Estos no son tan pícaros como se cree. Yo, Kiril Alexandrowicz, menos listo que otros de mi clase en la gendarmería del Imperio, los engañé a diestra y siniestra. Me vengué de la matanza de mis jefes, que, apiñados y amarrados unos a otros, eran arrojados al mar por la marinería de Cronstadt. A quienes quise pegar en firme los delaté como sospechosos de complot antirrevolucionario, y a manojos los hice colgar como

se cuelgan los manojos de perdices en los mercados. Me excedí en el "celo" bolchevique arremetiendo contra mis "camaradas sospechosos" y se descubrió mi juego. No me agujerearon el cuerpo inmediatamente porque quieren indagar, descubrir mis cómplices. No tengo cómplices, he declarado. ¡Cómplices! El terror, la cobardía, me han dejado solo. Sin embargo, policías rojos de mi calaña, ex gendarmes que hacen lo que yo, no faltan entre los chequistas. Los rojos mataron a los míos, a quienes cumplían su deber defendiendo el orden y el Imperio, y las pagarán. En cuanto a mí..., yo me harté de pisar su sangre; que entren y acaben conmigo. ¡No quiero vivir, me repugna la vida en Rusia!

Cual un chorro de agua cayendo incesante en tierra blanda oíase la relación monótona y descorcertante del preso.

Dormitaba el chico, y susurraban los labios del sacerdote:

—El mal engendra el mal. Señor, ¡misericordia! Apiádate de las criaturas.

—¡Ah! ¿Es de Polonia el padre?

—Sí, hijo mío, soy polaco; pero conozco tu idioma; puedo auxiliarte...

—En Varsovia estuve sirviendo antes de la guerra —balbuceó el ex gendarme arrastrándose hacia el cura— y recuerdo que los polacos detestaban a los rusos, conspiraban contra el zar... Había que prenderlos y los deportaban

a Siberia. También se trabajaba por el orden en Varsovia. Dispénsenme si les molesto pensando en alta voz; es que me distraigo oyéndome. Si callo, no puedo contenerme, y me rompería el cráneo en los muros. Más vale morir escupiéndoles en la cara a esos...

—Hay que morir como cristiano...

—Cierto, padre. Es noche y debían traernos la cena, pero hay silencio en esta parte de la casa. Sabe Dios lo que sucede más allá y lo que nos ocurrirá dentro de una hora, de media, o cuando se les antoje visitarnos a esos cochinos. Si hiciera la ronda cierta comisaria que actúa del otro lado, alguno de nosotros le caería en gracia, el chicuelo, que es guapo, y se salvaría. En el amontonamiento de la nave extrema, donde estuve unos días, hacía con frecuencia revisión la comisaria Iver, pequeña, gorda, negra, con ojos de gitana. No es rusa; del mismo infierno parece haber salido con el uniforme de la Checa, la carabina al hombro y en la mano el revólver. Ella señalaba a sus esbirros los presos que habían de ser ejecutados en seguida. No me tocó el turno. Una noche entró temprano, pasó revista a los que allí estábamos y eligió a dos de los presentes. Salieron con ella, los llevó a su habitación, los hizo desnudar y... y... no los mandó a la tapia. Uno de ellos, el que no le agradó, fué devuelto al encierro. El otro se salvó... Lo guardó para su gusto la comisaria

y se salvó. ¡Cristo! ¡Cómo lloraba y qué cosas decía el que volvió a nuestro lado!

Pasos y ruidos de armas interrumpieron al hombre.

—Alerta —dijo quedo—, es la ronda.

Por la derecha, en el recodo mural, rechinaron los goznes de un portón bajo y moviéronse en el umbral tres bultos. A las luces de la linterna, levantada por uno de ellos, se recortó, imprecisa, la corpulencia de Lawin y brillaron sus armas.

—No te aburrirás mucho tiempo entre nosotros, conspirador Zarief —profirió el rojo acercándose al preso, y pasó, sin dirigirse a los demás, hacia la recia puerta que en el centro cortaba la galería.

El tercer hombre recién entrado quedó detrás para colocar en la tapa del hediondo recipiente, metido en un hueco de la pared, ancho jarro de hojalata con té y rebanadas de pan negro.

Al retroceder y unirse a sus compañeros que abrían la puerta, rozó a Zarief y oprimió su mano significativamente.

Por la entreabierta puerta, al atravesarla los carceleros, se veía el siguiente compartimiento de la prisión, largo, estrecho, y hacinadas en el húmedo suelo terroso muchas personas.

Un golpe que retumbó con eco prolongado cerró la puerta, desaparecidos los tres hombres.

Zarief sintió el pulso agitado. La mano del

desconocido apretando la suya, ¿era una advertencia? ¿Un adiós o un aviso de que los suyos vigilaban cerca?

"¡La libertad!" —pensó optimista Zarief, y apagó su esperanza la seguridad de que el implacable Lawin pondría en práctica su meditado plan de humillación y de muerte.

—Ya volverán —refunfuñaba, llena la boca de pan el ex policía; y el cura amontonaba la paja sobre el chico, abrigándolo, pues temblaba de terror y de frío.

Silencio. Sólo de vez en vez murmullos breves y lejanos pasaban como ráfagas de huracán por los ámbitos de la prisión.

....

Al filo de la medianoche iba entre guardias rojos, camino de un patio extremo, Kiril Alexandrowicz. Salió del encierro tranquilamente. Su larga confesión con el sacerdote católico la interrumpieron los carceleros al entrar. Kiril, con aire fanfarrón, anduvo por los corredores en penumbra, y al cruzar un pasadizo al aire libre se tiró al suelo vociferando los más crudos insultos a los guardias. A culatazos le obligaron a levantarse, y entonces se abalanzó al que tenía cerca, golpeándolo y mordiéndole furioso. Fué instantánea la brega, las bayonetas de los rojos claváronse en el cuerpo que se resistía... Con entrecortada frase dijo:

—No me importa morir..., llevo por delante

muchos de vosotros, perros... Os escupo a la cara..., perros, hijos de perra...

El cabo del pelotón remató de un tiro a Kiril.

—Echadlo fuera —ordenó.

Arrastraron el cuerpo a una extensa fosa poco distante del pasadizo, y allí quedó a la intemperie.

....

Horas después el sacerdote y el rubio adolescente eran conducidos al patio de las ejecuciones. El chico, agarrado al sacerdote, se oponía a marchar, y sus lamentos desgarradores invadían las bóvedas obscuras.

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! —murmuraba el cura, sin darle otro consuelo que el de su divina ternura en ese nombre, sosteniendo en sus brazos y en ellos levantando a veces a la criatura. Su actitud, que retenía los pasos de los condenados, impacientaba a los guardias y apartaron al chico empujándolo.

Entreveíase a la plúmbea claridad del amanecer el lugar fatídico, un tapial bajo, con manchas sanguinolentas en su promedio y al lado el cadáver de una mujer en la nieve.

Grupos de tres y cuatro guardias rojos se diseminaban en el recinto. Fumaban, escupían y les tambaleaban las piernas, sin poder sostener los cuerpos, soezmente borrachos. Unicamente borrachos pueden ejercer esos verdugos su oficio de circunstancias.

Ante el lugar aquel culminó el dolor del chico en un paroxismo dislacerante.

—¡Soy inocente! ¡Salvadme, soldados! Madre de Dios, que sabes mi inocencia, ¡socórreme!

—Ella, la santa Virgen, y tu madre recibirán tu alma.

Se retorcía el niño, vuelto a los brazos del sacerdote, que se arrodilló.

—¡Socorro, salvadme; no me matéis!

—¡Padre nuestro, que estás en los cielos!...

—¡Basta! —vociferó uno de los guardias.

—... Santificado sea el tu nombre...

—Avanzad, o aquí mismo disparo.

El niño, abrazado al cura, lo retenía, y no se movió; rezaba.

—Basta he dicho, y no me escucháis... ¡Toma!

Un golpe con la carabina hendió el cráneo del sacerdote.

El grito del pequeño no se perdió en los aires; quedó vibrando en los espacios, los llenó cual invisible misterio de lo sobrenatural.

Con inaudita serenidad se puso de pie el niño y dió unos pasos. Su cara se transfiguró angélicamente y elevando los iluminados ojos al cielo exclamó:

—Madre mía, que estás con la madre de Cristo, ¡venid! —y cayó desmayado.

Aproximáronse curiosos algunos guardias, y avanzando un recién llegado dijo blandamente:

—¡*Rybionko!* ¡Niño! —Lo cogió, se lo echó al hombro, cual fardo ligero, y a las voces de "¡Al muro el *Rybionko!*" repuso amenazador—: ¡Fieras! Si está muerto, ¿para qué lo queréis?

—¡Muerto!

—No, vive.

—Se cayó de miedo el burguesillo.

—Al muro, y se despertará.

Con modulaciones alcohólicas sonaron tales voces, y un tumulto volvió la atención de los borrachos a los portones. Entraban nuevos condenados.

El guardia rojo, con el chico a cuestas, anduvo hasta aislada caseta en el arrabal, y acostó al chico en un camastro de lóbrego cuartucho. La hirsuta cabeza del hombre se inclinaba a la del chico diciéndole:

—Despierta, pobrecito... Ya nadie te hará mal...

Mojó un trapo en agua, se lo aplicó a la frente y el chico abrió los ojos e intentó incorporarse, pero tornó a la inmovilidad.

—Que se te pase el miedo, *Rybionko*, yo te salvaré, yo te llevaré lejos, a las montañas, donde tengo mi hijo, mi hijito de catorce años, y rubio, como tú. Me iré contigo, no quiero permanecer con esos... ¿Por qué dejé mi aldea y vine a estas malas tierras? No lo sé. La revolución y los ríos desbordados arrastran... Pero no he de seguir con los rojos... ¡Te salvaré!

Sonrió confiado el niño y murmuró:

—¡Dios te lo pague!

—¡Dios! ¡Ah! ¡Dios!

Rompió a llorar el montañés, y profería:

—Esos explicaban que no existe Dios. Me aturdieron los sentidos... Mataron al Cristo dentro de mí, pero ha resucitado en mi corazón. Hace muchos días que yo peleaba conmigo mismo, que no podía vivir con ellos; los odio, los estrangularía a todos. Me pasaba las noches pensando en mi aldea, en mi hijito y en mi mujer, que se quedó guardando los rebaños de carneros. Anoche me pareció oír a mi hijo, que me llamaba, y cuando entré en el patio y te vi caer no sé lo que me ocurrió. Sentí un temblor en el pecho y me saltaban las sienes. Te cogí, me hubiese dejado matar porque no te matasen...

Expresión beata, de sublime dulzura, embellecía el rostro del niño escuchando aquellas palabras y sintiendo caer en sus manos las lágrimas del hombre.

....

En el amanecer descolorido iban vislumbrándose, cual dislocados, los contornos de la cárcel, y, solitario, en una de sus mazmorras, aguardaba la muerte Zarief.

EL MISTERIO

¡Prisiones de Rusia roja, surgidas en los cimientos de los calabozos imperiales: sois necrópolis de vivos! ¡La sangre de los crímenes anega vuestras mazmorras, y las quejas y las lágrimas de la inocencia en ellas inmolada no se han secado; están, perduran en vuestro ambiente! ¡Poseen voz, aliento; es trágica expresión cada gota de sangre que salpica vuestros muros, cada pensamiento, cada latido, cada despedida de los corazones que rompió la muerte violenta!... ¡Un misterio pavoroso existe dentro y fuera de vuestros murales, que crujen lastimeramente de improviso, que traspasan lamentos inacallados! ¡En vuestros fosos, las aguas gimen bajo los puentes levadizos, y allá, entre los pilares de la fortaleza Petropawlowska, las aguas del Newa se retuercen, retroceden, se resisten a entrar en las mazmorras y ahogar a los condenados a desaparecer en el río mortuorio!... ¡En primavera, vuelan de prisa, asustadas, sin mirar vuestros aleros ni ani-

dar cerca de vosotros, los gorriones! ¡En invierno, los hambrientos canes aúllan, huyendo del misterio que os circunda, prisiones de Rusia! ¡Misterio de suplicios, de tan sobrehumano dolor que impele a la Naturaleza a maldecir su instinto procreador, arrepentida de que nazcan vuestros hombres, cárceles de Rusia roja!

....

Eran las vísperas de Navidad, las fiestas que Rusia celebraba con religiosas solemnidades desde su cristianización y que los bolcheviques han borrado del calendario. En esos días, cual en todos los de las conmemoraciones de la Iglesia, no se interrumpe el trabajo; al contrario, se vigilan fábricas, minas y campos para que la solidaridad proletariocampesina y oficial sea intensa en el conjunto de las Repúblicas ateas de la Unión. El Gobierno rojo, que se preocupa de divertir al pueblo, aprovecha las épocas de aniversarios cristianos brindándole —terminado el tiempo laborable— fiestas y cursos "amenos" de impiedad. Las asociaciones de ateos actuantes en poblaciones y estepas duplican su celo, ajustando sus medios de propaganda al canon bufo de hacer reír al populacho con ideas e imágenes que substituyan, en el espíritu, la fe por el descreimiento y la negación de lo divino.

Discursos en los clubs obreros, conferencias en los cuarteles, bailes en profanadas iglesias, representaciones al aire libre, mascaradas con

caricaturas de santos; premios a los escolares que, desvergonzadamente, declamen versos impíos; músicas, funciones teatrales y pintorescos espectáculos públicos constituyen el programa monstruo de los festivales que rellenan la imaginación popular con el serrín de la instrucción comunista. Las masas ríen, patean de gusto en las funciones descristianizadoras, y cunde en ellas la euforia zoológica de una sugestión impía. Doquiera se oye y se lee el primer artículo del código leniniano: "La religión es el opio de la inteligencia", y se persigue a los creyentes de cualquier religión, a los contrabandistas de tal narcótico...

A la vez, los "Amigos de Judas" —el traidor del beso a Jesucristo— le erigen estatuas, le cantan himnos, "villancicos" del furor iconoclasta, exarcebado en los radiantes días del cristianismo.

Pero del fuego de la persecución surgen los mártires ignorados...

Solicitando el regocijo de la *Pietrowka*, funcionaban, en vísperas de Nochebuena, en las plazas y suburbios, cinematógrafos de circunstancias. Desde el anochecer ofrecíase al vecindario, con alternadas películas, espectáculos esplendorosos. También la cárcel disfrutaba el privilegio de la cinematografía-propaganda, y desde algunas rejas se permitió a muchos presos mirar la pantalla del cine que funcionaba

en la plazuela exterior de la cárcel. Las truculentas escenas de un dramón con traidores "blancos" y héroes rojos; las payasadas de un remedo de ceremonia bautismal, que representaba al neófito un perrillo faldero; el paso de una procesión con popes e iconos, de los que pendían ratas despanzurradas, eran entrevistos por los reclusos entrada la noche, y la algarabía, los clamores de la muchedumbre llegaban hasta ellos discordes y emocionantes.

Se apelotonaban mujeres y niños delante del local donde funcionaba un *cine*, y los hombres lo llenaban, dejando atrás a quienes, más débiles, no lograron a puñetazos entrar al improvisado teatro.

En anchuroso solar se encaramaba a tosca mesa un "faquir" de guardarropía que hacía juegos malabares y manejaba cubiletes, de los que salían frailes y monjas desnudos... Pero el colmo del espectáculo aquella velada correspondió a un cortejo que se dirigía a la plazuela. En carro tirado por gañanes amontonábanse cajones, y en uno rebosante de hierbajos había un pelele, con rabo y orejas de asno. Negra inscripción de letras muy gordas decía: "Nació en el pesebre de Belén." En alto, roídos tablones amarrados figuraban informe crucifijo. Muchachos, pintarrajeados el rostro, vestidos de colorines, llevaban farolillos de papel y botes de hojalata sujetos con cordeles,

balanceándolos a modo de incensarios. Aludían a la pestilencia de los botes llenos de basura, cantaban y decían versos horripilantes de profanación, parodiando el Credo. Desgañitábanse a coro los chicos, y siguió la segunda parte de la farsa. Derribaron con estrépito los cajones, se desplomaron las tablas de la cruz y una pareja de chiquillos comenzó la danza pateada de los cosacos. El coro entonó al punto el himno de la legión juvenil: "Somos los hijos de la revolución." Este estribillo era expresado con rabia, con furor bélico, por los incipientes bolcheviques y ondas de carcajadas, alaridos gozosos de la plebe llegaban a las rejas carcelarias.

En la prisión, en una mazmorra aislada, adonde fué trasladado, hallábase Zarief. La mazmorra no tenía ventana; únicamente a un lado había portillo muy bajo, por el cual con dificultad pasaría un cuerpo.

No se percibían rumores en aquella espantable soledad, y Zarief pensaba: "¿Me sacarán para una ejecución aparatosa o me enterrarán vivo, aquí, en esta catacumba? ¡Dios! ¡Misericordia!"

El instinto de la vida se revelaba en el conspirador en aquel trance y en aquella súplica.

A poco percibió un temblor subterráneo, algo confuso, allá, en el fondo de la mazmorra: "Ahi están" —relampagueó su pensamiento. Se irguió,

era el soldado que quería morir sin flaqueza ante su enemigo, y esperó...

Un opaco golpe, repetido a intervalos, se oyó cercano. Cesó luego, y en el silencio de la catacumba el preso oía el latido de sus arterias.

Otra vez el golpe recóndito... Un nuevo crujido, más fuerte ahora, y a los pies de Zarief se abrió un agujero.

Velada voz pronunció:

—¡Arrójate!

Zarief se echó de cabeza por la angostura, se hundió en ella...

Simultáneamente se entreabrió el portillo y encorvado, sigilosamente, entró un hombre. Arrastrándose, llegó al borde del boquete, y a la levísima luz de linterna prendida al cinto encajó en el hueco la piedra saltada; la recubrió con la tierra que la escondía, la apisonó cauteloso y dispersó sobre ella la paja podrida, aquella capa negreante del suelo. Retrocedió, apagada la linterna, y deslizándose, escurriéndose sin ruido, igual que al entrar, el hombre desapareció en las sombras.

VAN A VERSE

La fuga de la cárcel impuso a Zarief y a sus cómplices, con el redoblado peligro de ser descubiertos, mayor sagacidad y precaución. En horas salió del territorio ucraniano Zarief y se ocultó en lugares insospechados. Las manos de la "Hermandad de los buenos rusos" se estrechaban doquiera salvadoras o prontas al sacrificio si al unirse habían de cercenarlas los rojos. Por ventura, las que se tendieron a Zarief en la noche angustiosa sirviéronle de pontón entre la vida y la muerte. Los brazos de sus correligionarios lo estrecharon vivo y facilitaron su incógnito. En seguida poseyó el fugitivo documentación con posibilidades de viajar. Como ingeniero alemán, contratado por empresas germanoamericanas en los Urales para realizar las obras de la industria staliniana, Rudolfo Weimar —Zarief— logró libertad de movimientos. Libertad limitada por su equívoca situación, que cada día y a cada hora le impo-

nía meditar sus actos y ser más cauteloso que antes.

Su apresamiento en la alquería del infeliz mujik era indicio de que la Checa local conocía algunos cabos de la madeja secreta, y resultaba imprescindible determinar evoluciones tácticas y un circunstancial repliegue en algunos sectores de Ukraina. Delaciones, una traición quizá, o la constancia del espionaje habían dado el golpe certero de apresar a Zarief. Pero no se resentía por ello la hermandad conspiradora, y menos al haber libertado al jefe prestigioso. Había que borrar sus huellas y aguardar a la deriva que la borrasca iniciada pasase, perdiera su dinamismo en otros planos del horizonte comunista. Tomadas por los "blancos" las posiciones de retaguardia en el terreno enmarañado donde se descubren y evitan las emboscadas de la policía política, Zarief dominó la tensión de sus nervios, y, sintiéndose feliz por la libertad, y de vivir, el optimismo de su naturaleza ganó bríos e ilusiones.

"Luchar", le decía cada latido de su corazón, y los labios voluntariosos de soldado respondían al íntimo llamamiento: "Luchar, luchar y vencer."

La confidencia, a la sazón, de que Alix se detenía en despoblado seguro encendió en su alma el deseo de verla. Rechazó la tentación; pasó de un lugar a otro viendo a sus gentes,

y la tentación solicitó, terca, al hombre. Calculó tiempo, media el camino, vacilaba, y perentorios asuntos absorbieron su pensamiento... En aquellos días, y en olvido todo lo que no fueran su actuación rápida y sus responsabilidades, recibió una noticia impresionante. Lawin, su implacable enemigo, había sido muerto en un tren. ¿Asesinado por venganza personal, o por fallo político, a traición?

Ni lo sabía ni le importaba al conspirador. Muerto habían encontrado a Lawin en un tren, vía Rostow; iba solo en un compartimiento de primera, y nada más... Lo cierto, lo irrefutable era que había sido muerto cuando dormía.

Zarief sonrió y saltó en su mirada el contento. La suerte le arrebataba del camino al adversario temible, y ni siquiera se le ocurrieron las posibles consecuencias que podía tener tal crimen, el asesinato del gran agente chequista. Advendrían represiones, ejecuciones en las cárceles, el sádico delirio... Pero un hombre en Rusia no ponía obstáculo en la lucha de unos y otros bandos, y sobre el cadáver —o miles de cadáveres— pasaban las legiones enfurecidas en carrera discorde.

Respiró satisfecho el conspirador, pensando: "Hoy él; mañana, acaso, yo."; pero sus ideas rompieron el círculo de la trágica probabilidad y volviéronse a Alix. El recuerdo de la mujer que le amaba, que sufría, tocó la sensibilidad

del hombre, abierta a la expansión por el fin de su enemigo. Rememoró días de París..., la abnegación de la mundana sometiéndose a la dura existencia de la conspiración, y quería compartir con la amiga sus esperanzas de "seguridad", muerto Lawin. En tal estado psicológico cristalizó su decisión.

—Haré una escapada de horas... Sabré de sus labios las impresiones de lo que vió, de lo que hizo... De allá saltaré a Moscou.

La metrópoli roja lo atraía irresistiblemente. En ella, y rebasada su área, habitaban dispersos "hermanos", a quienes personalmente ansiaba confirmarles la fe en el porvenir, y en la capital tenía que resolver problemas de la situación.

Alix, desamparada en sendas de peligro a las que él la empujara, fijábase ahora en su imaginación.

—Iré a verla... No está a cien leguas de Moscou; al contrario, si doy un pequeño rodeo la veré. Dios sabe si se repetirá la favorable ocasión presente: mi pasaporte extranjero, el fin de la persecución de Lawin.

Respiró hondo, cual soldado al cesar un instante el fuego horrísono en su línea, y no rechazó el halago de rememorar la bella mujer con el deseo de ir a ella. En su bravo corazón de déspota latía, sin que él se diera cuenta, la

más imperiosa nostalgia del varón, la del eterno femenino.

....

En campos horadados un día por buscadores de nafta, la nieve cubría el terreno, que parecía de inacabables arrecifes blancos en un mar muerto. A través de las hondonadas marchaba un hombre, y los montículos lo ocultaban a trechos. Andaba de prisa, sorteando con ayuda de su bastón alpino las quebraduras del suelo, y sus pies se posaban firmes en los hielos bajo la nieve recién caída.

A lo lejos entreveíanse diseminadas escombreras, semejantes a pardos lomos de insepultos paquidermos. Al final de un día cargado de plúmbeos bajos celajes adelantaba el caminante, y advirtió a distancia un punto movible. Su avizora mirada precisó los contornos del bulto aquel: era un hombre.

El viajero buscó el revólver en su ropón y avanzó atento. El otro cambió de senda para enfrentarlo. Se aproximaba y se distinguía el sayo terroso, las piernas entrapajadas y en los pies sandalias de corteza de árbol. Encapuchada con harapos la cabeza, no se veía el rostro, y sólo en el mentón flotaban mechones de pajiza barba. Apresuró el paso, moviendo los brazos, y arriba el cayado, que parecía amenaza de golpe.

—¿Es un loco? ¿Un enemigo que me sale al

lazan a los hermanos rusos. ¡Ah!, pero ninguno tiene el alma y la palabra de la señora.

—¿Tú la acompañaste en las estepas?

—Su divino cuerpecito se estremecía helado cuando la cubría con mis pieles. La dejé en seguro; partí... He vuelto. No había luz en mis ojos si no la veía. Por ella vivo; por ella moriré si así la sirvo.

La mirada fría de Zarief resbaló por la capucha, buscando los ojos del mujik, y dijo impaciente:

—Más de prisa; me tarda llegar.

—Si lo permites, me adelantaré "y la prevendré" de tu venida. Que el anuncio de su felicidad lo reciba de mí, de su siervo.

—No —repuso áspero Zarief, y continuaron caminando juntos.

LA TRISTEZA DE AMAR

Metiéronse en larga, estrechísima zanja los dos hombres y salieron a reducida planicie.

—Guía —ordenó Zarief, y el *mujik* dió un paso, marchando delante.

Tenían mucho espacio ante ellos y en el límite apuntaba el esqueleto de una vivienda. Llegaron a la caída empalizada, tras de cuyos tablones había una puerta, que abrió el aldeano, y murmuró:

—Sube...; al fin de la escalerilla...

Rechinaron los disjuntos escalones al poner en ellos el pie Zarief, y en lo alto, una silueta de mujer se advirtió en la tenue claridad de puertecilla entreabierta.

—¡Tú! ¡Ah! ¡Tú! —exclamó temblorosa voz, y clara respondió la de Zarief:

—¡Alix!

En la penumbra sus cuerpos se encontraron en un abrazo.

—Te aguardaba... Has tardado en venir, pero

no importa; aquí estás —decía ella, entrando con Zarief en la habitación.

El la miraba inmutado. La mujer que sostenían sus brazos era sombra de la de antes.

Alix percibió la turbación del amado, y habló sonriendo:

—¿Te parezco otra? Pues soy yo, tu Alix. La grosera mecha de esa lamparilla me empalidece; pero estoy bien, me siento feliz con tu presencia... Háblame de ti.

—Hablemos de ti primero, mi dulce amiga.

—De nosotros, de nuestras vidas.

La cabeza de la mujer se escondía en el hombro de Zarief, que le pasaba su mano por el rostro triste, con caricia espiritual.

—Has padecido espantosamente en la prisión; pero te libraste, te salvaron... Mi corazón no me engañaba; sentía en él vivo el tuyo, vivo.

—¡Qué importa lo pasado! Tú, mi pobre niña, estás enferma.

—No, no; un poco enfriada ahora.

—Te has fatigado, has hecho viajes superiores a tus fuerzas.

—¿Qué dices?

—Tengo remordimiento de haberte dejado...

Le cerró los labios el beso de ella, y con graciosa vivacidad decía:

—Un poco de anemia me cogió aquí, como todos los años cuando estaba en sociedad. Es el mal de las aturdidas mundanas...

—Ya no lo eres.

—Murió la mundana Alix.

—Tienes fiebre.

—¿Fiebre? Quizá, y no lo noto.

Se miraron, observándose como desconocidos. Ella fingía y él la oía turbado.

—Ya ves que vivo bien —sonrió, señalando con abierto ademán el cuarto.

—Te buscaré algo mejor; partirás.

—Contigo.

La contempló Zarief pensando: "La inconsciencia femenina asfixiando a la razón en el sentimiento." Alix sintió caer en su alma la negativa y el desdén de aquel juicio, y se encogió internamente, se reservó, susurrando con doliente risa:

—¡Qué aturdida soy! No puede ser eso, y digo tonterías, sandeces. Estoy disparatada..., la emoción de tu llegada me desquicia.

Otra vez la mano varonil de Zarief resbaló tranquila por la cabeza abandonada en su hombro, y se dijo a sí mismo contemplándola:

—Parece una niña muerta.

Telepáticamente penetró a la enamorada aquella impresión de él; abrió asustados los ojos, pero, dominada, decía con frivolidad:

—Soy una personita imposible. Tengo aquí pan, manteca, lomo de cerdo ahumado, *vodka,* y no te brindo nada. Estarás cayéndote de hambre.

—Con buen apetito —respondió él, gustoso de que otro tema cortara la melodía tierna de Alix.

—Pues sentémonos en torno a la mesa, junto a la estufa. Yo frente a ti, y te sirvo lo primero un trago de vodka añeja.

—Qué regalo.

—En el pan con manteca, gorda tajada de lomo, un emparedado de circunstancias, y un segundo, y un tercero a modo de *antrée*, postre, *tout un petit diner, mon cheri.* En seguida entrará con el samovar Irina, avisada por el mujik.

—Y de sobremesa me referirás tus andanzas; no hemos hablado todavía de cosas serias.

—¡Oh!, sí; te contaré todo al detalle, después... Ahora déjame pensar únicamente en ti, en ti...

Contrariado, irguió la cabeza Zarief, y dominándose, repuso en tono ligeramente guasón:

—Tienes buen servicio, ama de llaves y el mujik de mayordomo.

—Es verdad, servicio perfecto en esta mi casona de gran estirpe —contestó burlona Alix—; sólo que el mujik es fastidioso.

—Es un leal servidor.

—Lealísimo, lloriqueón... Un bárbaro estepeño sensible.

—El carácter rural es sumiso y sensible —re-

puso Zarief, sorprendido por la incisiva apreciación de Alix.

—Te diré que mi ama de llaves resulta interesante; es un volcán metido en grasa.

Rieron.

—Se dolía de que ningún hombre la había querido, y al cabo llegó el hombre. Lo agarró ella; él se resistía hasta que no los uniera el pope... Pero el pope no está al alcance de la mano en nuestra Rusia. ¿Dónde hallar un pope?

Nerviosa carcajada fué la respuesta que se dió a sí misma Alix, y, pensativo, repitió Zarief:

—Nuestra Rusia.

Alix tosía, congestionado el rostro, febriles las pupilas, violentándose en una ficción de salud alegre. La euforia del mal devolvíala efímeramente su expresión, su gracia sutilizada con oculta melancolía.

Unos golpecitos en la puerta, y entró Irina con relumbrante samovar en las manos, e inició la reverencia, que redondeó al poner en la mesa el artefacto. Sobre el talle engrosado de la costurera parecía más chica y cómica su cara de muñeca. Sus labios se movieron con salutación inexpresada, y salió de puntillas.

—Ya ves qué *confort;* el té límpido de nuestros lujosos días y estos cigarrillos.

—Qué encanto.

Ofreció Alix los cigarrillos, hablando con fina broma.

—El señor y dueño de Irina es mi proveedor, y he hecho acopio de todo esperándote.

Fumaba Alix, y su locuacidad encubría esfuerzo físico y de objetividad, conversando, tímida, frívola, cuando ardía de amor. Procuraba ponerse a tono con Zarief; se vencía, simulaba naturalidad y no correspondía el resultado a su generoso intento. A Zarief, apiadado de ella, le desconcertaba aquel juego, y entre los dos pasaban invisibles ondas heladas de decepción.

—¿Sabes? Parecemos un matrimonio burgués de antes de la guerra; un matrimonio feliz —bromeó ella, indiscreta, y Zarief se encogió de hombros. Su pensamiento se alejaba siguiendo el humo del cigarrillo que apretaban sus labios. Alix lo veía huir, y ansiando cortar el vuelo al pensamiento que anhelaba para sí, exclusivamente suyo, brotó, estalló de su fingida reserva la sinceridad y preguntó—: ¿Qué piensas?

—En ti, en mañana..., en la situación de nuestros hermanos.

—¡Oh! Apiádate de mí y de ti, haz un alto en el combate cruel. Mírame, he pasado aguardando este instante, muriéndome sin ti...

Alix oía los latidos de su propio corazón, fuertes, rítmicos, inalterables. El cambio físico de Alix dió al hombre el convencimiento de la enfermedad que la rendía. Precisaba sacarla de

allí a otro sitio recatado. ¿Adónde? Urgía la asistencia médica para contener el mal.

A las responsabilidades del conspirador en circunstancias difíciles para quienes lo seguían —detenido el movimiento en Ukraina— sumábanse las de la suerte de Alix, que se decidiría al dejarla. Sí, sería trasladada... Sentíase molesto y cohibido al lado de ella, pero satisfecho de haberla visto, de conocer su estado y de ampararla.

Suave, mimosa, algo decía Alix, que él, confuso, no escuchaba. Los brazos de ella le estrechaban, y el calor de su grácil pecho penetraba el suyo. Se desprendió de ellos, y tomando las manos de Alix, dijo gravemente:

—Aun no hemos hablado de cosas serias.

—Hablaremos; te referiré todo extensamente. El Comité está informado, tiene relación minuciosa, pero te contaré. Hay tiempo; ahora sólo yo y tú existimos en el mundo.

—¡Niña!

—Sólo yo y tú. Después... ¡Ah! Después... Ahora descansa de la lucha. Irina te preparará albergue, ¡un aposento!

—Mi pobre Alix, debo salir antes de la medianoche.

Un grito y un estremecimiento de Alix le respondieron. La posó él en las almohadas del catre, y de nuevo le acometió la idea triste: "Semeja una niña muerta."

Besó los ojos de Alix, que lloraba silenciosamente, y salió. Tuvo miedo de la escena de desesperación probable y partió. En el arranque de los escalones se movió un hombre.

—Fiodor, ¿qué haces ahí?

—Señor, aquí paso las noches velando a la santa, por si me necesita. Sé si duerme; si, desvelada, sufre. Tú partes..., la abandonas... Yo cuidaré a la triste señora, yo solo... Negra, fea, avanza la noche, mi amo, y te acompañaré hasta la barrancada.

—No te necesito.

—Permíteme...

—Obedece. Quédate. Quiero ir solo.

TERCERA PARTE

LA URBE ROJA

LA URBE ROJA

¡Moscou! La urbe comunista, con sus multitudes haraposas y sus ficciones de capital civilizada, con sus palacios imperiales convertidos en comisarías, en escenarios plebeyos, en asilos y escuelas heladas; el conjunto de fealdad, sin colorido ni relieves simpáticos, el ambiente infecto en área con tres millones de seres agotados, sin porvenir, sonámbulos que despierta el terror, no sorprendía a Zarief. Conocía las transformaciones de las ciudades proletarizadas, las transformaciones menos dolorosas —creía— que las impuestas a los sentimientos y a las costumbres del pueblo. Ante los templos, cerrados o hechos oficinas y depósitos de cereales; ante las filas de hambrientos esperando la ración en las calles; ante el aturdido mirar de los transeúntes, pensaba el conspirador: "¡Volveréis a tener fe y calma, míseros bolcheviques ateizados!¡Volverán nuestras basílicas a su culto, a ser dignas de glorificar a Dios!"

Las nuevas que recibiera Zarief en Moscou

eran tranquilizadoras. El repliegue ucraniano había contenido las persecuciones policíacas y Zarief sintió su voluntad cual arco que en mano firme no cede en tensión de puntería y dispara la flecha certera.

Paralelamente a imprescindibles excursiones en torno a la capital, estudiaba la informe aglomeración pueblerina. No cesaba en sus turbulentos días la preocupación por Alix. Imposible hacerse ilusiones en cuanto a su salud, que exigía asistencia en otra casa y otras circunstancias. ¿Adónde trasladarla? A un sanatorio del extranjero sería lo mejor. Sí, fuera de Rusia, porque en Rusia no había sitio seguro para ella, ni para ninguno de los agitadores antisoviéticos. El aislamiento en el rincón de la costurera podía ser terminado violentamente si el espionaje descubría a la refugiada. Ningún conspirador puede permanecer ilimitadamente en un sitio; pero aunque Alix allí pudiera continuar oculta, no era dable dejarla. Devorada por la fiebre, con trastornos cardíacos o de los pulmones, tenía que partir. Zarief así meditaba y no podía vencer la impresión que le acometió al verla. Los nervios de ella galvanizaron en un arrebato amoroso el cuerpo exánime de Alix. Zarief apreciaba aquella abnegación femenina, pero más lamentable se le aparecía la pobre simulante.

El se había ya ocupado de los preparativos del

traslado, y en cuanto estuvieran allanadas las dificultades le enviaría, con tiempo, un emisario que ultimara detalles. Alix podría salir, curarse. ¡Curarse! Al repetir este concepto Zarief le nublaba el espíritu duda punzante. ¿Acaso era incurable su mal?

La compasión, con garras de remordimiento, hacía bajar la cabeza al hombre. En inexcusable examen de conciencia se desdoblaron las fases de su relación con ella desde que la encontró, al terminarse la guerra, en París. La voz interna le hablaba, acusadora:

—Te gustó, fuiste su amante; no la amabas; la dejaste cuando te fastidiaba su amor...

—No la abandoné; la integré a mi obra —se respondía el acusado.

—¿Dónde estaba tu concepto del honor cuando por capricho te apoderaste de ella y has dispuesto de su suerte sin vincularla legalmente a la tuya? ¿Es que el alma, la vida de una mujer no tiene más valor que el de un juego en el que jamás pierde el varón?

El diálogo mortificaba a Zarief.

—Unida a mí legalmente fuera agravar su destino, con los peligros de la lucha a muerte en que estoy empeñado. Fuí ligero, absurdo en París, cuando me interpuse entre ella y el español Fernando de Andrade, que le ofrecía paz, nombre y familia... Fuí un egoísta, un impetuoso...

—Repara tu mala acción.

—¿Cómo? El pasado es irreparable, y el presente... ¿Qué garantías de calma y bien puedo brindarla? Partirá a curarse al extranjero. Después... El mañana está en manos de Dios.

....

El conspirador pulsaba la rítmica agitación pueblerina. Moscou se asemejaba a la corriente de un río en abrupto cauce que, hinchado por el diluvio, salta, se desborda, ruge en cataratas y se amansa en abismática estrechez para seguir luego devastador. ¡Moscou! El enemigo formidable se encontraba allí. En el Kremlin.

No ignoraba Zarief el cúmulo de causas políticosociales que engendraron la revolución, y no atenuaba los errores de la guerra, y menos las culpas de los palatinos ciegos, ensoberbecidos, cortesanos sobre un volcán, que alfombraban espesamente para no oír los estallidos precursores de la explosión.

El espíritu sinceramente liberal, dentro de las normas imperialistas del conspirador, soñaba con una Rusia íntegra de esencia milenaria, pero consciente en lo moral y cultivada mentalmente. La tiranía, no, y menos la del terror, que no hace convencidos de un régimen, sino cobardes y esclavos. La sugestión de la libertad ha emborrachado el país, pero existe una raíz práctica en el carácter del mujik enroscada al cándido misticismo eslavo. Insatisfecho el campesino es-

piritualmente y en sus intereses primordiales, no sostendrá en sus espaldas los muros del edificio bolchevique. Con la *piatiletka* o sin ella el sistema bolchevique se resquebraja. Primero caerá el bloque campesino; después el proletario, y quedará el esqueleto de una constitución que desarticula las leyes fundamentales de la autoridad y del deber: la disciplina de todos los ciudadanos en el acatamiento de la justicia. Hacer de un Estado un émulo del mitológico Saturno, que engorda devorando a sus hijos, no es cosa para la realidad. Los hombres del Kremlin modificarán sus teorías, se adaptarán, según que vayan zozobrando sus naves, a arribar y carenarse en los arsenales burgueses. Pero los magnos problemas que han suscitado son insolubles para el comunismo que levanta el sofisma de substituir la humana conciencia por "la conciencia de la revolución".

Las reflexiones de Zarief se agudizaban de acritud anotando los contrastes de la urbe moscovita. La vida social resultaba incoherente y desconcertante. Para los turistas recibidos en los preparados escenarios de la amena comedia —excursiones, demostraciones escolares del magnífico sistema pedagógico y hasta oficios en algunas iglesias— resulta que es la más liberal de las Repúblicas la que gozan los rojos y que su existencia es interesantísima. Pero Zarief, siguiendo las tortuosidades del vivir bol-

chevique, buscaba contristado en los insondables fondos o subía a la superficie mentirosa. En el Astoria comió entre gentes vestidas de etiqueta —diplomáticos, comisarias y espías de ambos sexos— una comida tan refinada como antes de la guerra y mucho más cara. Los vinos, los entremeses, el servicio, igual que en el pasado. Unicamente el público era distinto y la emanación individual de cada ser allí congregado no era limpia. En aquella atmósfera de mundanidad cosmopolita se respiraba el enrarecimiento insano y sutil de la acechante mirada del chequista con frac, de la bella mujer policíaca, la inarmonía de un conjunto de almas sin afinidades y sin bondad.

En los comedores fabriles se quejó Zarief, a la par de los operarios, "los camaradas", de la pésima comida. El pescado estaba podrido, la ración de negro pan tenía mezcla de avena averiada y el té era agua sucia. Las quejas de los proletarios a los intendentes de los comedores, violentas en ocasiones, no remediaban los descuidos culinarios, y el hambre del obrero se satisfacía con lo que le daban, como el can con lo que le echan de mal grado. En algunos círculos de los gremios especializados la alimentación se cuidaba más que en los generales, pero la satisfacción del paladar bolchevique no se cultiva en los ámbitos de la pródiga República.

Zarief entró en los teatros de la *élite* y en

los del populacho. En los primeros, de ópera mayormente, alternaban con los palcos de la diplomacia los de las ministras, personajes femeninos del tipo y elegancia de la Kolontay, escritora y plenipotenciaria de los Soviets en la corte dinamarquesa y en la intransigente República mejicana. Animación seudodistinguida, mujeres enjoyadas en los palcos, y arriba, en balconajes y graderías, parejas de proletarios comían sardinas de lata, mojando en el aceite los dedos, que se chupaban regocijados de la comilona y de la música. Las normas bolcheviques, a base de la renovación humana en moldes propios, rechazan añejos y burgueses usos de buena sociedad. ¡Guerra a la civilización surgida del capitalismo y de las vanidades mundiales! ¡Guerra a la importación del vicio!

Pero en el suntuoso palacio de las diversiones, Metropol, en los *cabarets* y en los *dancings* el vicio cosmopolita se cultiva por indígenas y extranjeros. En el barrio chino, cual en lujosos salones de la periferia, encuentran el opio, la cocaína y el éter los incivilizados émulos de los ultracivilizados que persiguen la sensación inédita.

En las fábricas, en los talleres, en los círculos comprobó Zarief divididas y subdivididas las opiniones de los operarios, diversa la actitud de unos y otros gremios. Los había descontentos en la tardanza de realizarse la gran promesa

del partido comunista: la revolución del proletariado universal, y los había que protestaban secretamente de la política staliniana. La *Piatiletka*, el proyecto de industrialización colosal, tenía menos escépticos que apasionados; pero lo que al conspirador sorprendía en gran parte del proletariado era un matiz de seriedad en sus juicios, una gravedad en su existencia que les daba serenidad de convencidos. Convencidos que la República roja, que identificaban a su patria, preparaba con ellos la libertad de sus compañeros del mundo, la libertad y la felicidad bolcheviques. A muchos trabajadores oyó Zarief, mezclado con ellos en las bibliotecas y en las cantinas:

—Nosotros no somos egoístas, y luchamos por los camaradas de todos los continentes. Con nuestra sangre, con nuestro sacrificio salvamos a los expoliados por el capitalismo y el agiotaje infames. Nosotros los proletarios somos en cada una de las partes del mundo los más, una mayoría exorbitante que no ha de seguir tiranizada por los menos, por una minoría de explotadores que esclavizan al trabajador. Se ha terminado esa película del oro arrancado de la tierra con nuestras manos, y la verdad comunista vencerá al mundo. Escuchan nuestra voz los hindúes, más de 400 millones, los negros de Africa y de América, la China, los moros de Marruecos... Nosotros hundimos, rematamos

las sociedades de los usurpadores del bien común, la tierra, los mares que pertenecen a la Humanidad, no a una clase o a un Estado.

Zarief respondía mentalmente:

—Fanfarronadas y vulgaridades del tópico revolucionario.

Pero percibía en ellos un tono que recogía atento: "No somos egoístas; la felicidad de nuestra experiencia y de nuestras conquistas las compartimos con nuestros hermanos de diversas razas. Por ellos peleamos, por ellos y por nosotros vivimos y morimos en la lucha. Nosotros damos el ejemplo de la solidaridad proletaria, de la verdadera fraternidad de los pueblos. No somos egoístas."

Zarief comprendía el inmenso alcance, la trascendencia de tal convicción, y confesaba:

"No está mal ideado el truco. Los jefes de la manada han removido el difuso misticismo eslavo con un subterfugio y lo manejan hábilmente. Han substituido la fe con una falsificación de humanitarismo. Cada uno de estos seres, bruto o perverso, posee, cuando menos, embrionaria sensibilidad, que alcanza el grado de aspiración moral si se despierta y es cultivada en este aspecto. El positivismo, la acerba conquista de lo material que inspira el marxista bolchevique doctrinarismo, no satisface, a la larga, la sed de lo inefable, el atávico anhelo en las masas rústicas de lo sobrenatural, que bebían en la

fuente del cristianismo y de la tradición. Anticipándose al posible retroceso de las muchedumbres —desvanecida la borrachera de la revolución—, los jefes rojos han agitado las ideas de sus reclutas incrustándoles en la mente, con las utopías de reparto, igualdad y justicia bolchevique, un átomo de ideal altruísta: la creencia generosa de que al sostenerse el sistema soviético salvan el mundo. El pueblo moscovita habíase apoderado de aquel subterfugio político con decisión de neófito y respiraba a gusto su ancha conciencia revolucionaria."

Zarief, reflexionando sobre esa actitud interna del proletariado, sintetizaba con veracidad sus observaciones:

"Esos hombres, que son capaces de desconfiar de sus jefes y de abandonarlos, como a Trostki, esas muchedumbres, montañas de caliente arena movediza, no son, como material político, el firme en el cual penetran, ahondan y se consolidan los principios de un régimen. Las masas revolucionadas encierran en sí el enigma de la trayectoria que pueden marcar sus movimientos sucesivos... Pero esos hombres fanatizados por una idea de altruísmo mesianista de la fraternidad y de la redención proletaria constituyen una intensísima y radiante fuerza psíquica en el mecanizado Estado rojo. Una fuerza.

LOS BOLCHEVIQUES EN EL KREMLIN

Una imprudencia de Alix al escribir a Zarief —felizmente sin consecuencias desagradables— puso sus gratas noticias en manos del conspirador.

"Estoy bien, y dispuesta a partir; ¡sea bendita tu protección! ¡Me siento feliz como nunca! ¿Y tú? ¿Nos veremos pronto? Mi alma, mi ser todo, henchido está de alegría y de esperanza. La vida se abre clara, con atracción desconocida. Perdóname. No hablemos de las *rosas cuando arden las selvas.*"

....

Apaciguóse la inquietud de Zarief en cuanto a la salud de su amiga, más que por sus frases, porque el emisario que se las entregó había visto a Alix y decía haberla hallado convaleciente y animada.

—¡Gracias a Dios! —rezaba Zarief, y calculaba que tenía tiempo en Moscou de arreglar la marcha de Alix a un sanatorio, fuera de Rusia. Y surgió en su mente la idea de verla allá, al

ir a Francia a presentarse al Señor, al jefe supremo de los blancos, y desvanecer algún prejuicio —si lo tenía— acerca de su labor en Ukraina. Podría encontrar a Alix y quizá...

El acento hondo, inconfundible del "yo", repetía en la conciencia del hombre: "Y cerrarás con vínculo legal tus relaciones con la mujer desamparada."

El varón, el atavismo de irresponsabilidad sexual, respondían a la espiritual conminación que "en el terreno de la realidad constituía contrasentido ligar una mujer a su existencia, a su destino".

Vacilaba Zarief, y... sus vacilaciones le afirmaban en su tesis, y se inclinaba a la convicción real de que era insensata su impresionabilidad con relación a Alix. Pero la terca voz interior profería el afilado axioma: "Independiente de lo positivo impone sus deberes la moral."

....

Convivía el conspirador con el proletariado moscovita, y su conocimiento del sistema bolchevique dábale nuevos argumentos para combatirlo. Encastillábanse en el Kremlin el dictador rojo con sus comisarios del pueblo, y el pensamiento de Zarief asaltaba aquellos muros de la fortaleza ancestral.

¡Palacios y basílicas en el recinto del Kremlin, estancias augustas, de misterio y de tradi-

ción, que conserváis lienzos de ignotos primitivos en paredes de malaquita con restos de arrancados tapices bizantinos; bóvedas de cámaras penumbrosas, cuyas techumbres de policromadas maderas se apoyan en columnas de pórfido amarillo, con vetas negras, cual víboras enroscadas a su palidez; galerías de los mosaicos bíblicos y las que en frescos desajustados representan proezas bárbaras de los zares, vencedores de los tártaros; armería horripilante, camarines henchidos de olor a incienso del Irán y al rancio de los armiños imperiales! ¡Palacios del Kremlin: por vuestra trágica soledad cruzan hoy, pisando fuerte sobre alfombras persas, los hijos de los siervos del despotismo autocrático, los comisarios del pueblo, déspotas bolcheviques! ¡Palacios sombríos: las emanaciones de la sangre vertida en la obscuridad de vuestros aposentos, el polvo y sangre de la calle, pegados a los pies demagogos, se funden en vuestros ámbitos con los "imponderables" de las fenecidas ambiciones y las vivas ambiciones de la revolución! ¡No ha purificado la libertad vuestra atmósfera, palacios del Kremlin, y pasarán los siglos, el Tiempo, por vuestras tétricas estancias zarescas esculpiendo, entrelazado al *Ananké* de los imperialismos despiadados, el *Ananké* de la democracia sin alma!

....

Zarief, el conspirador blanco, penetró en el Kremlin...

Entraban a una reunión, especie de consejillo en el antedespacho del dictador, algunos comisarios del pueblo y secretarios de Departamento. Hombres rudos, sobresalientes de audacia, con otros de plebeya insignificancia exterior, fijaban la vista del aristócrata que, oculto, sonreía irónicamente —sonrisa de triunfo por burlar, en tal sitio, la vigilancia soviética.

El los veía y los oía exponer al dictador cuestiones de culminante actualidad, alternadas con las de la *piatiletka*, el quinquenio eje de la política staliniana.

Los Tratados de "no agresión" con Polonia y Rumania fueron tocados al vuelo, cínicamente. La Sociedad de Naciones —al margen de la guerra chinojaponesa— motivó risas de mofa a los consejeros populares. Serios se pusieron al tratar otro tema, el de una conjura antirrevolucionaria, de la cual se susurraba ser cabecilla uno de los famosos jefes bolcheviques y confidente del dictador.

Se hablaba de indicios vagos y aguardaban al agente de la Checa con informaciones precisas. Se enardecían los ánimos, y una voz dijo:

—Tú, Grysza, tú conoces bien a Sergui Pawlowicz, de quien sospechamos.

—Como lo conocéis vosotros —repuso el in-

terpelado, un joven de culta presencia y cabello canoso.

—Más... Escribís juntos un drama.

—Un drama, no: una tragicomedia.

—Es tu camarada predilecto.

—¿Vosotros no tenéis camaradas?

—Es tu amigo íntimo.

—¿Y no podemos tener amigos? ¿Es que entre nosotros ya no existe el derecho a la amistad? Pues si no lo hay, suprimid del léxico bolchevique la palabra camarada.

—¡Nunca!

—Y el nombre de amigo...

—Te excedes...

—Y la palabra y el concepto de libertad.

La ardiente mirada de Grysza se encontró con la del dictador sobre la espiral de humo que despedían los gruesos labios de éste, agarrado a corta pipa. Siguieron protestas rotundas, refutaciones insidiosas, apóstrofes gruesos.

El dictador dio un puñetazo en la mesa y contuvo el vocerío, pero cayeron sobre la plateada juvenil cabeza iracundas miradas, y en los labios de algunos compañeros iban a salir expresiones de insulto, que detuvo el airado ademán del hombre de la pipa.

Zarief se fijaba singularmente en aquel joven del que desconfiaban sus correligionarios.

Habló entonces someramente del momento económico un vicecomisario de Hacienda. Con-

tra lo que se esperaba, no acusaban superávit los balances parciales que habían de integrar el amplio de las exportaciones. Se enflaquecía en la crisis mundial el resultado del *dumping* y era indispensable forzar las exportaciones, aumentar el número de los concesionarios extranjeros, gravando sus rendimientos al Estado. Había que preocuparse del comercio urbano, desatándolo de las ligaduras del centralismo, y elegir personal competente en los centros de la colectividad, sin empeorar, por la política, el descontento de los aldeanos, que ocasiona perjuicios económicos incalculables. El hambre es mal endémico en regiones antes indemnes, y al Sur se dan casos de antropófica desesperación... No es posible cerrar los ojos a la verdad, que aparece negra, negra...

Contradecía tales apreciaciones otro de los reunidos. Con suficiencia afectada se refería a notas de sección en el Comité central de exportación, y su optimismo sonaba a falso. En cálculos deslumbradores de fraseología, esgrimía papeles con cifras de millones de millones, producto del *dumping*, que era el genial elemento, "el más genial que hubo en economía", declaraba el hombre dirigiéndose con manifiesta bajeza aduladora al dictador impertérrito.

Se destacó, de pie, el comisario del ejército y la marina —rostro vulgar y ojos de soberbia—, señalando pormenores de cambios parciales en

cuadros de las reservas y expuso su temor referente al espíritu del soldado. "El recluta que sale de las estepas, donde la propaganda de los blancos sostiene la resistencia campesina antigubernamental, no rompe la solidaridad con sus afines los aldeanos, y os aseguro que en los últimos tiempos ha aumentado enormemente el sentimiento religioso en el ejército. Tenemos un setenta por ciento de soldados comunistas, pero creyentes, y que no ocultan sus convicciones religiosas ni las renegarán nunca."

El corazón de Zarief latió con alegría, y un murmullo acogió las declaraciones del comisario.

"Y diré más —siguió—: se falsean las estadísticas de ateos, según he podido comprobar en mi villa de Lugana, siendo cien por cien el número de los creyentes y no el de los ateos que aparecen en las estadísticas locales. Conozco las tropas de mar y de tierra, entre ellas vivo y voy a formular una exigencia: la de que donde quiera se hallen entidades del ejército rojo cesen las propagandas antirreligiosas, y, sobre todo, las mascaradas del ateísmo."

Las miradas de los bolcheviques pasaron rápidas del comisario del ejército al dictador. Este, sentado tras la mesa de antiguo mobiliario, apoyaba su muscular corpulencia en el respaldo de alta silla de cuero. La cabeza del dictador, caucasiana, de estrecha frente, netamen-

te diseñada por el áspero pelo, erguíase recia, con un enigma de voluntad y de fiereza en las facciones acentuadas, y de inquietante calma en los ojos pequeños de gruesos párpados.

Siguió fumando, y hubo una pausa.

Reanudó su relación el comisario del ejército y con seca frase se refirió a la guerra chinojaponesa en Manchuria y a las contingencias de la actitud neutral de la República. La expectación del extranjero viendo el Gobierno callado y espectador de una campaña que usurpa sus derechos en Oriente, se manifiesta con desdén del prestigio militar de la U. R. S. S.

Un expresivo movimiento de hombros marcó el desprecio del dictador por tales apreciaciones, y se inició la discusión con disidencia de opiniones. ¿Debía continuar en expectación la gran República roja, sin defender lo suyo en Manchuria? El pro y el contra de las opiniones se pesaba en la balanza de la pasión, y la atmósfera se cargaba de ideas antagónicas. El dictador gritó ronco:

—¡Silencio!

Sentíase molesto en su abstracción por la estridencia de las conversaciones. Al punto saludó militarmente el comisario del ejército, que salió.

Aprovechando la encalmada, el burócrata del Comité para la exportación insistió en sus tiradas numéricas, dirigiéndose al jefe. Afirmaba

que serían opimos los resultados del quinquenio que de un confín a otro del país extendía la electrificación colosa, base de la inmediata hegemonía mundial de los Soviets.

La servil charlatanería no movió al hombre de la pétrea cabeza de cariátide, surcada la frente por el peso del bloque ideológico que sostenía. Continuaba abstraído y su pensamiento abarcaba las grandiosas, fantásticas proporciones de su obra. Se rendía a la autosugestión de su genialidad y era un obseso de sí mismo.

La entrada en el salón del agente policíaco que aguardaba excitó a los camaradas.

—¡Traición! —fué la primera palabra que se le oyó, y electrizados, rodeáronle algunos de los reunidos.

El chequista defraudó la curiosidad; no traía la llave de la puerta oculta, la de una probable conjura antigubernamental. Las delaciones, el espionaje no habían aportado la prueba del delito. Tenía el convencimiento de que la conjura se organizaba, y se hicieron muchas prisiones. Acaso había un traidor.

La mirada del dictador cayó lenta, baja, sobre Grysza, que no la esquivó y la recibió cara a cara.

—Conozco adonde hay que ir; tengo en mi poder abundante llavero, pero la llave que tengo en una mano no corresponde a la cerradura que aprieto en la otra... Confiad; es cosa de

días, de horas quizá, para que caiga en añicos la puerta que oculta a los traidores.

La afonía del chequista causábale esfuerzo al hablar y se hinchaban, como si fueran a estallar, las venas de su cuello a cada frase de su metafórico lenguaje.

—Ni una rata se escapará del nidal, ya me conocéis. He encerrado a algunos como sospechosos, pero no lo son...

—Es tu manera —dijo uno—: amenazas con descargar el golpe a derecha y lo descargas por detrás, pero se conoce el juego.

—Es la vieja táctica desprestigiada —añadió Grysza, irónico, que, de pie, resaltaba fino, alto, decrépita la melena y juvenil la cara.

—La táctica de la Checa no es ni antigua ni moderna, ¿entiendes? Es suya propia, original —repuso encarándose con el joven el policía—, y si lo dudas, si quieres que te lo demuestre...

Sonrió despectivo Grysza, y en tanto que a un gesto del dictador se le aproximaba el policía, los demás charlaban acaloradamente, disponiéndose a salir.

Terminado el breve aparte del dictador con el esbirro, cogió a éste del brazo un colega presente y saltaron del diálogo estas palabras:

—Precisa reforzar la vigilancia en torno al camarada...

—¿Más?

—Más; hay *mieditis*.

—¿De qué, del aire, de las moscas? Si no sale, si se esconde y es invisible para el pueblo. Lo guardamos como lo han sido los autócratas.

—Todo es poco.

—No estuvo tan guardado Lenin. ¿Hay alguna novedad?

—No son para el dictador novedad los peligros.

—¿El escritor Sergui Pawlowicz?

—Hoy está libre. Mañana veremos. No se comprueba la delación que recibí, pero lo tengo bajo "mi amparo".

Cual ronquido perruno salían de la ronca garganta del policía las palabras, que contrajeron, al ser dichas, la cara chata y triangular de calmuco.

Había terminado la reunión. De la sala —con mobiliario oficinesco, que substituía el palatino, del que eran vestigios los brocados cubriendo las puertas— salían los comisarios y sus subalternos. Grysza era uno de los últimos, y al cerrar su cartera oyó la áspera voz del dictador, ordenándole:

—Tú quédate.

La interrogación que apuntó, como clavo de fuego, en los ojos de Grysza, apagó el acerado frío de las pupilas del déspota. Quedó frente a él, se sentó, puso en las rodillas la cartera y cruzó sobre ella las manos, tranquilamente.

EL HIMNO BOLCHEVIQUE

El misterio de la entrada en el interior del Kremlin no se rompió al salir Zarief, y pudo traspasar las explanadas entre museos militares, basílicas herméticas y cuarteles en el enorme circuito de las murallas medievales. Atravesó la Plaza Roja —que tantas veces acreditó su nombre por las ejecuciones de antaño y la sangre reciente de la revolución— sin detenerse a mirar la momia de Lenin en la mole de su desconcertante sepulcro.

Marchaba apresurado el conspirador, y sus ideas comentaban lo que presenciara en la reunión de los bolcheviques: "También ellos se encuentran divididos por discordias de la ambición y del personalismo, como nosotros. Su jefe, su dictador del momento, sufre de miedo. como nuestros emperadores, y se oculta, cercado por sus pretorianos. ¿Será inexorable fatalidad de nuestra raza la disgregación ideológica, la inadaptación a la realidad y al sentido de las proporciones? Esos revolucionarios que triun-

faron no nos vencieron por razón de una fuerza política y legisladora; fué nuestra debilidad antes y en la guerra; fueron los errores de nuestro sistema, cerrado a la previsión politiconacional, quienes abrieron la muralla a las hordas desmoralizadas por la guerra. Se apoderaron de Rusia inerme, se aposentaron sus cabecillas en la fortaleza de los autócratas y gobiernan como los más remotos de ellos: gobiernan por el terror. ¡Ah! ¡Ese modo de gobierno y de poderío es instrumento de perversión social!"

Los acordes de una charanga se percibían cercanos. Irrumpían en la rúa céntrica las filas compactas de una legión de *Konsomol*, los adolescentes y niños presoldados y ya belicosos propagandistas de la República. Hijos del proletariado y del azar en los arroyos, desarrapados, desnutridos, lamentables; cantaban un himno callejero y profusión de banderas escarlata sobre sus cabezas llameaban en la noche. El coro entonaba los acordes barrocos del himno y la límpida nota de un solo surgía de la última frase, coreada:

Somos los hijos de la revolución,

y el coro respondía, entusiasmado:

somos los hijos de la libertad;
con nosotros empieza
la nueva Humanidad.

Contemplaba desfilar a los mozalbetes Zarief y un vaho de piedad nublaba su vista.

Iban mezclados chicos, muchachas y niños estigmatizados de degeneración fisiológica en los miembros, en las deprimidas o encefálicas frentes, en los ojos con la morbosa exaltación del odio.

"¡Pobres criaturas —pensaba el conspirador—, os han deformado cuerpo y espíritu! Sin hogar, sin Dios, ¿qué medios os han dado para soportar las amarguras de la vida? ¿En nombre de qué principio moral rechazaréis la corrupción? ¿En nombre de qué deberes actuaréis rectamente? ¿En los dictados de la solidaridad social? Vuestros maestros os han engañado. ¿En nombre de la justicia proletaria y de la libertad comunista? ¡Infelices! Vuestra solidaridad es un martillo en manos de los demagogos, con el que golpean las masas. La justicia proletaria... Se denomina así el encarnizado odio de clases. La fraternidad entre vuestros jefes no existe. La libertad de vuestra República no existe.

Pasaban los reclutillas adolescentes, altaneros, marciales, orgullosos y alegres de su destino. Se alejaban los *Konsomol*, derechos a la Plaza Roja. Sonoras, alzábanse las voces del coro en conjunto sugestionador, repitiendo la frase del triunfo y la del mesianismo bolchevique:

Somos los hijos de la revolución,
con nosotros empieza
la nueva Humanidad.

....

Dos días pasados desde que Zarief, oculto en el Kremlin, había visto y oído a los rojos, una noticia daba relieve dramático a lo tratado por ellos con relación al comisario Sergui, sospechoso de intrigas antibolcheviques. Sergui Pawlowicz, de pura historia leniniana, con singular prestigio de inteligencia y de carácter en el partido comunista, se había suicidado.

Reunió a cenar en su modesta y estética vivienda a algunos de sus íntimos, con los que conversó amenísimo.

Su ardiente elocuencia de tribuno, que contribuyera a los primeros éxitos de la revolución bolchevique, se manifestó esa noche, punzante de ironía y de desdén hacia los primates rojos. Definió hombres y situaciones con frases de sarcasmo, sin abordar la crítica razonada, y en pie, franca la expresión, alta la copa, dijo:

—Brindo por los camaradas ausentes, por los que no han de volver del mar de hielo... Brindo por mi querido camarada Grysza, encerrado en una mazmorra del Kremlin, culpable de ser mi amigo. Brindo por los desengañados que se van...

La cultura intelectual del comisario —periodista en ocasiones y de nacimiento poeta— dis-

trajo horas a sus invitados con sales de su ingenio satírico. Ya tarde despidiéronse los compañeros del locuaz anfitrión hasta el día siguiente. Uno de ellos, rezagado, lo vió ante un espejo desperezarse y bostezar tedioso. Momentos después se pegaba un tiro.

Pocas líneas dirigidas al dictador contenían acusaciones y un testamento ideológico así rubricado: "Me voy asqueado de vosotros."

El suicidio del popular comisario excitó la turbulencia política y acreció las escisiones y el descontento en diversos núcleos del encumbrado sovietismo.

La vida social en Moscou se desenvolvía tempetuosa arriba, y en los fondos con pestilencia de aguas estancadas.

IDILIO BOLCHEVIQUE

Se complicaban las circunstancias de los emigrados rusos con la guerra —que arreciaba— entre el Japón y la China. La lucha en Oriente entrañaba importancia suma y trascendental. El Japón tenía a su lado legiones de rusos refugiados en Siberia. Su Estado Mayor colaboraba en los planes japoneses, y muchos generales prestigiosos del zarato asesoraban a los del Japón en sus designios de Manchuria.

Un convenio de rusos y japoneses constituiría la gran esperanza de los expatriados: conseguir territorio y afianzamiento nacional a las puertas de Rusia asiática. Zarief, enterado de los pactos y de las posibilidades que aquella campaña les daba de realizar sus anhelos patrióticos, seguía al día las operaciones en Manchuria, sabedor de sus fases, para cuyo desenvolvimiento había sido demandado su consejo como eminente estratega en la guerra mundial.

Con relación a la campaña japonesa, supo el conspirador de rumores salidos de su propio campo, rumores de substitución inesperada. Su-

surrábase que se le confiaría el cumplimiento de una misión cerca de los contingentes en Siberia.

—Sé de dónde viene el disparo. Mis colegas del Consejo ejecutivo me censuran; quieren otra táctica en Ukraina; son partidarios de esperar el sonoro clarín de la conjunción universal antibolchevique, y son unos imbéciles. Ignoran, cerrando los ojos y tapándose los oídos, que por ellos hablan los cabecillas de Moscou, que hacen el juego de éstos, sin desarmarlos, y vamos a la derrota...

Así sonreía sarcástico Zarief a sus ideas, que lo excitaban.

—La intriga, el arma oculta, emboscada... La camarilla de las antesalas palatinas, que adula y engaña a los pretendientes de tronos y a los reyes, se alinea frente a mí, agresiva. Es lo eterno de nuestra historia: la maldita soberbia de una casta malogrando el esfuerzo individual. Hace tiempo que vislumbré algo; aumentaban los desconfiados en mis proyectos. El momentáneo retroceso en Ukraina lo manejan como espada de Damocles sobre mí... Pero ¡qué importan los cortesanos ineptos! Serán arrollados por quienes tenemos fe en los campesinos, que son alma y cuerpo del país. Es al señor, a nuestro egregio jefe, al que iré a ver en su residencia de Francia y le expondré minuciosamente y en extenso los resultados de nues-

tra labor. "La Hermandad de los buenos rusos" es la organización formidable, la única que regenerará el pueblo, y con el pueblo, levantará un día el trono para el juvenil heredero de la dinastía Romanoff. El señor me conoce y decidirá.

No decayó el ánimo del conspirador, convencido de la oposición en algún núcleo de los suyos, expuestos al influjo de los pesimistas, y prosiguió el trabajo en Moscou.

Su documentación de ingeniero alemán —Rudolfo Weimar— proporcionábale holgada semilibertad confundido con los tres millones de la población, desparramada en área extensísima y poco densa en algunos confines de la capital. Weimar, aunque mal trajeado para borrar el burguesismo de su clase profesional, apuraba el transformismo de circunstancias alternando su personalidad de la "inteligencia" con la proletaria de mecánico —Iwan Iwanowicz—, chófer de un taxi de carrera. Disfrazado de chófer —y un par de veces de soldado— cambiaba el conspirador de albergue, y pasó noches de observación en las calles. Las entrañas del bolcheviquismo urbano pulsaban en las manos del aristócrata. Su mirar se detenía singularmente en las operarias de las fábricas y en los niños.

La miseria, soportada apáticamente por la multitud femenina; la depravación del sentimiento infantil en las escuelas, atormentaban

al patriota. Por momentos le parecía tener a la vista un gigante artefacto de pirotecnia, que sus ruedas llameantes con rotación vertiginosa recogían de abajo al pueblo, volteándolo, descoyuntándolo, y de las ruedas caían triturados sus miembros... Era aquella visión el *carroussel* infernal de la muerte.

....

Al subir Zarief a su albergue —cedido por compañero de organización— halló en el patio una mozuela flacucha, de inocentes ojos color de ámbar. Denotaba impaciencia, avizorando las puertas que confluían al extenso patio entre escombros del suburbio, que había calcinado un incendio.

Se reunió con ella joven obrero y conversaron cogidos las manos, mirándose con arrobamiento.

Era simpática la parejita amorosa bajo los ramajes muertos del olmo arraigado en el polvo de un arrabal inhabitable.

Zarief, desde el ventanucho de su cuarto, vió al muchacho besar en las mejillas a la chica, dirigiéndose a la escalera. Subieron, metiéronse en la habitación contigua —la mitad de un desván que dividían en dos compartimientos troncos sin descortezar— y sonó voz agradable.

—Es grande esta habitación para ti, Sonia; vives como una burguesa y no puede ser —fueron las primeras palabras del muchacho.

—Bromeas. Estamos tres aquí; pero a mi compañera Nadzia se la llevaron tísica, a curarse, y Marja, la mayor de las tres, ha ido a la Maternidad.

—Y os traerá un chiquillo.

—No, no hay chiquillo; Marja no quería tenerlo, y se lo hizo sacar. Resultó mal la operación...

—Pero si es tan sencilla.

—Y que todas hacen, cierto; pero Marja murió; la pobre murió.

—¡Ah! —exclamó el joven, y se aproximó a Sonia, cogiéndola por el talle—. Tú no harás tal, pequeña mía... Es grande este cuarto para ti sola y me vengo a compartirlo contigo. ¿Quieres?

—Según —sonrió ella.

—¿No quieres?

—Sí, pero antes de que vengas iremos a la Comisaría a casarnos.

—¡Burguesa! Claro que iremos a inscribirnos según tu voluntad y la mía, pues tú no eres en este punto mejor que yo. El amor libre y la jerigonza de tener cada día otra mujer lo combatimos nosotros los *Konsomol*, las masas juveniles disciplinadas en la depuradísima escuela bolchevique. Lenin en toda la vida no tuvo más que a su Krupinskaia.

—Hizo bien.

—Nosotros, hijos de la revolución, los mi-

llones de mis camaradas en todas las Repúblicas de la Unión, hemos de imitar a Lenin. De modo, mi dulce Sonia, que mañana o pasado, cuando gustes, nos inscribimos maritalmente en la Comisaría, y ¡a vivir! Te amo de veras, Sonia.

—Y yo a ti, mi Alexi, hace tiempo, desde siempre..., desde que de chiquitilla entré de aprendiza en la fábrica cuando me echaron del asilo de huérfanos. Eramos niños, ¿te acuerdas? Seré feliz contigo; no te emborrachas. En la cooperativa de la fábrica compraré, con algunos ahorrillos de mi jornal, una almohada para ti y alguna silla. Estas no son mías; la mesa, sí; pero el armarito y las mantas gordas pertenecen a la compañera Marja. Vendrán sus hermanas a vivir aquí.

—O no. Que se lleven los trastos, compraremos otros...

—Mejor. Trastos viejos, pero arregladitos, no serán caros.

—Nos arreglaremos a gusto.

—¡Qué feliz soy!

—Y yo.

Se besaron, y desprendiéndose de los brazos de Alexi, dijo ella:

—¿Sabes? Tengo que decirte algo... muy de dentro, escondido...

—¿Qué es?

—Es un secreto.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Ha habido otro antes que yo?...

Estúpida, has debido declararlo. ¿Quién es? ¿Dónde trabaja? Si es un *Konsomol* como yo, un camarada, lo dejaré en paz. Un *Konsomol* es más mi camarada que los demás del partido; es más mi hermano que los otros. Pero me avistaré con él y me informaré de su conducta.

—Es a ti a quien amo.

—Y al otro; a mí después del otro...

—Si no hay otro.

—Mira lo que dices, Sonia. La falsedad, el engaño en materia sexual no está consentido entre nosotros. La libertad, no el libertinaje, entre hombres y mujeres es ley. Tenemos libertad, y no hay por qué mentir y ser desleales. Tenemos conciencia verdad, la conciencia de la revolución, que no tolera la hipocresía. ¿Entiendes?

—Mi secreto, lo que quiero... decirte no se refiere a lo que supones...

—¿No? Qué raro; habla.

—Es que yo... creo en Dios.

Una carcajada de Alexi contestó a Sonia.

—¿Crees que hay Dios? ¿Cómo has llegado a tal absurdo? ¿Quién te ha quitado el raciocinio, metiéndote en la mollera la estupidez, esa perturbación? ¿Dónde aprendiste?

La voz del joven proletario se alzó enérgica y desagradable. Intimidada, Sonia repuso:

—Ya en la escuela del orfanatorio muchas niñas rezaban.

—¡Ah!, se infringía la vigilancia pedagógica.

—No te enfades —murmuró, asustada, Sonia.

—Explícame, declara...

—Te explicaré, pero no nos descubras... En el orfanatorio rezábamos por nuestros padres. No los conocimos; somos del arroyo... Rezábamos por nuestros padres y por los enfermos. Eudoxia, una muy chiquita, hizo con trapos preciosa figurita, que cada noche escondía una de nosotras en la hierba de la almohada. Era una imagen del Niño Dios, decía Eudoxia.

—Estúpidas. ¿Y no os castigaban por ese juego ridículo?

—Lo ignoraban las celadoras; sólo una maestra debía de saberlo, pero callaba. Tenía ojos de rezar mucho y era cariñosa para todas las asiladas.

—¿Cómo se llama esa maestra?

Sonia no respondió en seguida.

—¿Su nombre?

—No recuerdo...

—Pues has de recordar o me voy.

—De veras te digo que no me acuerdo; nosotras, las pequeñas, la llamábamos *Matuchka*, madrecita.

—Idiotas —repitió irritado el obrero.

—Si conocieras a *Matuchka* no te incomodarías con ella.

—No. Unicamente la daría una paliza y a la cárcel por contravenir las leyes de la Repú-

blica, por perversión de menores, y encerrada, a morir en el mar de hielo.

—Eso dices porque te has incomodado conmigo, pero no lo harías. ¿Qué daño ha hecho *Matuchka* a nuestras leyes? ¿Qué mal te hizo enseñándonos a pedir a Dios por los hombres? Verás el santo rezo en una estampita de la Madre de Dios y te convencerás que no hay daño en las oraciones. Mira qué precioso está el Niño en brazos de su Madre, la Virgen de Kazan.

Zarief, adormilado en un catre, percibió el roce de unos papeles y las alteradas palabras del joven.

—¿Tú guardas semejantes mamarrachos? Mira lo que hago con ellos —los rompió, los pisoteó—: así... así...

Pisoteaba, hecha trizas, la imagen, y Sonia sollozó:

—¡Ah!, mi divina Virgen de Kazan.

—¿Qué haces? ¿Te inclinas a recoger los pedazos de ese papelucho?... No lo permito, no; levántate, te obligaré por fuerza... ¿Y qué es esto que cuelga de tu garganta?

—Una medalla. La medalla de Cristo Redentor.

—Fuera esa hojalata, no la escondas; te la arrancaré... de este modo.

—Me hieres, me ahogas con la cadena... Suéltame, por favor.

Dominando los lamentos de Sonia, se oían

las palabras iracundas, ultrajantes del mozo. Zarief dió con el puño en los tablones y salió a la defensa de la maltratada. Al punto abrió su puerta, encarándose con el importuno.

—¿Cómo te atreves a golpear a una mujer?

—No es a ella; es a sus fetiches a quienes destrozō.

Zarief vió tendida en el suelo a Sonia y entró a auxiliarla.

—Tú no haces falta aquí; vete.

—Me voy, pero tú... no seas un mal hombre. Llora tu novia y sangra su cuello. No seas un mal hombre.

Bajó la cabeza el joven y habló con cortedad:

—Tienes razón, me exasperé. Es que hay cosas imposibles de soportar

Volvióse a Sonia; la besó, diciéndola mansamente:

—Te amo, Sonia; nos inscribiremos en la Comisaría, pero no me hables de patrañas antibolcheviques. Yo te demostraré que es una farsa la religión, y si no te convenzo, te llevaré a oír a Lew, el eminente comisario que fué instructor de nuestros *pioner*, nuestros reclutillas, y ahora explica un curso de ampliación en el club de los metalúrgicos a sus antiguos discípulos. Te aseguro, Sonia mía, que la religión es el opio de la inteligencia y que la burguesía ha inventado esa mentira de que hay Dios.

¡QUIERO MATARTE!

Proseguía el aristócrata conspirador afianzando las posiciones de sus huestes, acelerando combinaciones de personal y ratificación de resistencia pasiva en el Sur.

Avivaba sus gestiones convencido de que no era prudente prolongar demasiado su estancia en la capital roja. Aquellos días de agitación antisoviética, ahogada en persecuciones, no favorecía el incógnito del luchador, llamárase Rudolfo Weimar, ingeniero alemán, o Iwan el chófer; pero ultimaba felizmente el traslado de Alix a lugar conveniente del extranjero. Algunos instantes le sorprendía un dulce deseo de volver a verla, e imaginaba encontrarse con ella traspasada la frontera de Rusia. La conduciría al sanatorio, donde volvería a la salud. Su carita de cera se tornaría lozana; su boca reidora no se contraería disimulando la tos como la triste noche de su visita. Su cuerpo enflaquecido tornará a la graciosa plenitud —soñaba el

hombre—, a su encanto original, que, cual ánfora entreabierta, esparce aromas deleitosos.

Sí, se encontraría con Alix, que, bien cuidadada en clima benigno, sanaría, y luego...

El tropel de los problemas que acuciaban al conspirador cerraban la lejanía hacia la cual volaba y lo encadenaban a sus responsabilidades. Pero Alix iba con él, la llevaba en su mente y en su temperamento varonil, naturalmente sensible a la atracción femenina.

....

La tarde era de nieve mal cuajada y viento blando; vagos anuncios de que la primavera intentaba arrollar al forzudo dios del invierno.

Por despoblada vía del extrarradio guiaba su desvencijado Ford de alquiler el aristócrata, vestido con burdas prendas de proletario cochero. Iba de retirada al albergue, compartido con uno de los suyos, supuesto mecánico con quien llevaba a medias el negocio del taxi.

En la ladera tortuosa, al límite de largo macizo de mimbreras arraigadas en fangales, aislábase una casita de viejas maderas, con cobertizo a la espalda. En él entró Zarief, dejando el coche, y le salió al encuentro el amigo, que le anunció esto:

—Merodea, desde anteayer, un individuo que espía la puerta. Se esconde de día, pero no está lejos.

—¿Su tipo?

—Un desarrapado. No he ido tras él para observarlo.

—Bien hecho; pero ahora salgo yo a ver si quiere algo de mí. No me agradan las sorpresas.

—Aguarda; creo que por las escombreras alguien viene hacia acá.

Un hombre es, y se tambalea, chapoteando en el barro de nieve.

Se adelantó Zarief y exclamó, reconociendo al hombre que se aproximaba apresurado:

—¡Fiodor Fiodorowicz aquí!

Encorvado, cauteloso, avanzó; se abalanzó a Zarief, y un cuchillo brilló en su mano.

—Muere, porque tú...

El agredido, que sintió rozado su hombro por el arma, sujetó al aldeano y lo derribó en tierra.

—Perro furioso, ¿qué haces?

—Vengo a matarte porque has quitado la luz de mis ojos. La palomita de Dios te amaba, no podía vivir sin ti... Tú no llegabas...

—¿Qué dices? —respondió Zarief, sacudiendo al caído.

—Vine a matarte porque ella sufrió por ti...

Espasmo nervioso detuvo las palabras del mísero, que los pies del otro oprimían en tierra.

—Perro, di la verdad.

—¡Me ahogo!... Agua.

Se apartó Zarief, llamando al amigo, y la mano trémula de Fiodor se extendió, agarrando el cuchillo.

Lo vió Zarief y a patadas se lo hizo soltar. Pisaba, pateaba al agresor, diciendo:

—Di la verdad, o te aplasto. ¿Qué sabes?

—Te mataré —respondió en un ronquido Fiodor.

—Di lo que sabes...

Callaba, y Zarief, pisoteando el cuerpo, descargó en la cabeza los puños apretados, y alcanzando un leño de los hacinados en el sitio, apaleaba al mujik, diciendo:

—Te atreves a tu señor... A ver si me matas ahora.

Le dió un tremendo puntapié al mujik, que se retorcía. Lanzó éste un alarido. Cerráronse sus pupilas aterradas, sus labios pronunciaron algo borroso y quedó rígido.

Transcurrió algún tiempo y sacudió Zarief al hombre. Levantó éste las manos al pecho, rasgándose las vestiduras; intentaba hablar y no podía; las palabras hervían en su garganta, sin salir. Estremecióse, sobrecogido por transición psiquica de lucidez, y clamó, abiertos, claros, los ojos:

—¡Ah!, la luz viene a mí... Veo... ¡Perdóname! —Amedrentada, sonó la voz—. Perdóname, señor, y castígame; dame la muerte por mi pecado... Escúchame.

—Di —repuso Zarief encalmado, pero amenazador todavía.

—La dulce señora que te amó... se fué, se durmió en la eternidad...

—¡Cristo! ¿Qué? ¿Cuándo? —tembló la frase de Zarief.

—Cuando... Yo la vi... Se fué... Estaba enferma y algunos días muy alegre... Iba a marcharse... Yo no lo sabía, nadie me lo dijo, pero adiviné. Se iría, y yo no quería que se marchara. Allí la veía yo y la servía como siervo suyo. En la escalera que una sola vez subiste para ver a la palomita solitaria yo pasaba las noches, tras caminatas largas, velando su sueño. Una noche... Varias noches seguidas se quejaba, tenía cansancio y no podía levantarse. Irina le dió el icono del milagro, y ella, la madrecita de mi corazón, lo besó muchas veces. Sus manos, extendidas a lo largo del cuerpo, eran azucenas... Las besé, tenían calor. En un suspiro te nombró, y abrió los ojos, sonriendo.

—¡Cristo de misericordia!

—Irina encendió el cirio del Tránsito, y rezamos..., lloramos rezando... Besé sus manos... Ya no tenían calor. La palomita del Espíritu Santo murió. Una obscuridad envolvió mis sentidos. Una voz me habló en el pecho: "Tu señor la hizo padecer, hasta que su corazón se rompió", y yo respondí a la voz: "Pues mi amo causó la muerte de la palomita preciosa, yo clavaré en su cuello mi cuchillo como lo hice a mi

Umny, a mi hermano de la estepa." Castígame... ¡Quítame la vida por mi maldad!

—¡Alix, ella!... —susurró Zarief.

—¡Yo la guardé donde nadie la vea jamás!

—¿Qué has hecho? —dijo Zarief con susto.

—¿Querías robármela? ¡No, no lo harás! —gimió arrastrándose Fiodor—. Yo la llevé en mis brazos a lo hondo de una cantera abandonada, donde descansará hasta el día de la resurrección.

—¿En qué lugar?

—Allá..., en cama de ramas de pino y brezos, en lienzos vírgenes de lino. Tapé el sepulcro de la santa, y sólo yo sé cómo llegar a él.

—¡Ah!

—La palomita murió por ti.

—¡Calla!

—Murió de amor por ti, señor.

—¡Desventurada! ¡Desventurada! —clamó Zarief, incontenida la emoción y apartándose vacilante.

—Tú también padeces, y yo te ofendí; vine a matarte, vine en tu busca, con la maldad en la intención. Sabía dónde hallarte, porque el servidor de los buenos rusos, el "pies descalzos" averiguó... Perdóname, dame tu perdón.

—Déjame —ordenó Zarief, apoyándose en la pared y caída la cabeza.

—¡Oh! ¡Desgraciado de mí! No puedo irme

sin prueba de tu misericordia. Escúchame... Apiádate...

En la semiobscuridad del crepúsculo veíase estremecerse al mujik y desfigurarse su rostro.

—¡Repíteme, dime de ella! No puedo creer... ¡Murió sola, sola!...

Era insondable el dolor que esa exclamación contenía. Inconsciente, la mano del triste apretaba en el hombro la rasgadura de la cuchillada y en la siniestra escondía la frente.

Seguía Fiodor su incoherente lenguaje, súplicas, expresiones de humanidad primitiva, y Zarief le interrumpía, insistiendo con ansiedad:

—¡Háblame de ella, de ella!... ¡Murió sola!

Las horas de la noche pasaban oyendo Zarief a Fiodor repetir como un rezo:

—La santa se durmió y aguarda el juicio de Dios en un trono de ramajes de pino y lianas siempre vivas. Descansa en paz, como los cristianos del principio, en escondidas catacumbas.

Era vecina la madrugada; Zarief se dirigió a la casa y Fiodor lo miró consternado.

—Me abandonas, señor. ¡Oh! ¡No me maldigas! ¡Perdóname! ¡Ten piedad de mí!

—Vete con Dios —repuso calladamente Zarief, desapareciendo en la puerta de la casa.

Entró en la única habitación del bajo y se

desplomó en un sofá, hundiendo la cabeza en las almohadas.

—¡Alix, mi Alix infortunada! —murmuró en el abandono del llanto...

Llanto de hombre, que es el más conmovedor de cuantos lloran las criaturas.

....

Fiodor Fiodorowicz quedó solo y siguió hablando cual si tuviese delante a Zarief.

—¡Perdóname, señor!... Me olvidé..., soy perjuro. Mis padres y mis abuelos sirvieron, siglos, a los tuyos, y de ellos recibieron libertad y hacienda. Yo profeso en la vieja fe, como mis padres y mis antepasados; yo quise matarte, verter tu sangre. ¡Castígame! Viviré en penitencia lo que me reste de estar en el mundo. Ya veo la divina luz... ¡Dios todopoderoso, compadécete de mí!

El aldeano se levantó penosamente, se persignó tres veces y, agarrando su cayado de mendigo, echó a andar, nieves adelante. Marchaba despacio y respiraba con fatiga. Los ojos palidecían hundidos en las cuencas arcillosas, y en la pajiza barba tenía rayas de ocre, hilos de sangre fundida en lágrimas.

Marchaba anhelante, desgarradas las vestiduras, más mísero mendigo que antes, más infeliz "pies descalzos" que antes.

En el silencio de la soledad percibíase, cual plegaria de penitente, la frase del caminante.

—¡Descansa en paz la dulce señora, la madrecita de mi alma, y yo, en mis brazos, la llevé al sepulcro! ¡Yo guardaré su sepulcro siempre, siempre, y después de mí!... ¡Lo guardarán los ángeles hasta el día de la divina Resurrección!

LA ETERNA NOSTALGIA

Zarief ultimaba sus arduos quehaceres en Moscou, venciéndose, avasallando en su fuero interno una turbación que le oprimía, como si ligaduras coartaran su libertad. La muerte de Alix quebrantaba su incólume fortaleza.

Había muerto sola, pensando en él, con su nombre en los labios, precisamente cuando iba a salir de Rusia y se encontrarían. Alix, viva y amante en Petersburgo y en París. Alix, enferma, ocultando, valiente, su mal, la última vez que la vió, eran evocaciones paralelas o confundidas, que atormentaban a Zarief. Aquellas visiones de deslumbrante plasticidad se apoderaron del hombre y le sugirieron una ficción psicológica, una ilusión sentimental: la creencia de que había sido la muerta la mujer amada.

—¡La amé, la amé mucho! —se decía Zarief en una exaltación engañosa.

No. Ella le había seducido, había sido en su dura existencia de guerrero y político la irresistible atracción femenina; la había querido in-

termitente, pero el amor íntegro, de divinidad, no había encendido su llama en el árido corazón de aquel soldado. La nobleza de su carácter, aliada a la compasión y al remordimiento por la suerte de Alix, actuaban confusamente en su espíritu y engendraban la inconsecuencia afectiva, la ficción así manifestada: "Amé siempre a mi Alix; la amé, y necesitó mi corazón su hechizo y su alma. ¡Qué angustia, qué soledad sin ella!"

Era aquella angustia la precursora de la soledad y el abandono en la existencia del varón que ya pasó la juventud y que pierde la mujer. La mujer, más o menos amada, pero ardiente centro egotista del hombre, y lógica del ilógico sentir masculino.

—¡Mi desgraciada Alix, te amé siempre! —gemía el hombre, hundido en el silencio.

El canto había cesado. La melodía inefable calló y el oído seguía atento, anhelando escucharle. ¡Oh!, el canto no había de volver jamás.

....

Zarief vivía las emociones del encuentro con Fiodor, las de sus confesiones y el bruto ataque. El campesino, fiel servidor de años, había intentado asesinarlo, y tal hombre había enterrado a la desventurada Alix. ¡Qué triste destino el suyo!

Zaríef se repetía: "Es insondable el fondo pasional de estos rústicos; insondable, de capas

movedizas que arrojan barro y fuego a la superficie. Insondable de posibilidades del bien y del mal. ¿Cuántas generaciones pasarán hasta que se consolide la mentalidad de las masas, sus instintos, que hoy depravan los explotadores de un pseudo humanitarismo revolucionario? Ese mujik que mis padres criaron, que es uno de los iniciados a la labor salvadora de nuestro país, se prenda insensatamente de su señora, levanta el puñal contra mí, y cuando le castigo vuelve a la razón. Ayer, al knut despótico obedecían; hoy, al absolutismo rojo, y son iguales siempre los hijos de la estepa. Ni amor ni odio hay en ellos, y a ellos, como a los proletarios de las ciudades, precisa formarles la conciencia, se necesita humanizarlos. ¿Quién lo hará? Los rojos, imposible. ¿Nosotros? ¡Ah, nosotros!..."

Un instante de depresión nerviosa cortaba el vuelo al entusiasmo del conspirador.

Le advino, en aquellos días, una orden del jefe dinástico, y persistió en la memoria de Zarief la actitud y el tono del personaje que verbalmente se la transmitiera.

"A Wladimir Konstantynowicz Zarief se le nombraba delegado, con misión especial a Manchuria, y había de partir inmediatamente."

El hombre de guerra y de disciplina que era Zarief acató impasible la decisión, pero diciéndose amargado: "Han vencido las intrigas de quienes tienen fe en la conflagración antisovie-

tica. Se desengañarán, y pese a su timidez personal en la lucha, es la "Hermandad de los buenos rusos" la que proseguirá su obra, porque el impulso adquirido no la deja pararse. La extensa iniciación campesina es un hecho, y la resistencia rural al régimen del colectivismo a muerte entraña tal dinamismo, que ya sin nosotros mueve las almas, y regiones enteras se oponen a la política gubernamental. Yo me alejo, lo manda quien puede; me iré, pero quedan los míos, los héroes, los mártires, los que en el propio esfuerzo nacional y no en los egoísmos extranjeros fían el destino de Rusia. Cierto es que en Siberia y Manchuria nuestro generalato va a conquistar el territorio donde se reúnan nuestras falanges de emigrados dispersos por todo el mundo. Con ellos, con los bravos que allí pelean estaré yo. Allí se ha de decidir el porvenir de los Soviets y el de Rusia al día siguiente de la derrota bolchevique. Me incorporo a las tropas blancas, pero volveré aquí. Allá o en esta tierra de mis mayores serviré a mi patria. La serviré sin olvidar, ¡oh!, no, a quienes en emboscada palaciega desprestigian la obra de mi vida. Salir de Moscou, dejar Rusia; ¡ah! ¡Si antes pudiera decir adiós en su tumba a la muerta inolvidable!", pensó Zarief, aquejado de momentánea sobrexcitación amorosa.

Su tensión de espíritu como hombre de acción iba a alcanzar, al partir, la máxima curva

de esfuerzo, y antes, un segundo antes de la entera posesión de sus facultades anímicas y de su recia volición guerrera, vibró en su mente un eco de poesía, una reminiscencia melancólica.

Alix se despidió de él en la capital eslava, al dirigirse sigilosamente a Rusia y adentrarse en sus estepas con misión de propagadora antibolchevique. Lloraba Alix. El, impaciente —porque es enfadoso el don de amor que no se demanda—, le hablaba de la noble lucha a que se consagraba, del dolor de los rusos en la emigración y en el infierno comunista. De los labios del conspirador salió la frase sintética de su actitud, el verso de Slovacki: "¡Quién piensa en las rosas cuando arden las selvas!" Y ella, Alix, contuvo un sollozo, bajó la cabeza y se alejó.

El recuerdo punzante de aquella hora lejana impresionó a Zarief. Le persiguió la imagen de Alix, amante y afligida:

—¡Ya no vive! —se decía nostálgico de ella, y más que de ella, del culto, del amor que le había inspirado y que murió con ella.

Impuso silencio a su tristeza de íntimo abandono que le penetraba y repitió, corroborando la sentencia del desdén que oyera Alix al despedirse:

—¡Ah, es verdad, arden las selvas; no pensemos en las rosas!

....

No preocupaban al conspirador las advertencias de sus amigos. Creían ellos que su incógnito en Moscou podía ser descubierto y que no debía retardar la marcha.

El hombre que afrontaba los peligros, sorteándolos en la angosta senda donde le disputaban cada paso la Vida y la Muerte, no se amedrentó ante el redoblado terrorismo, con ocasión de extensa leva en descubrimiento de agitación contrabolchevique. A Moscou le ataban vínculos de origen y de historia que prendían su espíritu a la ciudad de su infancia y de sus antepasados, al solar de sus creencias, que profanaba la impiedad. Sentía el apremio de recorrer rincones queridos, las arcaicas avenidas con impalpables huellas de la realeza que las animó y le asaltaban remembranzas de su patricia juventud, de sus alegrías como soldado del gran imperio.

Gustaba de pisar las márgenes del río Moskwa, que se retuerce bajo las almenas del Kremlin; se paraba, extasiado, ante los bloques rojizos de sus poternas. Respiraba en el aire abrileño olores a resinas selváticas y percibía, transido de entusiasmo, notas musicales de los conciertos y de las representaciones populares.

La música de los compositores rusos le apasionaba, exacerbaba sus añoranzas y le sugería recuerdos de Alix. Con ella, que cantaba deli-

ciosamente canciones populares, había oído en París a los célebres concertistas rusos.

Se había propuesto el conspirador no pensar en las rosas; pero el mural más duro del corazón lo traspasa el rayo de la melancolía por el bien perdido.

En los museos despojados no había entrado Zarief, para no mermar, con la falta de obras predilectas, la impresión del conjunto glorioso de las pinacotecas. Pero la música, la expresión lírica del genio nacional, que no había podido ser mutilada por el comunismo, embelesaba al luchador con la caricia pura del arte. Dolor y placer, desencanto y esperanza eran estados psíquicos del hombre que había perdido su patria y que la encontraba, volvía a ella y la adoraba en las sugestiones cordiales de himnos y cantares imperecederos. Emocionado, Zarief estrechaba en un abrazo infinito de ternura aquellas multitudes de hombres macilentos, de mujeres escuálidas, de niños desamparados que encontraba en las plebeyizadas vías de Moscou, dándoles el consuelo de la promesa de felicidad.

Se despedía exaltado de amor por su patria el desterrado. Decía adiós a los árboles y a los pájaros supervivientes de la invernada, que piaban pidiendo la limosna de unas migajas. Adiós decía a la catedral de la Asunción, a cada una de sus torres blancas, que, como hijas, se estrechan a la madre. Boyardos y guerreros de

la estirpe del desterrado yacían en las criptas sepulcrales de la basílica cándida, la más bella de Moscou, y Zarief los saludaba diciéndoles con el pensamiento:

—Dormís en la tierra santa, en la vuestra..., creo que tengo envidia de vosotros.

En su deambular mañanero por barriadas fabriles le sorprendió una detonación formidable. Se paró, atento, y otras más débiles ocurrieron. Saltaban y caían en torbellinos de polvo y fuego las cúpulas de la basílica del Salvador. La destruía la dinamita bolchevique. Corrió Zarief, con un impulso desatentado de luchar a muerte con los iconoclastas. Llegó, y la serenidad dominó su ira.

—La vida —razonó— no es para darla a los enemigos en un arrebato. Hay que defenderla para pelear con ellos y vencer.

Mezclado a los trabajadores, pasó su mano acariciando los pétreos bloques descuajados, los fragmentos de capiteles preciosos, el cascote con partículas del bronce fúlgido de las cúpulas y el polvo de mosaicos bizantinos. En los informes montones de paredes y cimientos calcinados había trozos de muros con pinturas al fresco de santos y de patriarcas. Torsos hendidos, manos y pies arrancados del cuadro veíanse en el suelo barrenado y humeante.

¿Cuánto tiempo pasó Zarief ante ellos? No sabría precisarlo. Atardecía cuando, idos los

operarios, quedó solitaria la explanada del magnífico templo volado.

Rara sensación de fatiga acometió a Zarief. Un trozo de reja despedido por la explosión llamó su mirada. Se acercó, y en una piedra, junto a los retorcidos hierros —retorcidos cual brazos en tortura carbonizados— se sentó y quedó abatido en cavilaciones amargas. Sentía un difuso dolor, el del creyente y el del amigo del arte ruso, a presencia de aquellas ruinas.

"¿Qué hombres son los que se atreven a tanto y no son derribados por otros? No hay hombres en el mundo —concluyó con dislacerante pesimismo—. Los hombres supervivientes de la catástrofe guerrera no se han corregido, siguen cultivando el poder de la fuerza y del oro. ¡Oh, nosotros somos las víctimas de ellos y de nosotros mismos también! ¡Han sido tan graves nuestros errores! Y en la desgracia se dividen nuestros emigrados, carecemos del arma invencible de los pueblos: la unión, la fuerza de la unión."

Alguien rozó su brazo, y levantó la cabeza Zarief. Vió a su lado un obrero, y no se saludaron. Pero al levantarse Zarief, dijo el otro, mirándole insistente:

—Era hermosa la basílica del Salvador. Más hermoso será el palacio de los Soviets que en su lugar edificaremos. Buena idea es la de ese palacio aquí, ¿verdad, camarada?

Se encogió de hombros el interrogado, alejándose. Bastante alejado, volvió la cabeza con curiosidad del desconocido, en el instante en que el desconocido se volvía a mirarle.

—¿Es un necio del proletariado? ¿Es un agente de la Checa, que me espía?

La posibilidad del inmediato peligro avivó la reciedumbre varonil del conspirador, que marchaba sereno.

....

Aquella misma noche montaba en el transiberiano un ingeniero alemán, Rudolfo Weimar, que de Moscou se trasladaba a los Urales a trabajar en las obras famosas de la electrificación y las construcciones del proyecto staliniano.

Este Rudolfo Weimar era el *auténtico* de ese nombre y condición que encubriera con ellos al conspirador y que, por el momento, le cubría la retirada. Una fiel complicidad de ideas y de fines hacía factibles tales ficciones y ocultación de personalidad entre los aliados de una grave conjura.

Horas antes de arrancar de Moscou el transiberiano, pasaba la frontera de Finlandia el bravo conspirador de los blancos.

En un puerto de Europa central iba a embarcarse con rumbo a Oriente.

EN ALTA MAR

El vapor, en larga travesía, había hecho sus primeras singladuras con bonanza. No era uno de esos monstruos de las Compañías trasatlánticas que con su potencia inverosímil desafían el temible poder de los océanos.

El mar se dejaba surcar por el barco modesto cual si no pesara en sus ondas la rugidora máquina, ni desgarrase sus apretadas corrientes la quilla del barco mercante.

Una noche que, cerrada en tinieblas, era propicia al diálogo, al sigiloso y enigmático diálogo del mar con los barcos que lo humillan y lo profanan. Hallábase muy lejos del puerto la embarcación, en la inmensidad, que parece llenar el mundo, de los océanos. La niebla envolvía, agrandando con fantásticos contornos, las siluetas de unos hombres que maniobraban a bordo, y misterio de tragedia aquietaba sus movimientos. Un bulto negro cayó al agua... El agua, golpeada, gimió y se abrió en espumas, que recogieron un cuerpo.

¿Qué había sucedido en el barco mercante? ¿La muerte de un pasajero? ¿La sublevación de la marinería, que había arrojado al océano, vivo o muerto, al capitán?

Han pasado días, innúmeros días, sin que se sepa nada de lo acaecido aquella noche de bruma en alta mar. Lo cierto es que navegaba en ese barco Wladimir Konstantinowicz Zarief, y que Wladimir Konstantinowicz Zarief no llegó nunca a reunirse con sus compañeros en Oriente. El conspirador habia desaparecido.

Koziegłowy Varszawa, 1933.

INDICE



CINCO PESETAS